

LAS NOCHES ROMANAS

EN EL SEPULCRO

DE LOS ESCIPIONES.

Traducidas del idióma italiano por el Licenciado Don Francisco Rodriguez de Ledesma.

PARTE PRIMERA.

TOMO PRIMERO.



MADRID:

IMPRENTA QUE FUÉ DE GARCÍA.

AÑO DE 1814.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Esta obra hija de la imaginacion mas felíz, como de un conocimiento profundo en la historia Romana, presenta entre las gracias de la poesía y las de la eloquencia un cuadro estenso de todos los personages que figuraron en el gran teatro de Roma, por sus virtudes y sus vicios, desde su humilde y obscuro orígen, hasta los tiempos de su mayor grandeza, y de su decadencia y ruina; y volviéndolos el autor como á la vida, hace salir sus sombras de los tenebrosos sepulcros en aquel de

los Escipiones, descubierto en 1780, y en coloquios interesantes entre unas y otras, y con el mismo autor, se desembuelven los hechos principales de los tiempos gloriosos de la libertad de tan heróico pueblo, las empresas de su orgullo dominador, sus guerras crueles y extraordinarias conquistas, y las rivalidades de sus guerreros, que tantas calamidades de opresion y despotismo, y tantas desolaciones acarrearon á la misma ciudad de Roma, y á las provincias confederadas baxo pactos, que ominosos á veces á todas ellas, como no cumplidos, siempre que no placia á la soberbia del

Senado, ó á la de sus dominadores, produxeron las horrorosas concusiones y depredaciones en todas partes por sus Cónsules y Pretores, cuya infidencia á sus promesas causó exterminios atroces de millones de víctimas, sacrificadas á la loca ambicion y á la codicia.

La obra está dividida en dos partes, y cada una de ellas en tres noches, y estas en seis coloquios, que se tienen en la primera parte dentro del mismo sepulcro de los Escipiones, donde oportuna y sucesivamente van saliendo las sombras para entretenerse en graves disputas é interesantes razo-

namientos; y al fin noticiosas de que aún exîstia Roma, y ansiosas de saber el actual estado de esta ciudad soberbia, son sacadas por el autor en la segunda parte, y conducidas en otras tantas noches á discurrir por todo su moderno y antiguo recinto; y registrando las ruinas de los antiguos monumentos, que aún exîsten y no ha podido consumir el tiempo, destructor de todas las obras humanas, y echando de menos aquellos que ya desaparecieron, se suscitan sobre todos ellos nuevos coloquios.

Al paso que hacen mencion del uso que tuvieron, y de los

sucesos memorables allí ocurridos, lamentándose de la bárbara desolacion de tan expléndidos edificios, sirven de asunto para ilustrar á los lectores, y poder formar idea de la magnificencía antigua, de las costumbres del pueblo Romano, de sus usos, de su religion, de sus sacrificios, de sus diversiones públicas, y espectáculos sanguinarios.

Esta sucinta noticia bastará para dar á conocer la utilidad de esta obra, y las ventajas que ofrece á la juventud, para instruirse con brevedad y exâctitud en la historia de un pue-

blo el mas fecundo en sucesos maravillosos y extraordinarios de heroismo, de libertad, de magnificencia, de crueldad y de opresion; y aunque no puedo lisongearme de que en mi traduccion haya conservado todas las gracias del original, me atrevo á publicarla, confiado en que, solo por haberme tomado el trabajo de darla en castellano, mereceré en retribucion alguna indulgencia.

EL EDITOR ROMANO.

Las tres noches de este célebre escrito fueron publicadas en Roma la primera vez en 1792 por Felipe Neri. Despues hizo en esta ciudad otra edicion de ellas Domingo Raggi con la data del año VII. *republicano. Asimismo aparecieron en Milan otras dos ediciones,*

la una hecha en la imprenta de S. Zeno en 1798, y la otra en la de Dones en 1800. Juan Claudio Molini publicó en Paris otra edicion en 1797, y Frugoni otras dos en Génova, la primera en 1798, y la segunda en 1803.

Se traduxeron tambien en frances, y se imprimieron en Losanna por los sócios Durand y Ravenel en

1796. *Y ultimamente se han publicado dos ediciones en lengua inglesa, que aun no se han visto en Italia, por lo que no puedo dar de ellas ni una ligera noticia.*

Quedaba la duda de si la obra estaba completa, ó si seria continuada. Mas habiendo yo adquirido ahora el original íntegro, del que resulta que es formada toda la obra de seis noches,

las doy gustosamente al público, esperando merecer ser acogido como otro qualquiera que ofreciese una parte separada de alguna estatua, digna de resistir á las injurias del tiempo.



NOCHE PRIMERA.

PROEMIO.

Ocasion de la Obra.

Desde que yo abrí las obras de los antiguos, y espaciándome en ellas, conocí la grandeza del estilo, no menos que la de las empresas, fuí herido de tal maravilla, que mi pensamiento quedó fixado en aquella edad. Pero entre las naciones antiguas sobresale á todas como gigante la romana por lo vasto de las obras, y resplandece entre todas por aquella su indole heroica que inspira un orgullo generoso. Por tanto se hallaba mi entendimiento inclinado á los romanos por una larga costumbre que

los contemplaba como si estuvie-
sen presentes en el silencio de la
soledad. De aquí sucedia que si
yo me paseaba por las taciturnas
selvas, y á lo largo de los quejo-
sos arroyuelos, sin otros testigos
de mis pensamientos que el vien-
to fresco y los pajarillos, engolfa-
da mi mente en aquellas medita-
ciones, casi se desprendia de estos
miembros y caminaba á los siglos
remotos. Creció tanto con el estu-
dio esta mi disposicion, que tal
vez se me encendia en el pecho el
estraño y tormentoso deseo de ver
alguna sombra de los antigüos, y
de razonar con ella arrancándola
de los abismos de la muerte. Esta
era la misma ansiedad que el ilus-
tre Petrarca sentia esforzándose á
quebrantar los siglos interpuestos
y á vivir en algun modo con los
antiguos, por lo que escribió car-
tas á Ciceron, á Seneca, á Libio

y á Varron, las quales se leen en sus obras. Y tambien se cuenta de Pomponio Leto, que viviendo en Roma, y versado completamente en la antigua erudicion, solia contemplar todo resto de la primitiva grandeza con tanto sentido de dulce admiracion, que se le vió á veces llorar á la presencia de las ruinas, quedar inmóvil, y ocupado el pensamiento en estáticas meditaciones. Por tanto deseando yo al presente conceder á mis sentidos la mas suave satisfaccion que les faltaba, me encaminé por las llanuras Insubrias hácia la augusta Roma, objeto de mis perpétuas especulaciones.

Qualquiera que haya gustado algun tanto las delicias de la antigüa erudicion, me atestiguará de quales palpitaciones sienta el corazon luego que descendiendo del Apenino declina la via á la celebrada

ciudad. La vista se fixa atenta pa
ra descubrir las cimas de siete co
llados , el pecho anhela precipi
tarse entre los preciosos monumen
tos, y cada piedra de edificio anti
guo es materia por el camino d
doctas conjeturas y de imaginacio
nes deliciosas. Entrando ya en la vi
Flaminia traia á mi memoria su an
tigua magnificencia desde Rimin
hasta la ciudad, y el nombre qu
aun conserva de aquel Cónsul
muerto por la patria en la bata
lla contra Annibal al Lago Tra
simeno. Y mientras el entendimien
to se hallaba ocupado de esta em
briaguez de pensamientos, entré e
la augusta puerta, pareciéndom
aun tanta la magestad de tal ingre
so, capaz de mantener en el ánim
aquella grata ilusion, por la qu
me creia entrar en la inmensa
marmorea ciudad de Augusto. L
estremas delicias, cuanto mas s

sienten en el ánimo, tanto menos se pueden expresar con las palabras. Por tanto me conviene pasar en silencio aquellas que me inundaron el pecho en los primeros dias viendo al sacro Tiber, los Egipciacos obeliscos, los templos todavia aumados del vapor de los sacrificios; el Anfiteatro Flavio, que yace como gigante despedazado, las columnas que describen las costumbres de la milicia, los arcos triunfales, el espacioso Foro, los Mausoleos, las ruinas magestuosas de los Circos y de las Termas, y cuantos restos del explendor romano ocupan el ánimo de suave maravilla.

Era aquella estacion en la que los aguaceros refrescan la tierra despues del ardiente estio, y parece que el cielo, terso y purificado por aquellos, resplandece mas azulado. Las plantas reverdecen, y las yervas desmayadas como que imitan

con su frescura á la primavera. Callaba entonces la rechinante chicharra, y en su lugar discantaban alegres los pajarillos, recreándose con el muelle soplo del viento, ignorantes de las asechanzas, que en tal estacion les tienden nuestros alegres cazadores.

Resonó por la ciudad una voz maravillosa de que entonces se habian descubierto las tumbas de los Escipiones (1), en vano buscadas mucho tiempo. Desde luego abandonando yo la contemplacion de todo otro objeto, la fixé en aquella súbitamente. Los monumentos de los hombres ilustres suelen infundir en el ánimo una dulce tristeza mucho mas grata que la impresion de alegria ruidosa para quien sea inclinado á la tranquilidad pensativa. Ya el velo de la

(1) *En* 1780.

noche, obscureciendo el orizonte favorecia la calma y el silencio conveniente á mi resolucion. Un rústico alvergue se levanta sobre las tumbas escipionicas, á las que conduce una caverna subterránea semejante á celda de fiera. Por aquella un tanto escabrosa y angosta via llegué á las tumbas de la estirpe valerosa. Algunas eran poco antes descombradas de las ruinas, y otras permanecian aun entre ellas. Vi confundidas con la tierra y con las piedras blanquear los ilustres huesos á la luz de la antorcha, la cual empuñaba para guiar mis pasos.

Volvila despues lentamente á todos lados contemplando quan mal tratados habian sido por la marra aquellos despojos apreciables de alabastro, y que son ahora ludibrio de la plebe y de los curiosos. Mas los doctos viageros,

que suelen concurrir á contemplar con delicia erudita esta ciudad, mostraban en qué estima tenian tales despojos. Recogieron muchos de ellos y los llevaron despues á sus remotas patrias, donde admiradores de una estirpe tan ilustre los custodiaron. Distinguidas señoras extrangeras bajaron allí movidas de aquella fama: no solo no detuvieron los delicados pies, internandose con pasos dificiles en aquellas cabernas, sino que con las cándidas manos recogieron aquellas tristes señales de la humana caducidad. Yo por tanto consideraba doliente, como era que tenia bajo de mis pies los esqueletos de aquellos que aun llenaban el mundo con su fama, y como acaso el brazo de alguno de ellos, ministro de victorias, ó la cabeza fiera se viese allí en pedazos ultrajados y pisados.

Son venerables aquellas tumbas por su modestia, formadas quando los romanos no ansiaban resplandecer con la magnificencia sino con la virtud. Compuestas de vil piedra, esculpidas toscamente, están allí los nombres y los hechos, no pues gravados, sino pintados con deleble signo, no borrado venturosamente despues de tantos siglos. Narran aquellas inscripciones con breves y moderadas sentencias el precio de la valerosa estirpe, y las palabras de la antigua lengua del Lacio se leen en su sencillez y simplicidad. He aquí se levanta todavia, decia yo entre mí, el monumento de Cayo Cestio, sobre cuyas empresas es tan muda la fama que en vano se buscan en los escritos. La tumba orgullosa nos trasmite con dificultad el desnudo nombre sin la gloria. ¿Cómo al presente te complaces bárbara for-

tuna en inquietar estas cenizas gloriosas despues de haberles guardado por tantos siglos bajo las ruinas? Mientras mi mente se hallab sumergida en estas consideraciones el viento nocturno penetrando improvisamente por el ingreso de l caverna, estinguió con despiadad soplo en la diestra mia la antorcha Yo aunque por este acaso fuí privado quasi por súbita ceguedad, de la satisfaccion de aquellos objetos, no por esto quedé triste; porque quanto habia perdido en vista, otro tanto adquirí en inteligencia, viniendo á ser en aquella soledad, y en aquel silencio mucho mas contemplativa. Ya la mente se engolfaba en el pielago tenebroso, ya descendian los pensamientos al reyno inconsolable de la muerte, y según su antigua costumbre eran ansiosos de razonar con los muertos. Quando he aqui

que oigo salir de lo hondo un lamentable murmullo compuesto de sonidos inarticulados con lenta cantinela. Parecia viento que brama en los valles. Temblaba juntamente la tierra bajo de mis plantas, y el aura tenebrosa rozaba como escamas. Los huesos eran agitados en las tumbas, y sacudiendo las paredes internas sonaban como áridas estillas. Parecia que las losas aliviándose algun tanto, caian despues sobre el borde de las tumbas á su sitio, porque en aquella obscuridad oia un estrépito correspondiente á tal efecto. En mí prevaleció entonces la flaqueza humana al generoso deseo, pues que sentí correr por los miembros un temblor elado. Qualquiera que sea discreto en sus juicios no me podrá vituperar de aquel, considerando que yo sufria un combate superior á la ordinaria constancia

de nuestro valor. El aire quedó despues en silencio, y afirmóse el suelo. Relucia dentro de los sepulcros un resplandor fosfórico, con el cual comenzaron á salir algunos semblantes humanos con lento progreso. Aparecieron allá los brazos con los cuales sostenian las sobrepuestas losas, y despues ví entreabiertas todas las tumbas, y llenas de espectros que mostraban solamente la parte superior de la persona. Allí habia párbulos y adultos, y de éstos aparecia solo la cabeza y parte del pecho: otras eran imagenes viriles, y éstas se mostraban hasta los costados. Estaban las matronas en actitud modesta cubiertas con velo, pero algunas lo separaban algo de sus semblantes levantando el extremo con la mano. Algunas de las frentes juveniles eran tan copiosas de cabello, que se veian cubiertas de

él los semblantes. Por tanto lo dividian con las manos al medio del rostro, y otras lo echaban detras de los hombros: aquellas mostraban aun en la calva y en la encanecida cabellera haber fallecido en años seniles. Tenian las jovencitas que murieron en la primavera de la vida, los semblantes floridos aunque obscurecidos por el triste letargo de la muerte. Todas aquellas imágenes tenian desde el principio los párpados medio abiertos, y como cargados del sueño eterno, y alzándose despues con trabajo, revolvian ácia mí con tardo giro las pupilas. Permanecian así quasi aun no bien despiertas, quando ví en la mas remota cavidad de aquellas grutas resplandecer la fosfórica luz, y asimismo avecinarse con magestuoso porte una sombra semejante á las imágenes consulares, envuelta en cándida toga.

El rostro benigno inspiraba una dulce dignidad: denotaba aquel tiempo que declina á la vejez, pero que no ha llegado á ella. Solo el verla infundia respeto y causaba maravilla. Al aparecer ésta salieron todas las otras de las tumbas, y la roderon con señales manifiestas de honrarla. Tambien murmuraban con sonido semejante á los sollozos, el cual no puedo yo espresar. Se colocaron despues en torno de ella en actitudes de escucharla: aquella permaneció en el medio con modales de autoridad, y yo sumiso me detuve apoyando el costado en un sepulcro. El pasmo y el respeto no solo me anudaron las palabras dentro de las fauces, si no que el aliento mismo me sujetaron afanoso.

COLOQUIO PRIMERO.

Razonamientos preliminares con la mas ilustre de todas las sombras, su imagen, y ocasion por la cual son congregados los espectros.

Aquella sombra comenzó á proferir con grave y circunspecta pausa una oracion. Estaban los oyentes en diversas actitudes de audiencia maravillosa, y yo aplicaba de tal manera la atencion, que toda el alma estaba en el oido. Al principio me pareció una habla estraña, y me contristé de no entender las voces; mas á poco el retorno de las mismas dicciones y de los sonidos correspondientes hiriendo de nuevo en giro mis oidos, los hicieron en breve sabedores de que era idioma latino, aunque de otro modo pronunciado que no lo es ahora; y

aun poco despues yo entendí las sentencias con estremado contento mio.

Razonaba por tanto de la inmensidad de los cielos, en los cuales andan dispersos astros innumerables: tambien me parecia describir la grandeza de ellos y las distancias. Sombreaba los efectos maravillosos de la causa suprema y eterna, y sus obras en la incomprehensible estension del universo. Mas se dolia al no poder ensalzar con palabras convenientes la ciencia creatriz, no restando al contrario modo mas adequado para honrarla que una estrema y tácita admiracion. Despues de esto me pareció que él refiriese alguna de sus peregrinaciones celestes por la esfera, como si hubiese contemplado diligentemente la estructura de tan augusto edificio; pasando despues á discurrir sobre las sustancias inteligentes, y

quan vil sea en su comparacion toda materia, tal que reputaba su vida mortal, quando el ingenio era envuelto en el lodo, un sueño; y muchas veces entendí que él llamaba ignorancia toda humana doctrina. Su discurso procedia como anchuroso rio con magestuosa corriente, al que la consonancia y la magnificencia de las palabras añadian dignidad y explendor. Se elevaba despues á razonar de la virtud con sublimes sentencias; en cuyo argumento parecia el espectro mucho mas contemplativo en el semblante cuasi agitado de altísimos conceptos. Era ademas su voz ya opresa, ya fuerte, ya lenta, ya vehemente, ya plácida, y ya amenazánte, correspondiente á la variedad de los pensamientos. El añadia que las humanas virtudes no son otra cosa que imperfectas imitaciones en comparacion de la vir-

tud sempiterna: que ellas cuasi piedras preciosas en bruto, relucen con explendor falso, ó tal vez se confunden con los vicios contrarios, ó se ven obligadas á seguir el curso variable de las opiniones, y existir por tanto una sola virtud perfecta, la eterna, inmutable, invencible y divina. Exôrtaba despues á aquellas almas dolientes á no suspirar la perdída vida mortal, y á no quexarse al ver allí los despojos del caduco cuerpo que tuvo en aquella, sino que elevándose á la contemplacion del impíreo y de la magnificencia divina, tolerasen dignamente el irrevocable decreto que les habia desatado á vida inmortal.

Mientras asi razonaba, todos los espectros le escuchaban con silencio maravilloso. Aquellos que tenian aspecto viril y marcial, se mostraban pagados de aquellos filosóficos

argumentos; pero aquellos de los niños, y de las mugeres manifestaban al contrario tristeza, y con sus suspiros daban señal de desear esta vida nuevamente; mas el inviolable confin les contenia. Los míseros niños estendian los brazos á sus madres, y estas aun con humano afecto estrechaban sus cuerpos y parecian buscar dolientes la luz celeste. Herido yo de piedad y de maravilla, no bien distinguia si me hallaba en esta tierra y vivo, quedando mis sentidos fascinados con aquellas imagenes, y con aquellas palabras. Ya sentia yo con deleyte inexplicable el sonido de la antigua lengua, ni dudaba el que fuese aquella el ánima ilustre de algun orador romano. Mas luego que él calló, las sombras oyentes se retiraron de nuevo á los sepulcros, y quedó sola aquella que habia hablado. Yo me coloqué luego

en el medio, y haciendome superior á mis acostumbras fuerzas por aquella portentosa elocuencia, y volviendome al espectro, en idioma latino, lo mas propiamente que yo supe, razoné en tales sentencias: salve quien quiera que tu seas, que con tan excelsa facundia parlastes de argumentos superiores á la enfermedad de la mente mia; y aunque yo no sea capaz de penetrar bien tus maravillosos conceptos, no obstante entiendo que fuistes en nuestro mundo lengua, no solo elocuente, sino tambien divina. Vé que esta cárcel de los miembros hace humildes mis pensamientos, y los tuyos al contrario, como desatados de tal peso, se elevan al cielo como purisima llama. Por tanto si las humanas súplicas te hacen alguna fuerza, yo te conjuro desciendas algo de la sublimidad de tus especulaciones, y

raciocines conmigo en modo conveniente á mi flaqueza. Tus palabras resonaron con celeste armonia, y resplandece en ellas la luz de la sempiterna doctrina. Las mias son como vagios en comparacion de las tuyas, y asi dignate descender á esta humana imbecilidad, á fin de que yo pueda lisonjearme de haber hablado con una incorpórea sustancia. ¡Ah! si las rigurosas leyes de la muerte consienten una tal indagacion, revelame si fuistes mortal semejante á nosotros, como es esta tu aparicion, dónde, y quándo vistes nuestro sol, y qué nombre fué el tuyo, el qual yo conjeturo que lo has dexado á nosotros querido y eterno. Yo callé, él fixó en mi las explendentes pupilas con alguna benignidad, y despues se sonrió, pero sin que se degradase la dignidad del semblante, manifestando una honesta complacencia de mi súplica.

Luego me preguntó: por qué cau-
estás aqui velando en el silencio d
muerte, quando tus semejantes y
cen plácidos en el olvido de los cu
dados? Y yo sumiso respondí: sab
que yo me hallo entre estos despo
jos ilustres, y me tiene aqui la pie
dad de verlos, no menos que la mara
villa de aquella virtud que estos tu-
vieron en vida. Yo tengo continua-
mente ocupado el ánimo en ellos, y
su grandeza me llena tanto el en-
tendimiento, que no le dá lugar á
otros pensamientos. Al oir estas mis
palabras quedó mucho mas seren
la frente de aquel, y despues que
permaneció mirándome un tanto
con benevolencia, asi me interro-
gó: si, pues, te fuese concedido
razonar con algun romano, con
qual querias primero? Yo, como
juicio ya antiguo en mi mente, res-
pondi al punto: con Marco Tulio
Ciceron. A tal respuesta proferida

por mi con alegria, el espectro, casi movido de paterna benignidad, prorrumpió plácido y modesto. Yo soy aquel: yo el hombrecito de Arpino, á quien tu buscas. ¿Cómo podré yo expresar aquella delicia que me inundó el pecho quando oí esta maravillosa respuesta? Quedé taciturno y perplexo, como con impensada nueva: despues me acerqué ácia el espectro, y me esforcé muchas veces para abrazarle con reverencia afectuosa. Pero volvieron los brazos vácios al pecho, y él, no obstante se complacia de mi honesto deseo. Y luego que se templó en mi el impetu del regocijo, contemplé atento aquella frente, en la qual estaban los tesoros de la doctrina, y aquellos labios elocuentes, que otros no igualaron; aquella mano que habia empuñado el estilo de oro, y aquel pecho que tuvo un corazon tan grande por la

patria, y tan tierno para los su-
yos. Mucho me lastima que la ver-
dad me obligue á privar de u
plácido engaño á aquellos que e
tan persuadidos de que poseen e
camapheos, ó estatuas la imag
de tan grande hombre, porque ni
guna se asemeja á aquella. Por l
qual nunca jamás hube deseado ta
to tener alguna pericia de cincel,
de colores de modo que me halla
apto para expresar aquellas sus fa
ciones como en ocasion tan incre
ble, pues con ella yo solo ent
los vivientes podria satisfacer el d
seo comun. Mas si no me es posi
ble de otro modo, al menos pro
curaré suplir con la mediocrida
del estilo sombreando aquella ima
gen con las palabras. El curso d
los años viriles parecia cumplido so
bre aquel rostro: estaba un poc
estenuado, como de hombre qu
no cuida de los corpóreos deleyte

y solo se complace de los intelectuales. Una suave gravedad expresaba las largas contemplaciones de la mente; pero una grata modestia parecia asimismo que ocultase la abundancia de doctrina. Cabellos algo escasos y mezclados de canas eran cortados sin artificio en torno de la cabeza. La frente, arrugada sobre las cejas, manifestaba que con frecuencia se habian acostumbrado estas á contraerse en profundos pensamientos. Centelleaban los ojos grandes y lentos en sus movimientos con cierta luz maravillosa, la qual ignoro si la tuvieron en vida. Sobre ellos estaban las cejas anchas, arqueadas y vellosas: tenia las mexillas muy pálidas, la boca un tanto grande, los labios turgidos, especialmente el inferior, y la barba proporcionada. La apoyaba con frecuencia, quando estaba en silencio, á la mano siniestra, y por tanto fué

veraz Plutarco, el qual en la vid[a] de tan ilustre hombre no omitió est[a] su acostumbrada actitud. La esta tura superaba á la mediocre, y [e]l vestido era la blanca toga. Razonando modulaba la voz, y componia la persona en varios movimientos elegantes, convenientes á la[s] palabras. Por ello conocí quán cierto era que el hubiese ordenado su declamacion al modo de los trágicos actores, porque variándola ya co[n] ímpetu, ya con moderadas inflexíones, era tambien acompañada de gesto humilde, ó heroico, conforme á las sentencias. Un tal concierto causaba en el ánimo tan dulce agrado que lo arrastraba facilmente á consentir. ¡Oh! ¡felices estudios los mios que me han conducido á superar el intervalo d[e]l tiempo, de modo que he visto [y] he oido al incomparable orador, [y] he razonado con él!

Yo en tanto permanecia inmóvil, casi vencido de un delicioso encanto, contemplando aquella imágen, y él dexando, pues, que yo satisfaciese mis ojos ansiosos, callaba magestuoso. Pero en breve se excitó en mí el deseo de razonar con él, y luego comencé: yo no quisiera, ó ingenio valiente, haber perturbado tu facundia, y aquella tranquilidad, qualquiera que sea la que se os ha concedido, almas ilustres, en estos abismos de la muerte. Pero tu silencio, aunque inspirando dignidad, me llena el ánimo de tristeza, y esta tu presencia severa me hace palpitar. Asi como fuistes inclinado en vida á defender á los inocentes con tu ilustre facundia, constante hacia los amigos, útil y fiel á la patria, lleno de dulce benevolencia ácia los parientes, manso en las costumbres, y elevado en las doctrinas, yo debo esperar

que ahora conserves aquellas virtu-
des, que son del amigo y no fen-
cen con los miembros. ¡Ah! parl
pues, y concede que yo reciba aho-
en la fuente las claras aguas de l
elocuencia. A cuya demanda él s
manifestó un tanto alegre, y res-
pondió: mucho mas fácilmente q
yo pudiese creer, ó piadoso y ma-
nánimo hombre, hablas conmig
nuestra lengua. A la verdad es u
acontecimiento opinado, que el to-
rente devastador de veinte siglo
no haya arrastrado tras sí aqu
idioma. Tu generoso propósito m
conmueve, por el qual pretendes r
zonar con los espectros, que suel
perturbar de tal manera las huma-
nas opiniones, que entre todas l
gentes fueron siempre causa de i
finitas maravillas. Por tanto es p
ciso que sean excelsos tus pens
mientos, quando ellos vencen
principal enfermedad vuestra,

temor vano. ¿Mas cómo sabes tu aquella índole que yo tuve, á la que concedes tan honestas alabanzas, que pues al escucharlas ahora experimento un deleyte lisongero? ¿Por qué me antepones entre todos, estimándome yo inferior á muchos? Pero yo mucho mas animado al oir aquellas urbanas preguntas, respondí con alguna sumision. A tan grande ánimo qual es el tuyo no podia faltar la dulce virtud de la modestia, y asi leemos continuamente las pruebas de ella en tus libros de oro. De aqui es, que donde tu emprendes las discusiones filosóficas, quanto eres explendido en la facundia, y rico de doctrinas, eres otro tanto mas moderado en los juicios, pues dexas las sentencias dudosas al arbitrio del auditorio. Esta perplexidad en afirmar me parece que fuese entre vosotros, ilustres antecesores, una costumbre de

muchos, principiando por Sócrates, el qual confundió el orgullo de vanas doctrinas con perpetuas interrogaciones. Sin embargo es hoy muy rara ésta en el mundo, aunque ahora muchos con elocuencia impetuosa declaman sentencias admirables por su audacia. Oyendo esto Tulio prorrumpió enojado: ¡qué mísera es toda vuestra ciencia, mientras ella no es mas que una luz casi extinguida, en parangon al océano de explendor, en el qual se espacia la inteligencia eterna! Aquel entre vosotros que llena el mundo de maravilla con sus doctrinas, aquel que os parece elevarse al cielo con la increible sublimidad de su ingenio, es para nosotros, espiritus desatados de la cárcel de los miembros, una estúpida mente, como es para vosotros el mas insensato de los animales. Y nosotros, asi purificados de la materia caduca, no

somos otra cosa que mentes viles en comparacion de la suprema. Por tanto es un orgullo digno de compasion, si alguno entre vosotros se confia en su vana sabiduria. Calló él despues, dexando que yo continuase el emprehendido razonamiento.

Pero yo para manifestarle mas convenientemente quánto me fuesen conocidos sus estudios, comencé á declamar algunos exôrdios de sus escritos filosóficos ; despues algunas peroraciones de sus arengas, y sucesivamente, segun mi reminiscencia, varios periódos y sentencias de sus diversas obras. Vi (¡maravilloso espectáculo, pero verdadero!) mostrar desde luego el espectro una extraordinaria conmocion al oirme, y despues derramar lágrimas de sus párpados sobre la toga. Yo por piedad de aquellas cesé de referir mas sus sentencias, te-

miendo que él se doliese, oyéndolas afeadas con la bárbara pronunciacion. Mas él añadió: mientras yo viví entre vosotros obtuve no mediocre fama de eloeuencia, y en sus artificios exercité todo aquel ingenio que me habia concedido la naturaleza. Ví muchas veces conmoverse á mi voz en los comicios la reunion del pueblo como las olas al viento, derramar lágrimas á los jueces severos, alegrarse los escualicos semblantes de los acusados, entristecerse aquellos de los calumniadores, confundirse los audaces, y atemorizarse los poderosos mofadores de la justicia. No obstante observa en mi un efecto mas maravilloso, producido por tu hablar sencillo, pues que me reduces nuevamente á la humana flaqueza. Tus palabras ya ves que me embargan de dulce pertubacion, no acostumbrada en este pielago de la muerte. No po-

dias en verdad hacerme oir mas grato sonido, que aquel de mis propias sentencias en este lugar despues de siglos, y con tan pronta reminiscencia. Y yo, para producir en él mucho mas aquel grato efecto, prosegui refiriendo aquellas aventuras de su muerte, á nosotros trasmitidas por la fama, las quales aun entristecen el ánimo de cada uno. Mas oyéndolas se turbó el espectro, y fixaba en mí afligidas sus pupilas. Yo por tanto detuve las palabras, y el comenzó sollozoso: aunque con ánimo benigno tú me das una amarguísima nueva, yo jamas tuve noticia de estos ultrajes; los quales aunque no ofendan mas que á los míseros despojos, son no obstante efectos de ira, tan abominables, que su reminiscencia me maltrata. Antigua es la injuria, ineficaz el enojo, tardia la venganza, y sin embargo yo siento

por aquellos miembros que tuve en la vida renovarse en mí los humanos afanes. Yo permanecí en silencio, maravillado al oir aquellas palabras dolorosas, y despues continué: ¡inopinado caso es este que me refieres! Advierte que yo viviendo aun soy estimulado de tan ardiente deseo de razonar con vosotros. Infinitos otros hombres sufren la misma ansiedad, y apenas les contiene el satisfacerla la espantosa condicion de la muerte. Cotidianamente descienden á vosotros mensageros de nuestras nuevas, y yo no entiendo como vosotros no sois solicitos de oirlas, siendo muchas mas las causas y los argumentos que os deberian estimular á esto. El me respondió: aun mas diversas que lo que se creen son las costumbres en el tiempo eterno, que aquellas del momento de esta vida. Ninguna de nuestras cualidades es

semejante ó proporcionada á esta de la tierra. Para vosotros el tiempo, el espacio y el movimiento son el fundamento y la norma de toda ciencia, y para nosotros son cualidades repugnantes. Y puesto que ninguna medida tiene el tiempo infinito; ninguna extension ni mutacion de lugar conviene á tal sustancia, que no la tiene ni ocupa lugar alguno. Séate, pues, manifiesto, aun entre tanta obscuridad, que es imposible entre nosotros razonar sobre este asunto. No obstante sombreando con humanas palabras los secretos de la segunda vida, has de saber que somos engolfados en el piélago del tiempo, en cuya inmensidad, no solo uno de los muertos, sino las enteras generaciones, no son otra cosa que una oja, que, arrancada por el viento, fluctua sobre las olas. Y como en la anchurosa extension de

vuestro mar seria acontecimiento casi imposible que algunos nadando náufragos se encontrasen, piensa quanto mas lo será en éste sin fondo, y sin playas, en el qual si engolfas el pensamiento te se turba, te se estanca, te se pierde, y te avisa de no abandonarte vanamente mas allá de los confines del entendimiento humano. Yo escuchaba con ansia increible tan misteriosas palabras, y aunque me hallase embargado de respeto por ellas; sin embargo me parecia repugnante la dificultad por él asegurada de encontrarse en el occéano intelectual, por quanto yo mismo habia visto poco ántes, reunirse los espectros, y razonar con Tulio. Manifestele luego esta mi perplexidad con discretas palabras, y él apacible responde: es igualmente cosa laudable consentir en discursos evidentes, como el disentir al contra-

rio, porque entrambas son señales de entendimento síncero. Mas veme resuelto á disiparte del ánimo estas molestas dudas. Dispersos nos hallabamos, y separados por inmensos intervalos en el mar del tiempo, ni jamás alguno de nosotros se habia encontrado en este silencio, quando oimos un sonido, como de trompeta, que nos convocaba á esta parte de la tierra. Y siguiendo nosotros el rumbo como navegantes que miran el fanal en las noches procelosas, aqui somos convocados en multitud innumerable, y comparecemos. Vimos súbitamente que estas eran las tumbas de aquellos que con admirables empresas fueron autores principales de la grandeza romana. La pátria siempre colocó en ellos sus esperanzas en los peligros, y su confianza en la prosperidad. Las naciones mas soberbias oian palpitando el

nombre de esta progenie. Ahora que por el rudo hierro son quebrantados los huesos ilustres, se mueve entre nosotros tumulto maravilloso, y somos aqui convocados á Congreso nunca jamas esperado. Yo por tanto razonaba á los primeros que aqui concurrian, los quales reconocí por almas vulgares, y asi siguiendo la costumbre que tuve en vida, les declamaba como en los comicios con autoridad

COLOQUIO SEGUNDO.

Bruto y César disputan sobre la muerte del tirano.

Mientras que Tulio de esta manera me entretenia con afable loqüela, resonaron aquellas cavernas con varias humildes voces por todas partes, y luego de la tierra por tortuosas sendas, y de las tumbas salian de nuevo espectros visibles por cierto ingénito explendor, como lucernas palpitantes. Eran sus aspectos en gran parte conformes á aquellos ya aparecidos, y en parte eran diversos. Sin embargo algunos estaban vestidos de toga prolongada, otros de manto corto, otros armados, otros cubiertos de estola matronal, de modo que yo no dudé que aquellas sombras fuesen las mas ilustres de los

romanos. ¡Quán maravillosos eran vuestros semblantes, y quánta la dignidad de las personas! A la aparicion de ellas, yo aunque lleno de insaciable deseo de contemplarlas, conmovido no obstante de su magestad, retirándome un poco, dixe á Tulio: conforta mi constancia, porque el humano pecho no resiste ya al inopinado portento. Extendiéndome él la mano protectora, detente, dice, y me miró despues benigno. Volvióse luego á las concurrentes sombras, y con afable y noble autoridad pidió con la diestra silencio. Al punto callaron las sombras con docilidad maravillosa, reunidas en torno de Tulio, y yo á su lado permanecí suspenso mi aliento. Los espectros se miraban alternativamente con ansia, y Tulio mas que ninguno otro contemplaba la multitud. Quando he aquí que exclama

casi sollozando: ¡ó admirable entre nosotros, y dignamente nombrado el último de los romanos! ¿no eres tu Marco Bruto? Extendiendo este el brazo, responde: aquel soy todavia pronto á exterminar los tiranos. Luego las sombras amigas se mezclaron con vanos abrazos, procurando satisfacer con las humanas costumbres su antigua benevolencia. Mas entre tanto que aquellas gozaban de tan dulce reconocimiento, salió con impetu fuera de la tumba una sombra indignada, que avecinándose á aquella reunion, bramando así prorrumpe: ¿de qué os veo tan alegres quando con César cayó juntamente la pátria, á la que se robó un benigno moderador de sus discordias? Revolvió Bruto á aquella sombra enojadas miradas, y dixo irritado: ¡ó vil Antonio, aun convienen tus palabras á tus depravadas costumbres!

Mas pues que en vida tanto te mofastes de toda virtud, al menos dexa que ahora, sin la molestia de tus derrisiones, nos podamos aqui confortar almas separadas por los siglos, y unidas perpetuamente por la benevolencia. Asi hablaba todavia Bruto, quando luego otra sombra se mueve con ímpetu, como acudiendo á gravisima disputa. La multitud dexaba que ella se adelantase, asi como cede el vulgo al comparecer noble persona. Los dos espectros que habian comenzado á disputar, callaron y la miraban. Ella en tanto venia callando, y fijaba en ellos las tórvas pupilas. Era aquel silencio como la calma amenazante que precede á tempestades devastadoras. Luego ella exclamó: ¡pérfido Bruto! ¿con qué voces de malvado regocijo vas turbando este silencio de muerte? Aunque el torrente de siglos deba ha-

ber sumergido para siempre la memoria de tu atrocidad, y de mi compasiva muerte, ¡arde en ti perpetua ira como si hoy fuesen los funestos Idus de marzo! ¿Luego mi sangre derramada de tantas y tan profundas heridas, no sació todavia aquella sed que tuvistes de ella? No solo se suelen templar los ostinados ódios con la muerre de la aborrecida persona, sino tambien extinguirse del todo por la piedad del comun destino. Hablando de este modo fixaba en Bruto las desdeñosas púpilas; éste callaba, y su silencio manifestaba que tenia el entendimiento sumergido en altos pensamientos. Pero intrépido y severo, aunque sin ira ó desprecio, con magnanimidad de estóica disciplina se mostraba todavia no vencido de la fortuna. Antonio entonces se avecinó con benignas acciones á aquella sombra irritada, la qual se calmó, y

daba señales de reconocer en él una antigua benevolencia. Bien conocí yo que el nuevo espectro era el dictador César, tanto por su razonamiento, quanto por sus facciones, que se nos han conservado en monedas y en estatuas diversas. Entretanto era yo ansioso oyente de tan excelsa disputa, quando Tulio interponiendose entre Bruto y el dictador, dixo á este con discreta voz: témplate ó anima grande, porque Bruto no te odió, sino tu tirania. En vida fuistes admirador de la virtud aun de tus enemigos, y mirastes aquella con semblante alegre, y la alabastes con palabras benignas aun entre los atroces ódios civiles. Bien sabes quánto fue el rigor estóico de sus costumbres, quanta la integridad en la vida, quanta inocencia en los deseos, y por esto en el movió el brazo armado, sino sufres que yo diga la virtud síncera, de-

bes tolerar que yo afirme una ilustre imagen de ella. Templado ya el dictador escuchaba aquellas exôrtaciones, y respondió afable: ¿qué no puede tu lengua triunfante, de la qual fuí vencido ya maravillosamente en la acusacion de Ligario? Cayeron de mi mano los escritos que contenian pruebas manifiestas de su delito, y lo absolví, no persuadido, sino conmovido. Esto fue, añadió Tulio, mucho mas efecto de tu natural clemencia que de la facundia mia. Y César prontamente responde: fué efecto de entrambras, si quieres conciliar con equidad nuestras opiniones, y de entrambas recogimos despues no digno fruto; pues que yo ví entre mis asesinos á aquel mismo Ligario. Piensa ahora qué hombre salvastes con tu lengua, y quál yo con mi clemencia.

Mientras aquellos asi razonaban,

Bruto permanecia taciturno en actitud grave. Tulio despues volviéndose á él, le alargó la diestra, diciendo benignamente: consumastes la empresa, y debes de hoy mas estar contento de haber ofrecido á la patria una víctima tan ilustre: conservar aquí los antiguos rencores, cuando las honestas causas de ellos se borraron por el tiempo, seria obstinacion vana, mucho mas que generosa constancia. Por tanto, te ruego por aquella autoridad de benevolencia que tuve contigo en la vida, y por aquella comunicacion de claras doctrinas, que moderó nuestros cuidados civiles, te muestres ahora magnánimo qual tu fuistes. Si heristes los miembros ya enfermos, y elados del dictador por alta causa, muéstrate ahora benigno á su alma grande, aquí arrojada por tu acero en sempiterno destierro. Con

tales palabras, ví disiparse la tristeza rigososa del semblante de Bruto. El Dictador con su acostumbrada facilidad á la clemencia, estendió entonces la mano á aquella diestra que le habia herido. Ya era manifiesto en su semblante que la complacencia de volver á ver tan magnánimo Ciudadano, extinguia en él todo deseo de venganza. Mas sin embargo de hallarse aquellos ánimos desnudos de todo punto de las humanas perturbaciones, con rostro sereno, bien que un tanto pálido y frio, como lo tuvo en la vida, así respondió Bruto. Ó Cesar, yo sumergí el hierro en tu pecho, no por odio ácia tí, sino por la piedad de Roma. Despues de veinte siglos, destruidas con nuestros miembros las causas de las humanas empresas, podemos aquí formar ahora de ellas un juicio magnánimo, é imparcial.

Por tanto, ¿díme sino te parec
que fueron tus dias los mas des-
venturados y funestos á la repú-
blica? Entonces prorrumpió Tu-
lio: ¡Ó disputa libre y grande
solo conveniente á tales dos en-
tendimientos! Mas Antonio que-
ria oponerse á Bruto, segun aque
favor que prestó á Cesar en vida
pero este le dió á entender con
una ceñuda mirada, que cerrase
los labios, y volviéndose á Bru-
to, le preguntó: ¿despues que fu
postrado por tu puñal se recobró
la libertad? No, respondió aque
suspirando, ella permaneció siendo
presa de este Antonio, que ahora
ves aquí, y de Octaviano tu so-
brino, los quales renovaron la
proscripciones de Silla, y cortaron
las mejores cabezas. Entonces aña-
dió Cesar: ¿y de tí Bruto que su-
cedió? ¿qué premio te dió la pa-
tria por esta, que tu pretendes pa

ra ella útil atrocidad? El respondió: el premio de la virtud es la alabanza de los sabios, y la perpetua fama; tanto que si tales galardones quitase la malignidad de la fortuna, siempre quedaria el mayor y mas cierto, la complacencia de honesta y grande resolucion. Sin embargo, insistió Cesar ¿qual fué tu fin? Y Bruto concluyó con afliccion: Oprimido yo tambien del hado de Roma, volví á mi pecho aquel hierro que habia llegado á ser inútil para ella. Caí, pero juntamente con la patria sin sufrir el empacho de verla esclava. He aquí, replicó el dictador, ya manifiesto que tu empresa fué inútil en los efectos: veamos ahora si ella fué justa en las razones. Refiere por tanto quales fueron estas. Y Bruto comenzó: ingenio maravilloso, mas incapaz de descanso: corazon grande, pero inmoderado en sus deseos:

índole generosa, pero repugnante á toda igualdad civil: ánimo siempre arrastrado quasi de ímpetu delirante á extraordinarias empresas, en ti se vieron vicios explendidos, y estimaciones insidiosas, por lo que jamás hubo ciudadano mas pernicioso que tú en la ya enferma libertad. Ninguna virtud te contuvo jamás para tentar altas fortunas; pero quando llegastes á ellas, dexastes con vida, haciendo obstentacion de clemencia, á los que quedaron como restos de asesinatos destructores. Ni pretendo que el discurso se limite á estas sentencias generales, sino que en prueba de ellas debe descender á las particularidades. Por esto, dejando aparte las disoluciones vergonzosas de tus privadas costumbres, intento manifestar tus públicos vicios. Acuerdate, pues, como siendo de edad juvenil, pero

de madura malignidad, no pudistes partir al proconsulado de la Iberia por motivo ignominioso; por quanto habiendo tú disipado los caudales en los comicios para obtenerlo, te detuvieron los acreedores, ni hubieras partido á aquella dignidad, si nuestro rico Craso no hubiera sido tu fiador. Llegando despues al consulado con nuevas disipaciones, fuistes mas sedicioso que un tribuno de la plebe, pues que adulándola astuto, te preparó el camino para elevarte entre las tempestades civiles á súblime fortuna. El Senado gemia, viendo que propusistes de nuevo la ley agraria, siempre yesca de tumultos plebeyos: se extremecian los mejores, y el óptimo entre todos, el admirable Caton: tu cólega Bíbulo se oponia á tus perniciosas empresas; pero apelastes al pueblo. ¡Ó deplorables comicios, en los quales eran

esparcidos, para terror de los bue-
ños, tus satélites con puñales cu-
biertos con la toga! Apenas co-
menzó Bíbulo á arengar en los
Rostros contra la ley por tí pro-
puesta, la plebe, movida enton-
ces por tí, tiró el lodo sobre
la venerable cabeza del Cónsul,
rompió las fasces de sus lictores,
arrastró su propia persona por las
gradas del templo de Castor, cu-
brió de sangre, y de heridas á
aquellos que le escoltaban, y en-
tre ellos dos Tribunos, aunque
dignidades inviolables. Mas de dos
veces se opuso el magnánimo Ca-
ton á aquella reunion tempestuosa
con su voz hasta entonces venera-
da, y otras tantas tus Sicarios le
arrojaron de los Rostros con ma-
no violenta. De esta manera per-
turbastes la república abiertamente
por siempre, como prostituta que
depuso todo pudor. Despues de

insidiado y oprimido Cólega se vió obligado á salvarse en los muros domésticos gran parte de su consulado, abandonando á tí: solo la libertad espirante en tus brazos. Quando despues obtenida la provincia de la Galia, fuistes separado de nosotros por diez años, te preparastes á ser mucho mas funesto que el vecino. Por tanto te fueron aquellas guerras como una palestra gloriosa, en la que te exercitastes para esclavizar despues á los romanos. Acuérdate de aquel dia infausto, en el qual navegastes el Rubicon, y entrastes despues en esta patria muda, y trémula á vista del explendor de tus armas. ¡Miserables triunfos, y triste disciplina la de tus legiones portadoras en Roma de faláz gloria, y de verdadera servidumbre! De este tiempo en adelante, mofándote de nuestra libertad, repetistes quoti-

dianamente aquella sentencia insolente de que el nombre de república era en vano, que Sila habia sido insensato renunciando la dictadura, y que los Romanos debian respetar en adelante como leyes tus palabras. He aquí envilecidos los ánimos, y enmascarados los semblantes, concurrir la mayor parte como rebaños en torno del nuevo tirano, y con maligna emulacion disputar el superar á otros en la vileza. Comenzaron despues á esparcirse en la multitud aquellas voces insidiosas, que te aclamaban rey: se vieron despues de esto coronadas tus estatuas con la real diadema, y este Antonio entonces cónsul, en la fiesta de los Lupercales, vino desnudo triscando en aquella insensata celebridad, donde tú estabas sentado en trono de oro y te ofreció la real corona. El se postró suplicante á tus pies á

fin de que la aceptases, y tu mutuamente representando como trágico actor la repulsa de aquella, dejasteis en duda cual fuese de vosotros mas astuto, el uno en fingir, y el otro en adular. No obstante el estremecimiento de la multitud, y su silencio amenazador en aquella escena deshonesta daban manifiestas pruebas de que aún no estaba el vulgo tan deprabado por tí, que hubiese olvidado el antiguo ódio contra la dignidad real. Mas aunque no hubiese sido suficiente nuestra sagacidad, como de hombres oprimidos por la fortuna, para penetrar el corazon de un tirano, tú mismo fuistes solícito para hacerlo conocer facilmente. Sucedió que L. Cota custodio de los libros Sibilinos, esparcia la voz de que segun aquellos oráculos, los Partos no debian ser vencidos sino de un rey, y que convenia darte aquel

nombre, para poderlo deliberar. Llegó por fin la servil cobardia á aquel extraordinario exceso de que alguno propusiese en el senado el decreto de que te fuese concedida la libre disolucion en la comun servidumbre por la qual pudieses arrastrar contigo qualquiera matrona á tu antojo. Si éstas, pues, no eran pruebas de tiránico imperio, ¿qué otras se debian esperar sino que nuestro vivir, y el de nuestros hijos, y el candor de las consortes, y de nuestras jóvenes hijas, fuesen don jornalero de tu clemencia? ¿Qué mas? Yo ví esparcida de miembros romanos la farsalia, cortada por traidores la cabeza de Pompeyo, errantes los buenos, y la patria en luto.

Nuestra osamenta arida son tu trono, y has teñido el manto no de púrpura, sino de sangre romana; y entretanto las infames lison-

jas te llamaban Jove Julio y Dios invencible. Se erigen templos, aras, y simulacros, y sacerdotes ofrecen libaciones, inciensos, y sacrificios á tu divinidad, que yo extinguí con un puñal.

COLOQUIO TERCERO.

César expone las corrúptelas de la república y sostiene la necesidad de la Monarquía.

Calló Bruto, y César volviéndose á la multitud, así comenzó: si alguna gracia yo Julio César he conseguido algun tiempo entre vosotros con mi liberalidad, con mis triunfos, y con la grandeza del ánimo, os ruego me concedais en muerte el único galardon de que ahora me escucheis benignamente. Si fuí culpable, ya el acero de éste, y de sus sequa-

ces apagó vuestra ira con terrible venganza. Por tanto, séame concedida aquella facultad, que no se ha negado á los malhechores, de proteger la propia causa con honestas palabras. Despues se dirigió á Bruto, y prosiguió de esta manera. Ya que expusistes las razones por las quales me has arrojado de Roma, como funesto opresor suyo, debes sufrir que yo exponga aquellas que me indujeron á levantarme sobre la igualdad civil. Sea esta la primera de ellas, y casi la mas robusta de todas; que Roma era conducida á tal destino, que qualquiera que tuviese en aquel tiempo alguna excelencia de virtud, debia elegir por necesidad una de tales dos condiciones, ó el imperio, ó la servidumbre. Despues no podia nutrir la multitud mas sano deseo que recobrarse de las injurias de la insultante

licencia, baxo el gobierno de un moderador supremo. Injurias no ya recientes, ni pocas, sino infinitas, inveteradas, insanables y destructoras, habian no solamente hecho enferma la síncera libertad, sino agonizante, sino estinguida gran tiempo antes que nosotros fuesemos producidos á la vida.

Para que de estas mis generales aserciones aparezca la verdad, acuérdate de que casi un siglo antes que yo fuese por tí asesinado, habia llegado la insolencia de Curiacio, tribuno de la plebe á amenazar á los dos Cónsules, Escipion Násica, y D Junio Bruto de encarcelarlos, tanto que estuvo prósîmo á verificarse aquel furor del vulgo, ya perturbado de loca licencia. Apenas pasó despues un lustro de tan mísero consulado, quando comenzaron, no ya las discordias, sino las guerras civiles

en el tribunado de los Gracos, y como si la muerte violenta de ellos no fuese ya prueba cierta de la extrema, é irremediable deprabacion, vino á Roma inmediatamente un Rey bárbaro á manifestarlas á todas las gentes. Hablo de Yugurta, usurpador del trono de la Numidia, con la alevosa muerte de sus hermanos. Nuestros Cónsules Scauro y Calpurnio despachados á vengarla, se volvieron corrompidos por sus tesoros. Llamado despues aquí por un senado, ya de él corrompido con las usurpadas riquezas, á defender su causa, llegó solícito, animoso y con serena frente, sabedor de la vileza de sus jueces. Asimismo mientras pendia la causa de estos parricidios, cometió uno nuevo abiertamente en esta Ciudad, en la persona de Masinisa otro su hermano, evadido aquí en vano de su insidiante acero. Ni

de esta, ni de sus innumerables maldades pronunció otra pena el Senado, sino que él partiese; de cuya conivencia el mismo criminal Monarca se maravilló tanto, que saliendo, volvió la vista á estos muros, y profirió aquella burla injuriosa y merecida: *venal ciudad, bien pronto perecerás, si encuentras un comprador.*

Si aún exîstia algun ciudadano inmune de la corrupcion universal, él era el blanco de los insultos comunes. De aquí es que Q. Metelo Numídico, entonces censor, cuyo pecho era todavia abrasado de la antigua virtud, fué de tal manera odiado, que el tribuno C. Asinio, le asaltó en la calle á la luz del medio dia, y lo arrastró á la roca Tarpeya, de la que lo hubiera despeñado, si por alguno de los que acudieron no le hubiera sido impedido aquel arrojo. Sin embargo,

en medio de aquel tumulto fué tan mal tratado el Censor, que le corria la sangre de los oidos. Tan molesta era su virtud, que no pudiendo sufrir ni aún su aspecto, se dedicó á ultrajarlo con abierta iniquidad el mas audáz entre todos los hombres que jamás hubo, ni habrá, el tribuno Saturnino. No la elocuencia, no las dignidades prevalecieron mas en el comicio, sino las piedras, el lodo y las heridas. En aquella reunion de paz y de libre consejo, el Tribuno, feroz conductor de necia plebe, se arrojó contra Metelo, que se refugió al Capitolio. Sin embargo allí le persiguió, resuelto á matarle, donde poco antes habia triunfado; ni sin correr por la pendiente del collado arroyos de sangre civil, fué arrebatada del vulgo atroz por los patricios aquella vida entre todos preciosa, la qual, aunque ultraja-

da de cotidianos insultos, la conservó Metelo á tiempos menos tristes, salvándose en Rodas.

Saturnino insultante en la embriaguéz de las sanguinarias empresas, concluido su tribunado, aspiró á él nuevamente. Mas quando se vió escluido por los sufragios, se arrojó en el comicio con sus malvados sequaces á extraordinaria violencia. A vuestra vista, ó dóciles Quirites, asesinó allí á Aulio Nonnio, el último de los diez tribunos entonces elegido, y él mismo se proclamó en su lugar. ¿Por ventura no erais merecedores de estos ultrages? Saturnino no solo permaneció en esta dignidad, sino que la exerció con furor conveniente al indigno modo con que la habia conseguido. ¿Qué cosa era entonces segura en Roma, fuera de la iniquidad? ¿Qué magistrado era sagrado, que ley inviolable, y

que virtud no vilipendiada? ¡Ay de mí! ¡Qué refiero acontecimientos odiosos, todavia lamentables, aunque sumergidos en el tiempo, y de poca estima en comparacion de las eternas comtemplaciones! Mas el aspecto de esta multitud de antepasados, de contemporáneos y sucesores, reunida despues de tantos siglos, reclama los cuidados de la vida mortal. Alguno habrá aquí entre vosotros testigo del inaudito ultraje hecho por Saturnino á Glaucia Pretor. Mientras éste presidia sentado en el comicio, aquel, quejándose de que su presencia le fuese molesta, le arrojó de allí, y rompió su silla curial. ¡Pero de qué maravillarse! ¿Por ventura no llegó la impudente ferocidad de aquel Tribuno á asesinar por mano de sus sicarios, delante del pueblo y del Senado, á Memmio, próximo á obtener con la mayoria

de votos el consulado? Sin embargo vosotros hasta entonces frios testigos de tantas iniquidades, no le sufristeis mas en aquel dia. Quasi dispertando súbitamente del letargo, matasteis con furor de vulgo á Saturnino: fueron destrozados sus miembros, fué llevada en triunfo su cabeza por la Ciudad, y ultrajado en muerte, quanto el habia sido insultante en vida. Asi los estragos eran pena de los estragos, los delitos se corregian con los delitos, y los remedios eran una confirmacion de los males. Llegando á ser despues este cielo menos triste, desde que habia dexado de ser obscurecido por las obras de aquel tribuno, apareció allí, como un rayo de sol entre las nubes tempestuosas, el ilustre Metelo el mismo año en que yo nací. Vedme aquí yo mismo en el principio de la vida ex-

pectador de las civiles turbulencias. Por una parte el Tribuno Druso, excitaba la licencia del vulgo, y por otra el senador Cepion sostenia la tirania de los Optimates: una causa pueríl fué no obstante allí origen de aquellas disputas aunque graves y perniciosas. Algunos de los presentes se acordarán aquí de que aquellos dos eran en su juventud tan amigos por benevolencia ignominiosa, que cambiaron sus consortes. Mas despues en el mercado de algunos muebles, fueron competidores entre si por la compra de un anillo deseándolo entrambos; y desde aquella ocasion creció siempre de tal modo el enojo, que desahogándolo en el comicio, arrastraron la mísera Ciudad en el ruinoso ímpetu de sus disputas. En la violencia de ellas llegó el Tribuno á amenazar á aquel su émulo de pre-

cipitarlo de la roca Tarpeya, no ya deseable objeto de los triunfadores, sino suplicio para quien se opusiese á la ira de la plebe; y si aquella fué amenaza contra un ilustre Senador, Filipo entonces cónsul, sufrió los efectos de la audacia de Druso; porque siendo á éste molesta aquella autoridad, lo condujo en prision, tan mal tratado del furor plebeyo, que le corria la sangre de la naríz. A la vista del aquel, profirió Druso con feroz sonrisa aquel dicho amargo, *no es sangre, sino la grasa de tordos*, mofándose asi del cónsul como intemperante en los convites. No otro freno quedaba á la violencia, que la violencia; y asi antes que concluyese su tribunado, fué Druso muerto de noche por asechanza, sin que jamás se hayan sabido los autores de su muerte. ¡Oxalá que al menos fuesen sepultadas con él

aquellas tristes discordias! Pero no: antes sí se renovaron inmediatamente aquellas que tantas veces habian amotinado la república por los empréstitos de los patricios á la plebe. Estos juicios pertenecian al Pretor; y A. Sempronio Aselio, que entonces obtenia esta dignidad, procuraba oponerse á los avidos acreedores que oprimian la plebe con las usuras. Para confirmar que la justicia era nombre vano, fué asaltado el Pretor por los patricios mientras celebraba un olocausto: herido de las piedras se le cayó de la mano la sagrada patena, y tentó refugiarse en el próximo delubro de Vesta. Mas los perseguidores le cortaron la huida, y obligado á refugiarse en un figon, fué allí muerto. En vano el Senado convidó con su autoridad, y con premios á que alguno descubriese los culpables de aquella atrocidad,

que quedaron ocultos, aunque la cometieron en medio de vuestra concurrencia; que ninguna otra cosa era entre tanto felíz en Roma sino la maldad. Y he aquí á las primeras reflexîones abrirse un inmenso y vasto volúmen escrito con la sangre romana. Yo leo aquí las empresas de dos insaciables en beberla; de Mario, y de Sila. A estos nombres el aura sonó como lamento, los rostros aparecieron tristes, y en sus actitudes mostraban horror. César quedó por un rato silencioso, como piloto que desde la proa espera intrépido la ola bramadora, y despues prorrumpió: ¡ay tardías y vanas quejas! ¿Sí pues los solos nombres de aquellos dos verdugos os hacen estremecer, por qué sufristeis los estragos de ellos? Calló despues, y en aquella pausa tan digna, se calmó la multitud. Entonces él prosiguiendo,

añadió: era Sila cónsul en la robusta virilidad de diez lustros, el año siguiente al asesinato del Pretor Aselio. Pretendia ser General del exército contra el mas glorioso y formidable enemigo de los romanos, Mitridates. Mario ya ilustre por los triunfos de los Numidas, de los Teutones, y de los Cimbrios, y por seis consulados, tocando el año septuagésimo, grueso de miembros, enfermo y estimulado de furor delirante de ambicion, queria pasar sus últimos años en la Capadocia y en el Ponto, y disputaba á Sila aquella expedicion. ¡Emulacion magnánima en los pensamientos, y perversa en las obras! Sucedió que Mario, para obtener vuestros sufragios, inclinó á su deseo al tribuno P. Sulpicio, hombre insaciable de oro y de sangre. Era este á la verdad superior á cada uno en los vicios

pero era sentencia dudosa quál de ellos en él prevaleciese. El derecho de ciudadano de Roma, premio entre nuestros abuelos de los fieles aliados, era vendido públicamente por aquel Tribuno. Asi llenaba el comicio de hombres indignos, hechos ciudadanos, no por los servicios á la patria, sino por haberla deprabado. Para que la increible audacia de sus empresas fuese patente, tenia siempre asalariados mas de tres mil satélites suyos armados, y no aparecia en el comicio sino circundado de seiscientos jóvenes del órden de los Caballeros, que portaban el nombre de Anti-senado, y este título orgulloso aspiraban merecerlo con sediciones y obras tiránicas. De aquí es que el Senado habiendo elegido á Sila por general contra Mitridates, el Tribuno incitó á sus verdugos plebeyos á sostener

la causa de Mario, y he aquí que los aceros centellean bañados en sangre; los cónsules huyen, y perecen muchos en el comicio. Sila se refugia cerca del exército en la Campania. Mario es proclamado general de él en el comicio de la plebe delirante, que aún tiene los pies teñidos de la sangre que por allí corre. Mas Sila, que en sus empresas jamas fué aplacado por alguna piedad, sentimiento imposible en él y aborrecido, puso en movimiento sus legiones, destinadas á nuevos triunfos en el Asia, contra la patria para la venganza cruel. Su entrada en estos muros, fué como de tigre hambriento. Resonaban por las calles y en las habitaciones el llanto, los lamentos, el estrépito de las armas, y los gemidos de los moribundos. Sila mismo empuñando un antorcha ardiendo, gritaba á los súyos incendiasen la

ciudad sin conmiseracion. Aterrados vosotros, quanto desesperados, arrojabais desde lo alto de vuestras casas, que ardian, las ruinas sobre los feroces Silanos, que encarnizándose mucho mas por aquella defensa, daban á las llamas mayor fomento. No era ya tumulto, sino guerra á son de trompeta. Vuestra aguíla como insignia de muerte y de esclavitud para vosotros, era levantada en Roma por un ciudadano suyo. ¡Oh dia deplorable, ó mejor diré nefando, y último de toda esperanza de sincera libertad! Aquel Mario que habia salvado tantas veces á Roma y á la Italia de los barbaros, entonces huyó de estos muros; y si los infames estragos se pueden señalar con el nombre de victoria, Sila vino á quedar allí victorioso, y reuniendo sin dilacion el exército en la Campania, pasó á la Grecia contra

Mitridates. Ni por la ausencia de aquellos feroces competidores respiró la patria: en ella al contrario siguieron concitando las discordias sus mismos dos cónsules Octavio y Cinna. Aunque este hubiese jurado en el capitolio fidelidad á Sila, recibidos despues trescientos talentos de los fautores de Mario, entregó armas á los esclavos y á la plebe, y propuso que fuese reclamado, oponiéndose á ello el otro Cólega. Visteis la guerra entre dos cónsules en el comicio inundado con vuestra sangre, y sembrado de infinitos miembros despedazados de los que murieron de vosotros. Cinna, puesto en derrota salió de Roma, corrió la Italia y reunió sequaces. El mismo Mario se unió á él, y ambos inflamados de feroz venganza, revolvieron las armas contra estos muros, humeando todavia de sangre ci-

dadana. La defensa de Roma fué entonces confiada á Pompeyo Strabon; pero como si el cielo aborreciese aquel espectáculo atroz, en el qual cerca de los patrios muros los padres mataban á sus hijos, y los hermanos á los hermanos; se obscureció con súbita tempestad, y un rayo consumió á aquel vuestro defensor. En medio de tantas calamidades, llegando á ser la plebe mucho mas bárbara, arrancó el cadáver sofocado del feretro, en el qual se le conducia á la hoguera, y lo arrastró por las calles. ¡Ó romanos! De este fué de quien nació aquel Pompeyo, dignamente llamado por vosotros el grande, cuyos ilustres méritos yo admiré, aunque émulo de cosa no divisible que es el imperio!

Así fué que la necesidad de la fortuna estrechó en breve al Senado á pedir no paz, sino piedad á

los dos crueles sitiadores. Entró primeramente Cinna precedido de sus lictores: Mario se detiene á la puerta, y dixo con atroz sonrisa, que no podia entrar, si antes el pueblo no lo reclamaba en los comicios del destierro á que le habia condenado. Mientras con solícitas ansias se recogian los sufragios, he aquí que Mario mueve los escuadrones á empresas formidables: cierra y ocupa todas las puertas de la ciudad, y esparce por ella sus ásesinos, la mayor parte esclavos, escogidos por él para el esterminio en aquel dia de sangre. Visteis las calles amontonadas de cadáveres, sus miembros hechos escarnio del vulgo, los niños achocados sobre las paredes, las madres desangradas, y las doncellas violadas. No tanto el lobo hambriento introducido en el redil despedaza los corderitos, como el cru-

Mario esterminaba los Ciudadanos. Los Rostros fueron cubiertos subitamente de cabezas de los patricios mas ilustres. Vosotros, romanos, poco antes, no se si libres ó insolentes, entonces insensatos á las estremas injurias temblando al aspecto de increibles estragos, ofreciais humildes el cuello á los asesinos, que os lo cortaban con sonrisa amarga. Y aunque enmedio de tanta cobardía el Cónsul Cneo Octavio en toga sentado en la silla curul entre sus lictores esperó intrépido los acontecimientos de la fortuna, no fué en verdad aquel un sincero exemplo de constancia, porque aunque asaltado de los asesinos permaneció en aquella actitud magestuosa, y en ella fuese muerto por aquellos, se encontró despues en sus ropas la respuesta de un Astrólogo que le aseguraba no pereceia en aquellas turbulencias.

¿Qué maldades de las que en tanta copia se agolpan á mi pensamiento, deberé yo recordaros, y quáles pasar en silencio? El Senador Sesto Licinio fué por órden de Mario precipitado de la roca Tarpeya. El mismo hijo de Mario mató un tribuno de la plebe, y mandó su cabeza á su padre como gratísimo presente. Dos de mi estirpe, Lucio y Cayo Cesar, hermanos, fenecieron en aquellos horrorosos acontecimientos. Despues que Cayo hubo sido refugiado por un cliente suyo, á quien habia salvado de la vida con su elocuencia, fué por él ingratamente denunciado á los asesinos Marianos. Lucio fué asesinado en la tumba de Vario tribuno, ya enemigo de los buenos mientras vivió, y que hubiera sacrificado esta víctima conveniente á su feroz índole. P. Craso vió matar a un hijo suyo, y no pu-

diendo sobrevivir á tal angustia, se pasó el pecho sobre él. Encierra el tiempo en su vasto seno infinitas maravillas acontecidas entonces, mas esta debe aun deplorarse por vosotros, á saber, la muerte de M.˙ Antonio Orador. Ni suponga alguno otra causa por la qual Mario lo condenase, mas que el ingenito ódio de los malvados contra los buenos. Aquel verdugo se hallaba en la mesa quando supo que M. Antonio era preso por sus Sicarios. Embriagado de falerno, y de sangre, gritó con alegría, batió las manos y los pies saltando con feroz contento. Los comensales le impidieron con trabajo que el mismo no corriese á matarle. Ordenó á Annio, su tribuno militar, que al punto le quitase aquella cabeza venerable. Llegando aquel á la casa de Antonio instó á los satélites executasen allí la

muerte, y él se mantuvo en la entrada. El aspecto de tan grande hombre y su excelsa facundia detuvo los aceros de aquellos homicidas. Indignado ya el tribuno de aquella breve demora, entró en la habitacion, y con su mano cortó al orador la cabeza, mientras los satélites estaban absortos escuchándole con ojos bañados en lágrimas, vencidos de la piedad excitada en ellos por sus ilustres palabras. Despues llevó la cabeza á Mario, que recibió al matador con insensatos abrazos, y colocó la ensangrentada oferta entre las viandas de la mesa, en la qual aun seguia sentado embriagándose. Largo tiempo satisfizo los atroces ojos en aquella cabeza, que despues con otras innumerables fué expuesta en los Rostros, siendo objeto de orror, donde lo habia sido de admiracion. Ni méritos, ni dignidades podian

refrenar el ciego ímpetu de la ira en Mario, que anhelando venganza, no se saciaba con inundar de sangre aquella ciudad, de la que habia sido arrojado poco antes por bélica fortuna. Por tanto Catulo mismo, ya su Colega, y que especialmente habia contribuido á la victoria de los Cimbrios, no pudo entonces obtener gracia de él; antes al contrario, como fuese su gloria un explendor molesto, ni los ruegos presentes, ni los méritos anteriores, ni los laureles comunes pudieron jamas vencer el ánimo de Mario, que siempre dió aquella respuesta terrible: *muera*. Por ella desesperado Catulo, hizo encender materias combustibles en aposento cerrado, y se abrasó en aquella hoguera. Merula, Sacerdote de Jove, previno tambien entre tantos exterminios las insidias, hiriéndose de muerte él

mismo ante el simulacro de aquel Númen. Tantas eran las muertes designadas en el feroz ánimo, que Mario mismo no tenia tiempo de pronunciar á todos la sentencia. De aquí es que concertó con sus executores un modo expedito de hacer caer á sus pies en las calles los ciudadanos. Éste fué, que á qualquiera que él no volviese el saludo, se le debia quitar al punto la vida. Muchos acudian suplicantes, ó por sí, ó por sus conjuntos, pareciéndole á cada uno gracia el vivir en tanta destruccion, y muchos caian á los pies del provecto verdugo, que con un funesto silencio les condenaba. Aun sus propios amigos, si algunos tienen los malvados, no se acercaban á él en aquellos sanguinarios sucesos, sino con la palidez de muerte en el semblante. Por mas de cinco dias y cinco noches aquella fiera con-

culcó, abrasó y ensangrentó esta tierra, que se debia abrir para tragarle. Ni ya fueron estos muros confines á la inmensa venganza de éste; la Italia toda fué tambien inundada de sangre. En medio de esta tripudiaba en explendidos banquetes, alegre al mirarla correr en calientes arroyos. Mas en breve su intemperancia executó aquella venganza, que mas justamente pertenecia á vuestros aceros. Mario al fin murió de crapula y provecto, el cual merecia haber espirado de hambre y en la cuna. No es facil deliberar si él haya sido mas funesto á nuestros enemigos, ó á nosotros.

No por esto fué descargada Roma con su muerte del triste peso de aquella opresion, antes al contrario en sus mismas pompas funerales, Fimbria, el mas feroz de sus satélites, agitado de improviso fu-

ror, ordenó á los Sicarios matar al Pontífice Máxîmo Scevola que celebraba aquel rito; y porque éste se evadió huyendo, tuvo aquel la increible audacia de citar á tan grave, sábio é inviolable hombre al Comicio como reo. Obligado allí Fimbria á manifestar su causa, dixo era ésta, á saber que Scevola no habia recibido en su cuerpo los golpes que eran destinados. De aquí fué que el nombre, no menos que la atrocidad de Mario, se trasmitió toda como funesta herencia en su hijo; el cual hecho Cónsul quatro años despues de la muerte del padre, anduvo solicito en cortar las vidas de los mejores que restaban, como raras espigas olvidadas en la siega. Pero no pudiendo superar al padre en la crueldad, quiso señalarse en la perfidia; y así, habiendo convocado el Senado, quando se hallaban sentados

los Senadores en el aula, fueron la mayor parte de ellos asesinados por los Sicarios Marianos, ya expertos en cotidianas matanzas; en cuyo esterminio al fin se comprendió Scevola, que en el átrio del templo de Vesta cayó desangrado.

Mientras estragos tales contaminaban á Roma, Sila combatia en Ásia contra Mitridates; pero volviendo súbitamente a nosotros sus legiones, apareció aquí espantoso destructor. Por primera empresa, estando él presidiendo el Senado en el templo de Belona, hizo morir encerrados en lugar próxîmo cerca de 6000 guerreros Marianos, que se le habian entregado prisioneros. El grito agonizante de aquella multitud, atravesada de los alevosos aceros, ahogó la palabra á cada senador en sus anhelantes pechos. Un silencio de muerte anubló aquella memorable asamblea.

Los rostros cubiertos de palidez y las pupilas vacilantes eran la elocuencia de los aterrados pensamientos. Mas Sila, como si estuviese en oficio tranquilo, profirió aquella sentencia admirable por su feroz calma: *fixad la atencion en los negocios: son unos pocos sediciosos que de mi órden se castigan.* Despues de aquella matanza visteis correr al punto la sangre por todas las calles, arrojándose por todas partes sedientos de ella ministros del furor Silano. Enmedio de tanta incertidumbre de la vida pareció clemente la invencion de proscribir; porque la tabla funesta, en la que tantas ilustres vidas eran vendidas por dos talentos cada una, dexaba la esperanza de que se salvasen aquellas que no estaban en ellas comprehendidas. Aparecieron escritos en aquel proceso de muerte los dos Cónsules de tal año pa-

ra siempre funesto, despues los Patricios y Senadores mas ilustres hasta el número de casi 5 ⑨; y para que la memoria de tal destruccion no pereciese, Sila con temeridad estupenda hizo escribir el nombre de aquellos desventurados en el público registro. Así por una espantosa perturbacion de las mentes, no se distinguian mas las qualidades opuestas como el vicio y la virtud, y antes sí al contrario la una con la otra exîstian confundidas. Por tanto, si el padre, el hermano, y el hijo refugiaban al padre proscripto, el hermano, y el hijo debia morir con él. Y si los parientes mataban al proscripto obtenian premio y aplauso, como sucedió á Catilina que comenzó su funesta carrera con el fratricidio. No templos, no laureles, no casa paterna, no tálamo de esposa fueron asilo de las asechanzas que se difun-

dieron por la Italia toda. Los maridos fueron heridos del puñal en los brazos trémulos de las consortes, y los hijos en el seno palpitante de las madres. Ni hombres solos, sino mugeres fueron tambien proscriptas, condenando al fin Sila aquel sexô inerme, distante de ser émulo de su poderío, inviolable aun entre los barbaros, y que en todo pecho humano suele extinguir, mas bien que encender las crueles iras.

COLOQUIO QUARTO.

El espectro de Gratidiano.

Así razonaba el dictador, quando apareció una sombra que tenia la cabeza vacilante, como si fuese ya cortada y colocada sobre el busto. Ví la señal del hacha al cuello en los vestigios de la sangre. Estaba sin ojos y sin manos, y

quando llegó cerca del dictador, extendió á él los muñones como pidiendo piedad ó venganza. En tanto derramaba por las cabernas de los extinguidos ojos lágrimas sanguinosas. ¡Oh vista horrenda! Suspendió Cesar su razonamiento, y mostraba dolerse á su aspecto: aquel se ocultó entre la multitud como acongojado de mostrarse tan lacerado. Despues prosiguió el dictador: mirad una terrible empresa de Catilina, y de la que solo es capaz un fratricida. Aquel es Gratidiano, Patricio ilustre, y proscripto como sobrino de Mario. Catilina inventó y dirigió el modo de su suplicio, flaxelado primeramente por el verdugo por las calles, le fueron despues sacados los ojos, cortadas las manos y la lengua, quebrantados todos sus miembros, y al fin cortada la cabeza. ¿Mas acaso era permitida al menos

la piedad al ver aquel destrozo cruel? No. Un Senador que al mirarlo se desmayó, al punto fué muerto por los Sicarios. Catilina mismo fué delincuente en llevar á Sila aquella cabeza, y labó despues las manos bañadas de sangre en el agua del templo de Apolo, como si hubiese acabado una ceremonia sagrada.

Por tanto concurrian á la casa de Sila, abierta á quotidianas matanzas, de todas partes de Italia las cabezas de proscriptos, y en ella recibian los asesinos el precio, como en público erario de atrocidad. Tambien eran allí arrastrados proscriptos vivos con frecuencia, y muertos despues con tormentos inauditos. Ni creo quedase en aquella edad funesta otro benemérito del nombre de ciudadano romano, mas que un adolescente de catorce años, nuestro venerado Caton. Este

conducido frecuentemente por su ayo á la casa de Sila, porque sus familias tenian mútua amistad, quando vió contaminada de sangre aquella entrada, quedó herido de generoso temblor. No podia creer que Roma soportase tan abominables exterminios, y se lamentaba de no tener un acero con que asesinar al insufrible tirano. Tan inflamado estaba el jovencito de aquella excelsa ira, que con trabajo pudo su ayo contenerle, para que no prorrumpiese en acciones que manifestasen aquel magnánimo y peligroso pensamiento. Yo mismo, que aqui os hablo, fuí comprehendido en el número de los proscriptos, sin otra culpa que haber sido pariente de la familia de Mario. Corria entonces para mi el año 18 de la vida, y me ví obligado á errar huyendo de los perseguidores de aquella. Mas al cabo las contínuas súplicas

de muchos en mi favor, me borraron del proceso, vencido al fin el tirano, sino de la piedad, de la molestia. Tan opuesta era su índole á la clemencia, que solia quotidianamente dolerse de haberme perdonado.

¿Qué extension de facundia puede jamas comprehender todos aquellos extragos? Mayores serán siempre los que dexen de contarse, que los que se refieran: ántes faltará el tiempo y la voz que la funesta materia, pues que ella como piélago se difunde. Enteras ciudades fueron proscriptas, y pobladas solo de cadáveres esparcidos por las desiertas calles. Prenesta fué desolada con la muerte de 120. proscriptos, y despues Espoleto. Interamna, Florencia, Sulmona, Boviano, Esernia, Telesia, sin contar otras muchas, fueron inundadas de sangre, abrasadas, y des-

truidas. Despues de tan nefandas empresas se apropió el título de dictador, y le añadió vuestra cobardia aquella inaudita potestad, á saber: que se debiese aprobar quanto por él fuese hecho. Al punto, valiéndose de ella, apareció en el comicio con veinte y quatro lictores, que dentro de las fasces llevaban las hachas, primera vez que en ellos se viese tal señal. Despues por cruel escarnio hizo pompa y prueba juntamente de su soberbia, y de vuestra cobardia, convocando al pueblo á la eleccion de nuevos Cónsules. Por que concurrió á tal dignidad Lucrecio Ofela ilustrísimo Patricio, Sila con fria calma ordenó desde el alto asiento á un centurion matase aquel candidato. Mientras este insinuándose recogia entre la multitud los sufragios fué asesinado por el centurion; el qual conducido como

reo por el indignado pueblo á la presencia de Sila, de él solo obtuvo aquella sentencia proferida con grave pausa: *dexadlo, porque ha executado quanto le ordené.* Un vil y triste silencio cerró vuestros labios: no hubo diestra ni corazon romano entre tanto número, y ántes si temblando se separó cada uno. Asi él se sentaba por el dia en el comicio como juez infernal, sentenciador de perpetuos suplicios; y despues en su casa se regocijaba por la noche sin temor. ¡Feliz tirano! Allí concurrian istriones, músicos, jóvenes disolutos, impúdicas jovenzuelas, lisonjeras meretrices, y ebriosos aduladores. Sila, pródigo de las haciendas de proscriptos, ocupaba gran parte de las horas en lascivos entretenimientos, en ociosas bufonadas, y en escenas intemperantes. Y como hubiese extinguido á los me-

jores, sucedió que, para compensar su pérdida, dió á los mas inicuos el derecho de ciudad. Por tanto declaró ciudadanos romanos hasta el número de 10②. de sus libertos, jóvenes prontos á la voluntad de su implacable señor. Por estos medios se elevó sobre montones de cabezas romanas este destructor fastoso, y despues que hubo exterminado con guerras, con proscripciones, con asechanzas, y con asesinatos mas de 100②. de vosotros, entre ellos noventa Senadores, y 2②. caballeros, se apropió por sí mismo el título de amable, delicioso y feliz.

Es verdad que despues de tantos exterminios arrojó la segur, y pasó los últimos años en la calma de los sabios; pero dudoso quedó el juicio de si esto fué mas bien efecto de aquel extremado desprecio en que os tenia, ó de aquella

vileza á que habia reducido vuestras almas. Bien manifiesto es que tan humilladas se veian vuestras frentes á los tiranos, ántes tan altaneras, que entonces, pudiendo vosotros haber sido árbitros de vuestra libertad, permanecisteis esclavos. Asi es, que quitado al buey el yugo, permanece encorvado esperándolo de nuevo.

¡O Tulio! ahora llegan nuestros tiempos infelices, quando vimos arrojado del comicio, apedreado y apaleado Caton, el mas inviolable ciudadano, y el cónsul Metelo conducido á la cárcel por Flavio Tribuno. Acuérdate tu mismo de las mofas crueles con que el tribuno Clodio en el comicio movió la plebe á ensuciarte con el lodo. Aun vistes en aquellos tumultos casi espirar el orador Ortensio por la ira del vulgo, y muerto el senador Vibieno. Aquellas

fasces consulares, que contenian, solo al mostrarse entre nuestros abuelos, todo ímpetu de la plebe, entonces fueron por ella rotas y vilipendiadas. Clodio llenó el comicio, y el foro de facinerosos sacados de las cárceles, y de gladiatores, que en todas las calles dexaron impresos vestigios de sus crueles obras. El Tiber teñido con vuestra sangre, revolvia lentamente sus aguas, como agoviado del peso de la multitud de muertos. Pompeyo mismo, admirable por sus empresas, y venerado por su bondad, tuvo manchada de sangre la toga en el comicio. No daban ya los sufragios las dignidades, no ya las pretendian sumisos los candidatos, sino que los audaces ambiciosos, acompañados de armados satélites, atacaban á los emulos con bélica fortuna.

Por tanto considerando estas

corruptelas, mas bien por mi bosquexadas, que descriptas, creo te parecerá, ó M. Bruto, y á esta multitud, que la genuina libertad habia decaido entre nosotros por largos ultrages, y que no restaba que esperar otra condicion, sino el que un absoluto y vigoroso imperio contuviese la indómita licencia. De aquí es, que excelsas almas que desdeñan la servidumbre, debian tentar elevarse tan alto, que restasen superiores á la ofensa. Este pensamiento lleno de gloriosos peligros, yo lo tuve, y lo manifesté con las obras. Otros muchos, pues, la confirmaron de varios modos, aunque todos declaraban infructuosa esperanza de libertad. Vi teo al gran Lúculo, despues de haber hecho huir delante de nuestras águilas á Tigranes y á Mitridates mas allá de la corriente del Tigris, y las gargantas del

Tauro, consumir el resto de la vida en el ócio, desdeñando presentarse á los ultrages del vulgo. Quanto el fuera celebrado ántes por los triunfos, otro tanto lo fué despues por los banquetes: con aquel muelle desprecio de las discordias civiles, demostró muy bien no creer que ellas mereciesen otro mayor cuidado; y aquel Caton, que en tanto grado se mofó de mi clemencia en Utica, dexó á su hijo tambien por último consejo ántes de matarse, no mezclarse en los públicos negocios, como no ya convenientes á honesto ciudadano. Por tanto hombres mansuetos y virtuosos salian de estos muros como huyendo la tempestad, y se refugiaban en el puerto de vida doméstica é inocente. Pomponio entre aquellos permaneció en Atenas, mucho mas largo tiempo que hubiéramos querido todos, como tan

deseosos de su dulce conversar. Tu despues, ó M. Tulio, creistes tan oprimida la patria que para deplorarla vestistes, luto, y á tu exemplo gran número de patricios, y el mismo Senado, apareció con aquella señal lugubre, como fúnebre rito ofrecido á la muerta libertad. Tambien despues del dia de Farsalia, que llamaria felíz, si en él no hubieran vencido romanos contra romanos, tú decir solias que era ya preciso no solo ceder, sino arrojar las armas.

En tan afligida patria, si así podia nombrarse, eran dos ciudadanos admirados por muchas y esclarecidas empresas, y habian dividido entre sí el imperio. Pompeyo era el uno, yo soy el otro. Aquel permanecia en Italia: yo en la Galia, por mí conquistada con no comun gloria, baxo vuestra dominacion. El destino de Roma

era dudoso, todo ánimo perplexo, é incierto todo poder, fuera de aquel de las armas. Asi que, el Senado conservando solamente el orgullo de su humillada grandeza, se atrevió á imponerme que dexase aquel exército, que era el ministro de mis triunfos, y me entregase privado é inerme á las civiles agitaciones. Aunque mandato semejante fuese igualmente despreciable que aquella asamblea, sin embargo estuve pronto á cumplirlo, quando con la misma condicion se presentase Pompeyo. Esto no obstante, jamás obtuve otra respuesta, sino que obedeciese, y que el Senado deliberaria á su voluntad del émulo. Despues á pretexto de hacer expedicion contra los Partos, me obligó á ceder dos legiones al Senado: yo las entregué creyendo á indigna simulacion; pues que se vieron al punto unidas al

exército de Pompeyo, y permanecieron contra mí en Italia. Esto no obstante no cesaba de confirmar al Senado estar pronto á obedecerle baxo aquella justa condicion; mas altaneramente se mofaba de mis sumisas cartas. Era en mi tan ingénuo el deseo de evitar empresas funestas, que al fin me allané á que permaneciese Pompeyo, general de toda la milicia, con tal de que se me dexase una legion sola, y el gobierno de Iliria. Estas que yo llamaré casi viles condiciones, se oyeron con desprecio por el senado, tanto que contra mi decretaron la guerra como á enemigo de su patria. Presenteme despues en las riberas del Rubicon, confines de mi provincia, no diré obligado á guerra sino á la civil defensa. Como hijo ante cruel madre, quando pisaba ya el puente sentí en el pecho desmayar

aquella fuerza, pronta hasta aquel dia á las mayores empresas. Una elada mano tanto el corazon me oprimia, que batallando entre dudas volvíme á Asinio Polion, que me era vecino, y palpitando le dixe: aun está en nuestro arbitrio el retirarnos, pero si vamos adelante, no hay otro remedio que las armas. El oyó callando, y los demas tambien con su silencio blasfemaban de mi perplexidad. Adelantéme por tanto como si arrojase la frente dentro de un abismo, cerrando los ojos del entendimiento por no ver la espantosa profundidad.

Entonces aquel magnánimo Pompeyo, que continuamente se alababa de que donde el pisase la tierra con sus plantas saldrian de ella enteras las legiones, huyó no solo de Roma, sino de Italia, aunque tenia número superior de com-

batientes. Los pueblos cedian á mis esquadrones vencedores mas por la generosidad del perdon, que mediando empresas de sangre. Perseguí á Pompeyo hasta la Grecia, tiempre proponiéndole, aunque en vano, la paz á discretas condiciones. Despues se vió en Farsalia obligado á la extrema experiencia de mi fortuna, donde yo no reconocí mas al gran Pompeyo, que como perseguido del hado pernicioso, huyó combatiendo mal. Si de alguna virtud de la caduca vida yo puedo complacerme en esta mortal, es en verdad aquella por la qual templé en aquel dia sangriento los crueles efectos de la derrota, pues que quando ví cierta la victoria corrí á mis esquadrones clamando: *perdonad á los romanos*: á este mi clemente imperio se debió que los vencidos quedasen seguros en el campo, y no intentasen la fuga

como confiados de mi benignidad. Quedé vencedor sin alegria, yo romano vivo, entre los muertos romanos; y contemplando despues aquel acerbo fruto de las civiles discordias, con dolientes voces, oidas de los vencidos, y vencedores, no cesaba yo de lamentarme de la horrenda necesidad que me habia estrechado á combatir, quando toda ley era mofada, todo derecho vano, toda autoridad ultrajada. Ni satisfecho de perdonar á quantos despues de aquella victoria imploraron mi piedad, quise ahuyentar de mi mismo toda ocasion de venganza, pues que encontradas muchas cartas escritas á Pompeyo por sus fautores, las hice abrasar sin leer alguna. De este modo oculté yo á mí mismo los agenos ódios, para vivir mucho mas en peligro que en sospechas.

Tu persona, ó Bruto, en aquel

mismo dia de la batalla, fué uno de los principales objetos de mis cuidados. Como sequaz de Pompeyo, aunque te habia privado del padre, fuistes contra mí en Farsalia, que siempre te habia amado como hijo. Corriendo por las filas de los escuadrones, ordené á todo guerrero que no usase las armas contra tí, y te daxase libre paso para librarte de ellas. Me palpitaba, creelo, el corazon en el pecho quando animé á ciudadanos á batirse contra ciudadanos, y temia especialmente ó encontrarte en el combate, ó verte muerto. Mas tu sediento de mi sangre, ¡ó mal querido hombre! pudistes, pues, saciarte con honor en aquel dia buscándome expuesto á la fortuna de las armas. Empresa mas leal era en verdad para tí aventurarte á esta tan audaz prueba, que sobrevivir implorando mi clemencia, obtenerla,

y guardar muchos años venganza en el corazon, bondad en el semblante, y al fin rasgado el velo, mostrarte sinceramente pérfido é ingrato. Aun me parece verte con el acero bañado en sangre, y los atroces ojos en los quales me apercibí tarde á leer la sentencia de mi muerte. Espiré, yo lo creo, mucho mas de estupor que de heridas, viendo ser mis asesinos aquellos en quienes habia colocado mayores beneficios, y la mayor confianza. Luego que te ví entre ellos, abandoné la defensa de una vida, hasta para tí odiosa; y envuelto el rostro en la toga abandoné mis miembros á vuestros puñales, y gimiendo el espíritu se engolfó en el piélago de la muerte. Qual haya sido despues juzgado mi imperio, si paterno, clemente ó leal, á vosotros, ó romanos, toca hacerme una libre atestacion. Tu Mario,

sin embargo vistes pues contínuas guerras civiles, no por la libertad, sino por la eleccion de un tirano. Tu mente fué obscurecida por tanto de funesto olvido, quando esperastes que asesinándome no quedase alli otro peor que yo, y pronto á someter un pueblo de esclavos.

COLOQIO QUINTO.

Los Gracos.

Calló César, y triste fixó los ojos en Bruto, que declinaba en tierra los suyos. Oí despues melancólicas voces como de multitud que razona con encontradas opiniones sobre algun suceso grave. Callaba, pues, Tulio modestamente, excusando dar su parecer en tan grave asunto; quando Bruto erguida la frente, asi comenzo con

pausa: tú has hablado como tirano, qual fuistes, insidioso y lisongero. Ninguna ramera fué jamas tan perita en el arte de seducir los ánimos, como tú en inducir los hombres á la esclavitud. Asi es que te vanaglorias de haber concedido la vida á quien quitarla no debias. Este es vicio especial de la tirania jactarse de benignidad, quando se abstiene de alguna injuria que está en su mano. No es en verdad clemencia conservar la vida á los que defienden la patria y la libertad de los abuelos: es malignidad combatirlos, y es delito el extinguirlos. Por ventura, ¿nó encontrastes á tu hostíl ingreso en esta Ciudad, las calles desiertas, las habitaciones vacías, los Cónsules, los Senadores, los Patricios, los Sacerdotes, y en fin todas las mejores reuniones cerca de Pompeyo? La sincera patria se hallaba por tanto á su

lado, y á tu devocion solo se vió en estas calles la tímida plebe. Ni para echar un velo á tu delito conviene que tu recurras á la pretendida necesidad de imperio absoluto; por que razonarias como el Empirico, que mata al enfermo, y despues declama, que ya vivir no podia. Referistes con diligencia artificiosa, nuestras civiles perturbaciones, á fin de abrirte camino á aquella consecuencia para tí conveniente, de que la sola potestad absoluta podia sosegarlas. Mas si Pompeyo hubiera tenido de su parte la fortuna, como tuvo la justicia, hubieras visto que la patria no se hallaba en aquella condicion desesperada. Él, siempre terrible á nuestros enemigos, y para nosotros mansueto, explendido, y nunca orgulloso de gloria, siempre moderado en los acontecimientos mas felices, no ansiaba otra digni-

dad en la patria que una segura confianza en su sincera virtud. Quando sus triunfos le ensalzaron sobre qualquiera, otro tanto se complació en descender á la comun igualdad. Sometido á las órdenes civiles, amante sincero de la concordia, respetuoso al Senado, ninguna otra dignidad le era mas vana y lisonjera que aquella de ciudadano. Tú, al contrario, de ninguna otra cosa mas te regocijastes, que de burlarte de aquel consejo venerando, mofarte de toda ley, y declarar la patria insana. Por esto referistes las atrocidades de Sila, y en verdad, que tales fueron. Mas aquel, al menos arrojó la segur, ó cansado, ó saciado, y dixo: miradme igual á vosotros, y pronto á daros cuenta de quanta sangre he derramado: accion, que por si difunde maravilloso explendor sobre aquellas atrocidades.

El asesinó muchos ciudadanos, mas no la patria; y tú al contrario cometistes uno y otro asesinato. Pero de ninguna cosa me maravillo tanto, como el echarme en cara que yo te haya muerto insidiosamente. ¿De qué otro modo se pueden, ó se deben jamas egecutar estas empresas? Sabedores fueron los mejores ciudadanos, y elogiadores de mi resolucion; ni fuí movido á ella, mas que de su continuo y unánime consentimiento. Aquella guerra fué mucho mas justa que la tuya en Farsalia, bien que no igualmente venturosa. Tanto ęs, pues, tu desacato y disolucion, que mę llames hijo, y me culpes de que haya ofendido aquella dulce benevolencia de la naturaleza; pero la dignidad de las costumbres, prohibe que se patenticen los defectos de las culpables familiaridades: que si tú me en-

gendrastes en tálamo ageno, yo te he muerto, por que la patria viviese. Á el amor de aquella, pospuse todo otro; y fué el corazon de yelo por los afectos estraños, inflamado solo de tan generosa venganza. No odié por esto á César; sino su tirania: tembló la mano quando clavé el puñal, vaciló el pensamiento, y estuvo en peligro mi vida. Te baste, pues, magnánimo enemigo, haber tenido tambien por un momento perplexa la constancia de Bruto. Asi dixo, y calló. Despues alargó la mano al dictador, que benignamente la apretó, y parecia que por las megillas de emtrambos corrian furtivas lágrimas con actitud magestuosa.

Permanecian los dos ilustres émulos en aquella actitud, quando salió de la turba una matrona, que traía de la mano dos jóvenes au-

daces en el aspecto, y exclamó: mirad, ó romanos, las primeras víctimas de la tiranía, vuestros mal premiados defensores. Ninguno se alabe de haber sido por tan ilustre causa mas míseros que ellos y ninguna madre presuma haber engendrado entre nosotros ciudadanos mejores que estos. Hablando asi, soltó á los dos jóvenes de la mano, les impelió ácia el medio, y añadió: hablad, pues, vosotros. Por tanto, uno de ellos con voz triste, comenzó: espero reconozcas en mí, aunque sin miembros, á Tiberio Graco: éste es Cayo, mi hermano; y ésta no habrá necesidad de que recuerde á alguno de vosotros que es Cornelia, nuestra madre. Reconoced fácilmente por el aspecto magestuoso la hija de Scipion Africano, y heredera de su magnanimidad. Aqui somos arrojados por las ondas procelosas

movidas ahora en el piélago de la muerte, por tan venerandos despojos. Tú, ¡ó madre! debes confortarte, pues que miras despues de larga edad estas tumbas, donde descansan las gloriosas cenizas de tu stirpe. Como nube que de improviso ofusca la explendente luna, asi obscurecieron de tristeza estas palabras el magestuoso semblante de la matrona; y los hijos, extendiendo á ella los brazos, parecian confortarla. Todos los circunstantes callaban con maravillosa calma, señal manifiesta de reverente atencion: quando he aquí que la matrona con enojada mano, separó el velo de la frente, y sacudió la cabeza, de modo que la cabellera desatada hondeó sobre los cándidos hombros, y prorrumpió despues: ¡míseros huesos, en vano bañados con nuestras lágrimas! ¿Conqué no fueron suficientes, ni

la fama de las obras, ni el esplendor de la virtud á preservarlos de los ultrages mas indignos? Ni los cuidados nuestros de colocares en nuestras tumbas, ni vuestros nombres sobre ellas esculpidos, os substrajeron de las injurias de la fortuna? Vemos sin embargo avecinarse á estas urnas los Quirites, con doloroso silencio. ¡Dichosa yo que dexé el velo caduco en Miseno, donde pasé la última parte de mi tumultuosa vida, refiriendo con digno orgullo vuestras desventuras, ó generosos hijos, y aquellas del almo padre mio! ¡Tú, pues, fuistes menos mísero que estos, ó grande Africano, por que lexos de la ingrata patria, pasastes los últimos años de la ilustre vida en Linterno con ocio digno, donde dexastes tus mortales despojos! Hablando así, rasgaba las vendas matronales, y los cabellos envueltas, y estilaba

de los ojos lágrimas de enojo. Entonces Tiberio asi le habló benignamente: ó madre! ninguna cosa está esenta en este lugar del imperio del tiempo. La gentes, antes de nosotras famosas, sufrieron sus injurias, como ahora nosotros aquí las sufrimos. Los siglos impelen onda sobre onda, sumergiendo las humanas grandezas, y las sepultan dentro de los abismos del olvido. Sobre esta tierra aparecen y desaparecen las generaciones, como sombras fugaces. La viviente se pasea sobre las tumbas de los abuelos, y los despiadados turbiones disuelven al fin en polvo las soberbias moles, las humildes tumbas, y las lloradas cenizas. ¡Ah! No disputemos, ó madre, contra el hado comun y eterno! Y aquella, intrépida, responde. Ningun tiempo debia estinguir la gloria de los Escipiones, porque ella llenó

de explendor el universo. Está en verdad la Italia expuesta ahora á los insultos de los bárbaros, y de piratas, ó acaso está desierta, ó en poder de conquistadores, que han sumergido nuestra historia en la sangre de los vencidos. Ninguno entiende aquí ya nuestro idioma, ninguno oye mas el eco de la antigua fama; pues que de otro modo no serian tan maltratadas estas tumbas, donde estaban esculpidos aquellos nombres explendidos. Al oir estas palabras estuve á punto de arrojarme en el medio á defender nuestra edad; mas, prevaleció el deseo de escuchar aquellos maravillosos razonamientos, que si eran perturbados con loqüela molesta, me temí desapareciesen las sombras enojadas.

Entre tanto Tulio, Cesar, Bruto, Antonio y las sombras mas ilustres contemplaban con ansie-

dad aquellos famosos rostros, jamás de ellos conocidos, como que les sucedieron. Era el aspecto de Tiberio grave y mansueto, y aquel de Cayo torbo é iracundo. La edad de ambos parecia acercarse á los treinta años. Cornelia tenia las facciones de una madura belleza, sin los ultrages del tiempo. Ninguna delicadeza femenil restaba en ella; ojos casi marciales, frente severa, tumidos y compuestos labios agenos de la sonrisa adornaban aquel semblante de una alegancia casta y grandiosa. Mas Tiberio, despues que volvió en torno sus miradas, así comenzó benigno: aún me parece, ó mis romanos, conocer impresa en las imágenes corporeas vuestra antigua benevolencia. Reconocedme, pues, que perecí por vuestra libertad. Estos muros eran llamados patria para los ricios, y para nosotros redíl de su tiranía.

Oprimidos perpetuamente nosotros de las usuras, siempre deudores, y pródigos siempre de nuestra sangre, eramos arrastrados á la guerra por los Cónsules, para quitarles el tedio producido por nuestas justas querellas. Los patricios enchian los oidos de los demas con aquellas vererables palabras: *patria, república, gloria, grandeza del pueblo romano*; pero sus cofres con oro, y el vientre con expléndidos convites. Desde la fundacion de la república determinaba, pues, la conocida y siempre delusa ley Licinia que las tierras públicas, adquiridas por el exército, fuesen distribuidas en comun. Pero aquellos mismos campos, cuyos terrones eran bañados con nuestra sangre, fueron siempre presa de los Patricios, que reposaban en alegre mesa, mientras nosotros los regabamos. Yo tribuno por vosotros

valerosos y mendígos, á quienes por el roto sayo se traslucian las cicatrices marciales, ofrecí mi pecho contra este antiguo robo. Mis medios de combatirlo fueron civiles, á saber, la ley y la razon. Pero los insidiosos adversarios, sustrajeron diestramente del reunido comicio las urnas y las cédulas, mientras se disponian los sufragios. Eludidos con tal artificio mis primeros esfuerzos, fueron despues combatidos los segundos con atrocidad manifiesta. Visteis á los padres togados abalanzarse á mí, sostenidos de la pérfida violencia de sus siervos y clientes. Me esforzaba á sosegar aquel tumulto con las palabras; pero ninguna voz humana bastaba á superar el inmenso estrépito del comicio, tempestuoso qual mar. Asi, no pudiendo haceros patente de otro modo en qué peligro me hallaba, llevé á la ca-

beza la diestra, haciéndoos señal de que era expuesta á ultrages inminentes. Entonces ví al cónsul Scipion Nasica recoger con la siniestra la toga, alzar la diestra, y arrastrar consigo al Senado y sus satélites contra mi súbitamente. El es cierto que exclamaba con feroces y tumultuosas palabras, como sus labios y sus ojos me manifestaban; mas yo no entendia quales eran. Venia contra mí el furor togado, como ola que sumerge. Los padres conscriptos rompian indignados los escaños del comicio, y armados con sus fracmentos, asaltaron mi inerme é inviolable persona. La estúpida plebe cedia á los padres, si de tal nombre son dignos los opresores, y permanecia tambien postrada á los golpes de sus varas. Yo, arrastrado de mis vestidos, y herido en las sienes con tremendos golpes, espiré, do-

liéndome mas del hado de Roma, que del mio. Si vive, pues, en vosotros algun reconocimiento ácia mi, extinguido míseramente por vosotros, alguno ¡ay de mí! me refiera por que excite tanto furor quando toqué mi frente, y quiénes fueron mis asesinos? A esta pregunta Cayo prorrumpe: ¡ay! ¿Despues de larga edad, bien hallado hermano en este occeano de muerte, por qué desear oir mayores maldades de aquellas, que procuraste corregir en vano? Aquella accion tuya fué con pronto fraude intrepretada por los Senadores, como una señal de que pedias la real corona. Despues exclamaban los amotinados, exâgerando este tu deseo, para concitar contra tí, el furor del vulgo. El cónsul Nasica en aquella actitud en que lo vistes, gritaba: *quien quiera salvar la patria ahora me siga.*

Corrió ácia éste el órden de los Patricios, como llevados por piloto desesperado á naufragar con la patria comun. Entonces vimos la toga, insignia de elocuencia y de paz, aportar la destruccion, y buscar sangre. Tú, atropellado por la fluctuante multitud, fuisteis herido en la cabeza por tus mismos cólegas Satireyo, y Rufo, con los fracmentos de las sillas; y era tanta la soberbia de los delitos, que Rufo solia despues alabarse de aquellos golpes como de empresa gloriosa. En aquel tumulto no menos que trescientos ciudadanos espiraron en el comicio. En vano pedí tus despojos á los patricios feroces, deseoso de honrarlos con pompa funeral; pues al contrario, arrojados en el Tiber, vinieron á ser en la mar juguete de los vientos. Aún no saciado el Senado por aquellos estragos, expulsó des-

pues á muchos á destierro, y á otros sujetó á la segur, porque fueron libres en su dictámen, y fautores de la justa causa. Entre ellos, C. Bilio, encerrado en un cuero con serpientes, satisfizo la ira togada, que inventó entonces aquel abominable suplicio. Pero ni tu muerte, ni aquellos esterminios aterraron mi constancia, antes la sirvieron de estímulo. Aquel dia, en que finalmente se debia conceder al pueblo el premio adquirido por su valor, mi consorte, presagiando que yo no volviese á sus abrazos, se arrojó suplicante á mis rodillas en la doméstica morada, estrechando un hijo nuestro en su tímido seno; pero yo en aquella aurora extrema, y de todas la mas clara, solo inflamado de mi gloriosa determinacion conservé el pecho elado á aquellos afectos, que vencen aún á las fieras. Dexé con severo

silencio aquella puerta, en la que no entré mas, y en ella ví caer la mísera matrona desmayada y casi muerta. Su piedad no me detuvo, no la del hijo, y sí me sirvió de guia al comicio aquella de la patria. La severidad de Bruto fué en verdad maravillosa, haciendo espirar sus hijos por la salud de la patria; él, pues, condenó al menos á jóvenes traidores de ella; mas, yo ví caer á mi consorte, no solo inocente, sino explendida por belleza de ánimo y de persona, y adornada de cándidas costumbres.

COLOQUIO SEXTO.

Episodio contencioso sobre la muerte de Escipion Emiliano, y conclusion sobre aquel de Cesar Dictador.

Apenas él habia así hablado, quando apareció una imágen femenil en actitud de pundonor suave. Separaba con lenta mano el velo de la frente, y tenia á medio abrir los párpados lagrimosos. Aquel, perplexo al mirarla, callaba; mas despues estendiendo á ella los brazos prorrumpe alegre: ¿eres tú pues, Licinia, que en vano he buscado siempre en esta eterna peregrinacion? Y ella responde con tierna voz: sí, yo soy esa, tu mísera consorte. No fué para mí el último aquel dia; pero mi vida fué despues breve y triste'

mucho mas lamentable que la muerte. Quantas quedamos viudas por aquella fatal discordia, á otras tantas se las prohibió ceñir la estola de luto, y á mí tambien se me robó la dote. Asi los enemigos Patricios desahogaron al fin con el sexô inerme sus malvados rencores. Mas de 3000 ciudadanos perecieron en el conflicto de aquel dia, en que corrian las aguas del Tiber teñidas de sangre romana. Fulvio que habia sido Cónsul, ya triunfador de los Galos, el mas ilustre de tus secuaces, pereció en un baño á manos de los Padres conscriptos juntamente con su hijo. Permaneció en rehen de los Senadores implacables un otro hijo suyo de diez y siete años, bizarro quanto inocente. Clamaba piedad, y merecia obtenerla aun de las piedras; pero no la alcanzó de la ferocidad togada, y pereció. Entonces exclamó Cayo

con ímpetu: he aquí el premio dado á los defensores de tu libertad, ingrato pueblo, y de gozarla indigno! Vine al comicio aquel exêcrable dia sin armas y sin difensa; las leyes eran mi escudo, y las palabras mis dardos. Los Cónsules al contrario llevaron consigo arqueros Cretenses, expertísimos en disparar los dardos, y bien pagados por ellos para mejor traspasar los pechos romanos. Vencida la plebe, se refugió al Aventino, donde se executó en ella el exterminio sangriento. Me lisongeo todavía de no haber llevado acero en aquella jornada cruel, pronto á morir mucho mejor inocente, que á vencer con los delitos. Aunque yo era vuestro Tribuno, hermano de éste, poco antes amado de vosotros, y por vosotros muerto, me abandonasteis al furor de los conscriptos. No tuve entre vosotros ni uno solo

que me defendiese, y me visteis oprimido sin prestarme otro consuelo que palabras, exôrtándome vilmente con vuestras voces diversas á que huyese. Me sustraje al fin, y me refugié, como en asilo conveniente á mi desesperacion, dentro de la selva á la Furias consagrada. Bramaba en ella el viento, y correspondia á mis quejas contra la desconocida plebe y la perversidad de la fortuna. Tuve solamente á mi lado mi esclavo Filocrate que me prestó los últimos oficios de su fidelidad, pasándome el corazon con la espada.

Aquí calló el Tribuno, y su consorte apoyaba triste en el hombro de aquel ambas manos, y reclinaba sobre él la rosada mexilla en acto de dulce abandono. El volvia ácia ésta su semblante, en el cual se hallaban en conflicto la conmiseracion y constancia. Mien-

tras él razonaba, ya babia yo considerado que cuanto su hermano era grave, pausado y decoroso en producirse, otro tanto declamaba éste con vehemencia, y muchas veces próximo á la ira. Todos los espectros parecian callando que revolvian en sus mentes los escuchados razonamientos.

En medio de esta suspension vi adelantarse una sombra armada, semejante á guerrero dispuesto al combate. Ella sacudia sus armas con amenazante arrogancia, y juntamente fixaba las torvas pupilas á los dos hermanos Tribunos: Resonaba el aire con el estrépito de las armas: callaban aquellos como ocupados de maravilla, cuando su madre volvió al espectro audaz sus magestuosos ojos, apoyando la siniestra mano sobre el costado, y la diestra en una tumba de los suyos. La nueva som-

bra entonces comenzó así: fuisteis, bien lo registro, los hermanos sediciosos, estirpe funesta á la patria, los que sin armas la hicisteis la guerra, mucho mas destructora que toda abierta violencia. Vosotros, seduciendo la plebe con la imposible igualdad de las fortunas, excitasteis perniciosos tumultos, no solo en Roma, si no en toda la Italia. Aunque hubiese sido útil y justa en un principio la ley, tantas veces reclamada por vosotros, sin embargo, cuando era quebrantada por los siglos, no podia reclamarse su observancia, sino introduciendo en las propiedades una incertidumbre tumultuosa. Con razon los Escipiones levantaron la frente, ornada de laureles triunfales contra la justicia. Por tanto Nasica hizo perecieses, ó Tiberio, en necesaria y justa guerra en el comicio, como publico enemigo.

Y yo tambien abiertamente me opuse á tí, oh infeliz Cayo: sí, yo hijo de Paulo Emelio, triunfador admirable; yo, aunque no nacido entre los Escipiones, ascripto sin embargo á su estirpe, y de ella digno; yo destructor de Cartago; yo en fin tutela vuestra, oh Romanos, y terror de vuestros enemigos Escipion Emiliano. Vosotros hermanos plebeyos, mas conjuntos por las culpas que por la sangre, referisteis, pues, nuestras crueldades, pero callando las vuestras con silencio artificioso. ¿Mas quién esparció, decidme, la primera sangre en aquellas fatales discordias excitadas por vosotros? Tú, atroz plebe, siempre indigna de libertad, por qué la deprabastes en licencia: tú, vil, cuando oprimida, y petulante cuando libre, cometistes el primer atentado en la persona inviolable del Tribuno Octa-

vio. El fué arrojado de los Rostros por el furor del vulgo mientras os arengaba en ellos, y pudo, aunque con pena, salvarse por la maravillosa lealtad de un esclavo. Este, mas digno de libertad que vosotros, se interpuso en el tumulto á reparar los golpes, tanto que de aquellos fueron sus ojos quebrados y extinguidos en su frente. Aun me parece que le veo errar á tientas por el comicio con las cavidades de los ojos vacias y sanguinosas, inquiriendo de todos noticia de su Señor. Quejaos por tanto de vosotros mismos, que habeis enseñado á levantar la audaz mano sobre los Tribunos, y que, despreciando toda autoridad, hicisteis necesaria la violencia. Yo mismo soy un funesto exemplo de vuestra ferocidad, que á pesar de ser marido de Sempronia vuestra hermana, antepuse el amor de la patria

á aquel de los parientes. Yo era como el blanco, al cual volvian todos sus ojos y la esperanza de la comun salud. Yo defendia esta en el comicio con la voz, y con mansuetas civiles costumbres. Mas hé aquí que fuí asaltado en la noche, mientras yacia en la plácida sombra del tálamo con la consorte, por incógnito insidiador que me ahogó improvisamente. Aun estaba en duda mi mente de si sufria verdadera muerte, ó triste sueño, cuando me engolfé en estas tinieblas eternas. Perecer en el campo de la victoria, y mirar con ojos agonizantes al enemigo fugitivo, es en verdad feliz muerte; mas perecer por insidias crueles en mi tálamo, y en el sueño, es muerte que aun excita á la venganza el pensamiento indignado.

Cornelia escuchaba con silencio fiero, estática en la actitud, é in-

trépida en el semblante, y luego que él calló, ella tomó la palabra: si te lamentas de que haya sido cortado tu vivir mas allá del undecimo lustro, cuando eras ya saciado de gloria y de fortuna, cuáles no serán los lamentos de estos mis hijos, esperanza del pueblo, terror de la tiranía y maravilla de Roma, muertos, como oisteis, de cruel manera, á la aurora de sus dias ilustres, y en edad florida? cuaudo ellos perecieron los lloró toda la Italia, pero no estos mis ojos. A matrona, cual yo soy de stirpe, y madre de generosos Tribunos oprimidos por tan ilustre causa, era mucho mas conveniente una altanera alegria. Yo me lisongeo de haber engendrado á éstos, aunque en vano muertos por vosotros mis Quirites. Solo me duele que, perdidos éstos, no tuve otros que sufriesen igualmente la ira togada,

los fraudes de los nobles, y las insidias patricias por aquellas magnánimas disputas. Ignoro quién sea el reo de tu infeliz muerte: bien sé que tú, adoptado por hermano como hijo suyo, te hicistes director de la tiranía contra mi hijo Cayo. Sé que el Senado propuso el premio de tanto oro, quanto pesase la cabeza de Cayo, á quien la entregase cortada. Sé que el Patricio Septimuleo la ofreció al Cónsul Lucio Opimio, habiendo antes infundido en ella plomo derretido, para obtener mas rico premio. ¡Oh romanos! Vosotros visteis, pues, pesar en la balanza la cabeza de aquel, mas hijo de la patria que mio, con otro tanto oro, y premiar á un tiempo la atrocidad y el engaño.

Perturbado el espectro de Cayo por tan amarga noticia, bramaba como viento que truena so la tierra. Pero Emiliano, aun no sa-

tisfecho de su pregunta, insistiendo en ella, replicó así: pues que aquí se deploran solamente las desventuras de sediciosos plebeyos, no sabe alguno, ó se atreve á referir al menos, las voces de la fama acerca de mis asesinos? Calló, y esperaba en actitud modesta alguna contestacion. Oí despues un susurro de confusas palabras, y parecia que algunas sombras ya se preparaban á correr el velo del triste arcano, y que otras trataban de impedirlo, poniéndoles la mano sobre los labios. Entre tanto vi correr una sombra fúgitiva que parecia ansiosa de sustraerse de la multitud. Era su aspecto de tímida matrona, y solicita de ocultarlo se cubria con el velo; pero un espectro la alcanza, empuña de ella la esparcida cabellera, rompe el velo, y mostrando á Emiliano aquel doliente rostro, le dijo: he-

la aquí, no la conoces? Este exclamó subitamente: oh mi consorte! ¡Oh Sempronia! ¿Por qué huyes de mí, y por qué de tal modo maltratada? Calla: responde con ira aquel espectro que la detenia, porque entonces corrió la triste fama de que se habia demostrado en aquella para tí última noche, ser esta mucho mas hermana de los Gracos que tu consorte; por tanto huia ella impulsada de los remordimientos de su crímen. Mientras él hablaba, la matrona sacudia la cabeza, y trataba de desasir los cabellos de la mano que los oprimia. Pero en vano: porque el espectro sujetándola mucho mas amenazante, arrugaba las cejas, y fijaba en ella sus torbas pupilas. Ella tenia á medio abrir los párpados, y apenas osó alzarlos un tanto para mirar su consorte, cuando los declinó al momento, como si aque-

lla vista la fuese dolorosa. Toda
asamblea se vió embargada de
melancolico silencio, cuando Em
liano llevó la diestra á la fren
como mostrando horror de aque
lla sospecha. Despues fijó los o
en aquel espectro que detenia
matrona, y reconociéndolo, d
¡ahi bien amado Lelio! aun
sirve tu dulce y casi fraternal b
nevolencia? Ocupado aquel de a
gria, suelta la matrona, estiende
Emiliano la diestra, y le respon
la virtud es inmortal. Despues m
rando á la matrona, que libre h
añadió: sabe, pues, que aqu
te sobrevivió con vida contami
da de ignominiosas sospechas. Re
sonó un rumor triste de que ella f
se en aquella traicion cruel minis
de la plebe conjurada. Por esto
se atrevia á alzar á ti las insid
sas pupilas, ni á mover los sim
ladores labios, ni á sufrir tu p

sencia. ¡Oh estirpe funesta! Ni tú,
Cayo, exênto fuistes de la sospe-
cha de ser cómplice en aquella fa-
tal y tenebrosa noche: ni tú, Cor-
nelia, aunque de ilustres costum-
bres, te librastes de las imputacio-
nes odiosas por aquel fatal suceso.

A estas palabras se revistió la
matrona de mucha mas gravedad,
pidió silencio, fixó los ojos en el
mismo Emiliano, y con semblante
intrépido respondió: ignoro en ver-
dad quál de nuestros destinos sea
el mas indigno, ¡ó mis Quirites!
si el mio que me sujetó á tan de-
nigrante calumnia, ó el vuestro de
vivir entre tanta corruptela, que
sus ultrages llegasen hasta Corne-
lia. Yo elevada á la comun con-
sideracion, resplandecia con dul-
ces costumbres, y decorosa ino-
cencia de vida. Eran mis pensa-
mientos, por índole propia mia,
expresados en mi frente, y en me-

dio de tan grande desenfreno com
el de aquella edad, no hubo qui
se atreviese á descubrirme tan
opinion. Al contrario, hasta en
últimos años se reunieron en tor
mio, y en la soledad en que
pasaba, los mas ilustres ciudad
nos, y por el comun afecto
reputada madre de cada uno
vosotros. He aquí desvanecidas
causas de ocultarse la verdad: a
puede cada uno hacer patentes
vicios, y las virtudes de su
libremente. Si hubiera tenido
guna participacion en tu muer
tenebrosa, en lugar de aquí n
garla, me verias alegre de el
como de empresa útil á la com
libertad. Pero ni con fraude,
entre las mudas tinieblas hubi
obrado Cornelia ninguna ilus
venganza, sino á presencia vues
de la tierra y del universo. C
despues, y miraba en torno

semblante fiero si alguno trataba de acusarla. Mas al contrario un silencio reverente manifestaba la opinion de su inocencia, hasta que se oyó salir esta voz: ¡ó hija del Africano! ¡tu virtud se eleva al cielo como roca, baxo la qual brama en vano la calumnia tempestuosa! Entonces Lelio continuó: magnánima Señora, aquella benevolencia notoria á todos vosotros, que yo tuve viviendo, por este explendor de nuestra patria, me tiene aun lastimado de su bárbara muerte. Ahora se renueva en el angustiado pensamiento la memoria de aquel suceso cruel. Mas aquí, donde no se reporta provecho de la mentira, esta voz de la multitud haria tu mayor defensa, si la tuya sola no fuese victoriosa por sí misma.

Mientras ellos así razonado habian, deseparció la sombra de

Cayo, como evitando aquella experiencia de la verdad. Se entristeció la madre al ver aquella huida, y su noble orgullo abatido, miraba á Tiberio con ojos melancólicos y sospechosos. Este, pues, con frente humilde y con el silencio, mostraba no bastar ni su facundia, ni el fraternal afecto á defender la causa del contumaz. Al ver esto el dictador un tanto se sonrie, y volviéndose á Bruto replicó: mira si tanta corruptela podia llamarse libertad. Aquel respondió: mucho te complace haber nacido en patria extragada por los vicios, porque los tuyos hallaron en ella su cotidiano exercicio, y ocasiones prontas y preparadas con oportunidad. Si hubieras tú vivido en tiempos moderados de la civil igualdad, entonces se habria distinguido mejor tu ánimo mal dispuesto á sufrirla. Te engañas,

responde César, si hubiera asi sucedido, ten por cierto que hubiera deseado exceder á todos en la gloria, pero no en el poder. Yo empuñé la espada, no para oprimir á Pompeyo, sino para no ser de él oprimido. Qual hubiera, pues, sido en una patria sábia, se descubre de aquello que fuí en una loca y demente. De aquí es que yo moderé con dulzura y humanidad mi fortuna, donde la crueldad era aplaudida, la clemencia escarnecida, y la venganza necesaria. Y si de alguna virtud debo arrepentirme, es de aquella por la qual el hombre se eleva á naturaleza celeste, la facilidad en perdonar. Sila, bañado en sangre civil, vivió provecto, é ileso en ócios campestres: yo siempre aváro de la vuestra, y pródigo de la mia, fuí muerto por los ingratos. Al decir esto fixaba los ojos en Bruto, y parecia

inclinarse á la ira. Este, pues, se perturbaba de tal reprehension, de modo que el antiguo suceso renovaba nuevos enojos en aquellos generosos entendimientos. Mas Julio interponiéndose dixo: paz, ¡ó emulos ilustres!: es demasiado doloroso que aun no estén aplacadas las mas grandes almas de entre nosotros. Aunque tan diversos en el sentir y en las costumbres, fuisteis sin embargo maravillosos, el uno por cierta severa y casi divina virtud enmedio de la corrupcion, y el otro por su bondad en el imperio absoluto; tanto que á no ser mucho mas noble posesion la libertad, el poder del dictador en verdad era suave: llámale tirano si quieres, pero de todos fue el mejor. Y asi, como no existió un ciudadano mas honesto que Bruto, no hubo igualmenre jamás déspota en suma prosperidad mas

moderado que César. Ambos disteis por tanto al mundo un exemplo increible por opuestos medios de la excelencia de vuestras qualidades. El uno quedó qual única antorcha de virtud en la noche de los vicios, y el otro impelido en el mar cruel de sangre y de delitos, se preservó inocente, quanto concede una altísima fortuna. A estas palabras, pronunciadas por el orador con mansedumbre conveniente á moderar en qualquiera el enojo, lo extinguió en ellos fácilmente, los quales ya tanto habian gustado en esta vida de sus explendidos discursos. Como se dispersan las nubes al soplo de los céfiros, así se disipó en sus semblantes toda perturbacion. El dictador alargó primero la diestra victoriosa; y Bruto entonces se cubrió el semblante con el extremo de la toga, como ocultando al otro la

compasion que le conmovia. Tulio que nunca habia divisado en aquella frente austera algun indicio de blando sentimiento, llegó á punto de verter lágrimas por la dulce complacencia de aquellos efectos de sus palabras. La multitud expectadora del triste silencio, prorrumpió en lloroso estrépito, como el de mar oido desde léjos. Yo sentia ya correr por mis mexillas las lágrimas de piedad, al ver conmovidos ánimos tan generosos, y por tan excelsas causas. Quando Ciceron, herido de súbito pensamiento, me dixo con tristeza afectuosa: ya el mundo vuelve este emisferio á los rayos del sol, y somos obligados á pasar á las tinieblas que le son contrarias.

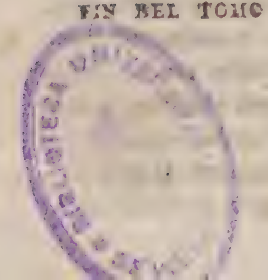
Así hablaba todavia, quando los espectos se desvanecieron quai humo. A el mismo le faltaba hablando la voz, como si fuese en-

tonces obligado por impulso celeste á la fuga. Desapareció en fin, pronunciando aquellas últimas palabras, y yo quedé con mis ojos ansiosos, el corazon palpitante, y las pupilas sumergidas en la obscuridad. Yo mismo no era bastante sabedor de mí mismo, si estaba vivo, despierto ó si soñaba.

Los varios razonamientos, y los espectros innumerables, movian aun mi espiritu á maravilla, y herian el pecho de una dulce compasion. Yo doliente despues de esto, como abandonado de aquellas almas valerosas, incierto de volverlas á ver, y de escucharlas, las invoqué con suplicante voz. Pero mis gritos resonaban sin efecto en las inexôrables tumbas. Volví por tanto mis dudosos pasos á tientas entre los huesos, que tal vez se me escurrian baxo los pies vacilantes, y volví á ver el cielo.

Ya la aurora extendia su rosado velo, y el céfiro lo sacudia con dulce soplo, precursor de la luz triunfante del sol. Me era grato respirar aquel aire aljofarado, como que entonces acababa de salir de subterráneas tinieblas. Por tanto me encaminé á mi estancia, donde bastante oprimido del cansancio me dormí. Pero la mente en el sueño revolvia sin embargo aquellas imágenes, hechas ya tiranas de todo mi pensamiento.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



INDICE
DEL PRIMER TOMO.
NOCHE PRIMERA.
PROEMIO.

Coloquio primero.

Coloquio segundo.

LAS NOCHES ROMANAS

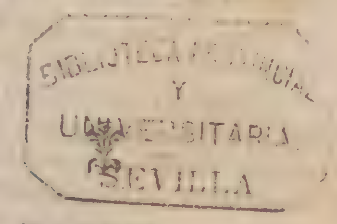
EN EL SEPULCRO

DE LOS ESCIPIONES.

PARTE PRIMERA.

TOMO SEGUNDO.

Traducidas del idióma italiano por el Licenciado Don Francisco Rodriguez de Ledesma.



MADRID:
IMPRENTA DE ESPINOSA.
1821.

NOCHE SEGUNDA.

COLOQUIO PRIMERO.

Mario todavía enojado refiere las aventuras de su fuga desastrosa.

Los grandes y extraordinarios sucesos sojuzgan de tal manera las facultades del ánimo, que usurpan sobre él un prepotente dominio. De aquí es que los increibles portentos, de que yo solo era testigo, me perturbaban el pecho, y recreaban juntamente el espiritu con suaves contemplaciones. Olvidándose del tiempo presente se entregaba todo el entendimiento á los pasados siglos. Me parecian sueños las cosas de la presente vida, y despreciable el comun lenguage de los hom-

bres en comparacion de aquellas imágenes grabadas en mis pupilas, y de aquellas palabras y discursos vivos y resonantes en mis oidos. Callar algun suceso estupendo es un molesto silencio, que como grave peso oprime el pecho; pero manifestarlo á otro es grata ocupacion, no menos para el que oye, que para el que lo refiere. Y como el que bebe el agua del mar no apaga la sed, y antes sí crece el ardor en las fauces, asi yo sufria un deseo mucho mas vivo de nuevas apariciones, desde que habia gustado el maravilloso deleite de ellas. Y aunque tal deseo fuese en mi antiguo, no obstante lo refrenaba con frecuencia, considerando su orgullo; mas en esta ocasion llegó a ser insaciable y tormentoso. Formaba tambien contra él un doloroso contraste el temor de que la primera noche de tan suspirada

razonamientos fuese la última. Arrevatado de aquellos pensamientos, como de las olas, miraba frecuentemente cuanto el sol habia corrido en su viage luminoso, y me parecia que caminaba lentamente al occéano. Al fin se difundieron las tinieblas por la tierra y por el cielo, y yo alegréme de esto con la ansiedad de volver á aquellos monumentos. ¡Oh loco deseo, pues que irrevocables huyen los dias, y ellos nos precipitan á la tumba! Asi los mordaces cuidados del ánimo hacen que se desee perder el tiempo, por el cual se suspira siempre despues de haberlo perdido. Mas luego que fue apagada la luz del cielo, yo solícito bajé á quellas cabernas esperando nuevas maravillas. Invocando los espectros quedé, asi lo creo, con los ojos de esmalte, con los cabellos semejantes á los de Me-

dusa, y con el semblante pálido, como de quien oye sentencia de muerte. Pero en vano ya sonaba mi voz en lo profundo de aquella soledad tenebrosa; por lo que privado desde luego de esperanza, valanzeando retraia mis pasos de aquellos obscuros senderos; cuando he aquí que resplandece de nuevo la acostumbrada luz fosfórica, y veo reunirse con súbita concurrencia no solo las sombras que ya habia visto, sino otras innumerables y nuevas. Facilmente reconocí entre ellas á mi Tulio, porque adelantándose hacia mi, dixo: salve descendiente cortés, que sientes hacia nosotros admiracion y piedad, como lo indica manifiestamente esa noble confianza con que aquí penetrastes, y aquí volvistes. De hoy mas parece desterrada de tu pecho aquella molesta cobardia, por la cual viviendo se te-

me á los que murieron. Tú ves que los que te acompañamos somos incorpóreos, incapaces de ofender por índole y por naturaleza, y tú restarás disuelto en polvo como nosotros purísimo elemento, despúes del breve sueño que vivir se llama. Por tanto, sería en el hombre, como tú eres, horror pueril el temernos, cuando otra cosa no somos que la mejor substancia del humano compuesto. Estos frágiles miembros, ludibrio de la muerte, no son tu verdadera esencia, sino aquella facultad por la cual razonas, sientes, te entristeces, gozas y deseas continuamente engolfarte en una excelsa felicidad. Sería, pues, mucho mas conforme á la razon, que nosotros tuviésemos de tí algun horror, que tenerlo tu de nosotros; porque à inteligencias veloces, desatadas y puras, es molesta la torpeza de vuestros pensa-

mientos, oprimidos en el lodo de los caducos miembros.

Despues que él calló, yo respondí sumisamente: ¡Oh cónsul admirable y mas admirable orador! ¡Tanta es la dulzura de escucharte, y de mirarte que lejos de temer tu aspecto ó tu voz, encontraré gozoso materia para hablar contigo, y para conocer con tu guia estas ilustres almas y gustar de sus elevados conceptos! Dime, pues, ¿quién es aquella grande y robusta sombra que con frente amenazadora y torvas pupilas se adelanta formidable, aunque tácita é inerme? Y Tulio, responde: la que miras es alma grande y cruel en la que no se distingue si mas se deba alabar el valor ó vituperar la crueldad. El es Cayo Mario el triunfador de Irgurta y de los Cimbrios, y creo que entre vosotros no será muda su fama. Yo revolví entonces los

ojos ansiosos de contemplar la síncera imagen de tan gran campeon y criminal romano. En tanto él mismo me dio ocasion de contemplarla mejor, pues que hizo con autoridad, y un tanto desdeñoso una señal con la diestra, y por medio de ella separó delante de su ancho pecho las vulgares sombras. Estas, temblando como arroyuelo, cedian con admiracion respetuosa. Cuando he aquí que Mario comenzó con fiera voz: ¿Dónde, pues, te hallas Julio César, que poco antes turbastes el silencio de muerte, acusando las empresas de mi justa venganza? Solo te conocí siendo niño, y ahora me es de importancia el atrevimiento con que insultas mi gloria, aunque mientras viví fui llamado nuevo fundador de Roma. Mostrose orgulloso César, y dijo: aquí me ves pronto á escucharte: Mario le miraba con tor-

vos ojos, y parecia que con pena refrenaba la voz airada, despues porrumpe: una patria como esta era de sangre, solo con la sangre debia espiarse. Entró en ella Sila como en ciudad vencida por asalto, y yó, abandonado por vuestra bajeza, me ví precisado á huir. Solo permaneció á mi lado Geranio, mi hijastro, con el cual llegué á Ostia, donde me embarqué con viento próspero. El cielo sin embargo, émulo de mi fortuna inconstante, se cambió de repente de sereno en proceloso. Ya los uracanes impelian inexorables la nave hacia las playas de Italia, como ansiosos de hacerme presa de Silanos asesinos que las recorrian como lebreles en busca de fieras. Yo, glorioso por magnánimos peligros, terror de bárbaros, y defensor de la Italia, en la que el eco de mis empresas debia reunir secuaces pa-

ra admirarme y sostenerme, reducido entonces á huir tambien de ella como perseguido, y á confiar mi seguridad á un roto esquife, evitaba las patrias riberas cubiertas todas de traidores. Mas la cruel fortuna obligó á los marineros á abordar en la playa de Circeo. Allí permanecí como triste blanco de malvado destino. Bramaba el mar enfurecido, era la tierra infiel, funesto el cielo. Desfallecia ya de inedia, y errante sobre la desierta arena, ora temia, ora deseaba encontrar hombres en ella. No verlos era desolacion infausta, y verlos peligro manifiesto. Mientras con tímidos pasos y frente humilde caminaba á lo largo de la borrascosa playa, encontré algunos labradores, cuya piedad, despues que me reconocieron, me avisó de que por aquella parte bagaban insidiadores de mi vida. Aunque la

sangre que habia quedado en mis venas, despues de haber derramado la mayor parte por la gloria de Roma, era vendida por ella misma en alto precio á los traidores; sin embargo obtuve maravillosa beniginidad de aquellos hombres que podian con mi muerte hacer feliz su mísera condicion. Antes se lastimaban de que por causa de ella no tenian con que reparar mis lánguidos miembros. Por tanto, me engolfé en la selva de aquella costa, como degradado de la civil condicion á vida salvage. El velo tenebroso de la noche cubria el cielo, del que solamente traslucian mis ojos breves espacios por entre las olas. Aquellos, siempre fatigados de vigilancias y de infortunios, estaban despiertos por la llama de la ira. El viento proceloso sacudia con uracanes la selva: silvaban por entre los densos ramos

los indómitos aguaceros, y arrancaban árboles excelsos, postrados al ímpetu ruinoso. Yo sentia aullar los lobos, ó ambrientos, ú ororizados, y rechinar las áridas ojas al escurrirse las serpientes por debajo de ellas. Mas no os movais á piedad de tales zozobras mias, porque á un guerrero fue siempre mas grata la victoria que la vida: y solo imaginad las angustias del espíritu, la ira del corazon, las quejas desesperadas contra mi fortuna y vuestra ingratitud, que se difundieron por el aura tempestuosa. Al fin la aurora me echó fuera de la selva resuelto á combatir con la cruel suerte. Alimentado de la sola venganza, me adelanté sobre la costa, peregrinando hacia Minturno. Allí me vi repentinamente entre soldados Silanos mis insaciables perseguidores. Me arrojé á las olas, y me dirigí á nado hacia dos

naves no distantes para refugiarme en ellas. Mis pesados, vastos proyectos y oprimidos miembros hacian con pena aquel oficio, tanto que el peligro de sumergirme era inminente. Entre tanto oia á aquellos asesinos hacer desde la playa votos crueles á Neptuno y á Nereo porque me tragase en sus abismos, invocar los voraces mostruos marinos, y mofarse con malignas palabras de aquella mi cruel angustia. Amenazábantambiena los marineros si me daban amparo, y les ofrecian galardones si me expulsaban sin hospitalidad. Pero la humanidad de aquellos prevaleció, por quienes fui recogido de las ondas, y socorrido en las naves. Aun no cesaron aquellos bárbaros de exclamar desde la playa, que me arrojasen al mar, tal que me vi obligado á la humillacion, insufrible al domador de tantas naciones, de

suplicar arrodillado en maltratada lancha á hombres plebeyos de manifestarles mi nombre ilustre, y juntamente mi ignominiosa fortuna. El respeto, pues, por aquél venció las injurias de ésta; pues ellos con arrogancia respondieron, no consentian á las demandas feroces, y se abandonaron al viento: despues volvieron el rumbo hacia la voca del Líri, y entrando en ella arribaron. Yo salí á recrearme un rato sobre la frondosa y tranquila ribera; mas fue aquel consuelo breve, porque vi la nave en alta mar de improviso, quedando allí mudo y asombrado de esta nueva perfidia. Era tan gran delito sentir alguna piedad de mi, que los marineros arrepentidos ya de haberla mostrado me habian abandonado como una carga funesta. Ya aunque oprimido y no vencido de las desventuras que se

acumulaban, me encaminé por entre difíciles fosos y pantanosas lagunas, hasta que llegué al alvergue de un anciano labrador. Este reconociéndome por mis facciones muchas veces vistas en los triunfos, bien que entonces obscurecidas por la nube de los males, y apiadado de mi indigna condicion, me ocultó en una cabidad cubriéndome con paja ó yerbas marinas. Así Mario, á cuya presencia habian temblado las naciones mas fieras, permanecia palpitando baxo de aquella vil cubierta. Mas, ¡qué no puede una malvada fortuna! Sobrevinieron entretanto los insidiadores, y ya los sentia yo estar hablando con mi piadoso huesped para que les descubriese donde él habia ocultado al enemigo de Roma. ¡Oh, nefandas palabras, que yo mismo oia sepultado en aquella ignominiosa cabidad! No me mate

la cólera para sobrevivir à la venganza. De aqui es que para mejor eludir á mis perseguidores, me sumergí desnudo en la vecina laguna, tanto que la cabeza sola descubria rodeada de los arbustos de aquella. Mas en vano, porque al punto fuí descubierto y llevado desnudo hasta Minturno, como fiera conducida en triunfo por cazadores, y presentado al Pretor. Jamas nueva ninguna causó en mi tanta admiracion, ni furor tanto; como haber allí entendido que por decreto del senado debia yo como execrable ser condenado á la muerte por cualquiera juez, y cualquiera podia arrastrarme á las prisiones con violenta mano. Por tanto, mientras el Pretor sentado en su tribunal profería la inicua sentencia, yo encerrado en una tenebrosa prision, esperaba el indigno fin de mi gloriosa vida. Pero resplandece tanto

una clara virtud aun en obscura fortuna, que no se encontraba en todo Minturno quien se atreviese á ser mi verdugo. Tan solo se ofreció un esclavo Cimbrio, resentido de la sangre de los suyos que yo habia derramado à rios, y entró resuelto á la venganza. Vi entre las tiniebla[s] de aquel angosto lugar relumbrar su acero, y aunque yo me hallaba inerme y abatido, sin embargo con esta voz formidable en las batallas, exclamé: ¿tú pues, ó pérfido, te atreves á ofender à Cayo Mario? Al oir estas palabras, aquel vil, cuanto cruel, arrojó el acero, y huyó murmurando trémulas palabras. Contaba despues con bárbara superstición, que en aquel momento relucian mis ojos en la obscuridad como centellas, y la voz sonaba como admirable y divina. Asi aquella piedad que en todo corazon era extinguida para siem-

pre por la vil esclavitud, se excitó entonces por aquella necia causa; porque un tal portento referido por el esclavo idiota pudo mas que mis triunfos, y atemorizó tanto al juez, que temiendo éste la venganza de los dioses, si ofendia á un hombre protejido por ellos, me abandonó al arbitrio de mi destino. Fui despues llevado á una nave con víveres y marineros que me guiaran donde yo les ordenase. En tanto aquellos ciudadanos reunidos sobre la playa imploraban de los dioses el perdon de repelerme, obligados por la cruel necesidad de no alvergar huesped tan peligroso. Volví la proa à la opuesta Libia, mas la tirana fortuna me arrojó sin dilacion á la Sicilia. Apenas impresas eran mis huellas en aquella arena, cuando fuí allí conocido y perseguido. Me refugie de nuevo en la mar, y el vien-

to me transportó à Cártago. De-
bïa todavía resonar en aquella pla-
ya la fama de mis empresas, pero
la primera voz que oí en ella fué
la intimacion de Sestilio; allí Pre-
tor, que me prohibia el que alli
permaneciese. Impélido de conti-
nuas desgracias, repelido de toda
costa; había llegado à ser para
siempre inhospital toda la tierra
todo mar tempestuoso, y enmudeci
cí contemplando las ruinas de la
asolada Cártago, como espejo de
la fortuna; y yo sobre ellas era
ejemplo de su inconstancia. Aque-
lla ciudad, antes de nosotros rei-
na, entonces yacia como esquele-
to, ludibrio del viento: y allí
sentado sobre las piedras de ella
vilipendiado, esqualido y vencido.
do. No bastaban las palabras à a-
quellos vastos y terribles pen-
mientos, y por esto un grave silen-
cio oprimió los labios mios. De

pues yo me dirigi á lo largo de las ardientes arenas anelando, y he aquí que de improviso encontré à mi hijo sobre ellas. El, poco antes detenido con fraude por el rey de los Numidas, habia huido furtivamente, y andaba en busca mia con diligencia afectuosa. La natural benevolencia es dulce consuelo aun para las fieras, mayor entre los extremados males, inmensa cuando lejos de toda esperanza ocurre un encuentro venturoso. Mas no fue para nosotros puro aquel deleyte, sino mezclado de triste amargura. El miraba á un padre hasta entonces de vida esplendida y maravillosa, errante, méndigo, sin patria, sin fama, sin albergue y sin tumba, á la que estando ya proximo, en vano adquiria quien se doliese con migo, quedandole á él la triste herencia de mis desgracias, y el odio de los

tiranos conscriptos. Cada momento esperábamos tambien ser ambos sorprendidos de asechanzas, y recíprocos espectadores de muerte ignominiosa. Mas como cuando por inminente naufragio se ve pálido el piloto, y de improviso el viento se hace propicio, asi fui entonces confortado por no esperado mensage de que Roma inconstante se dolia de mis desgracias. Ella me excitaba á tentar nuevos peligros gloriosos. Yo siempre sediento de ellos, y mucho mas en tanto abatimiento, me abandoné á los impensados alagos de la fortuna. Al llegar á Italia encontré allí no solo hospedage, sino vengadores, tanto que en breve reunido un ejército, llegué á estos muros, y los purgué con justo rigor de vuestra horrenda ingratitud.

COLOQUIO SEGUNDO.

Sila y Bruto disputan sobre los modos con que ambos se portaron hacia la patria, y César despues hace el parangon entre la clemencia y la atrocidad.

Calló Mario, pero de ira le centelleaban los ojos, y asi César urbanamente añadió: paz, ó entendimiento enojado: atiende y mira las innumerables almas acaso arrojadas aqui por tí, y que sin embargo permanecen en silencio respetuoso al ver tu aspecto amenazante. ¡Ah, sino puedes lastimarte de ellas, al menos no te alabes de aquellos espantosos exterminios, con los cuales en largos rios de sangre desatastes tú venganza! Pareció que Mario moderase entonces su crueldad como fiera acariciada. Ya alargaba benignamente

la mano al dictador, cuando se movió un estrépito de palabras por todos los recintos de aquellos subterráneos; palabras mezcladas de terror y maravilla. Sentí despues murmurar así sumisamente la multitud: ¡Sila, Sila, Cornelio Sila! entre tanto una sombra magestuosa con paso lento se avanza. El vulgo con humilde gravedad dejaba vasto espacio á los pasos de ella. Estaba vestida en trage guerrero, y le resplandecia la coraza sobre el largo pecho. Tenia ojos ceruleos y torbos, semblante fiero rubicundo y erisipelatoso: sobresalia á todos los circunstantes y volvió en torno los ojos crueles. Tenia el manto levantado, demostrando así la alta opinion de sí mismo, y la inferior de los otros. Cuando Mario oyó resonar aquel funesto nombre, huyo de nuevo como lo hizo en vida, de-

sapareciendo de repente á mis ojos. Cornelio se sonrie con fiereza, y despues con profunda y lenta voz principia: quien será aquel entre vosotros, plebe de tímidos espectros sin fama, que presuma ejecutar lo que no tuvo valor de hacer cuando vivia; á saber exigirme razon de mi imperio? Vosotros, pues, me visteis confiado únicamente en la grandeza de mi ánimo, y rodeado del esplendor solo de mis empresas, deponer en el foro la dictadura, licenciar á los lictores, que tantas de vuestras indignas cabezas habian cortado, y conservarme intrépido, inerme y pronto á daros cuenta de la sangre derramada hasta la última gota. Si, pues, erais vosotros romanos, la ocasion y el tiempo favorecian la ofensa: era fácil toda venganza concedida á cada uno, recientes estaban las heridas, y era

bulnerable Sila, tambien mortal. Ninguno tuvo entonces suficiente aliento en los trémulos labios para hablarme. Dijo, y calló despues apoyando la diestra al costado, y la izquierda al pomo de la espada formidable. Y he aqui que saliendo con precipitacion Marco Bruto de entre la multitud exclamó: responde Sila feroz, ¿quién te dió potestad de exterminar cien mil romanos? y aquel con grave severidad le dice: ¿quién eres tu, que tan altanero hablas? Yo soy, le responde, de la estirpe gloriosa de Junio Bruto, enemigo de tiranos, como aquel, y si yo hubiera vivido cuando tu sojuzgastes esta patria floreciente acaso no hubiera quedado sin ser vengada. Cornelio estuvo callando pensativo, y despues fijó los ojos en él, y dixo: ¿y de que modo? El otro le responde prontamente: de aquellos

todos con los cuales se combaten por magnánimo ciudadano los opresores de su patria. Pero aun instava Sila: ¿qué hubieras dicho cuando yo depuesta la tremenda potestad, incline mi cabeza á la ira vulgar sin otra defensa que yo mismo? Bruto, responde: lo que te pregunté poco antes; esto es, ¿con qué derecho extinguistes cien mil romanos? Con aquél, responde Cornelio, que compete a los hombres excelsos para castigar los vicios destructores. Para salvar una patria agonizante, todo remedio era justo, cuando necesario. No por esto me separé de las órdenes civiles, pues que fui creado dictador con sufragios libres. Pero de qué sirve hacer mencion de legítimas costumbres, cuando es notorio que en Roma, ya largo tiempo trastornada por la temeridad de los tribunos plebeyos, ninguno en-

tendia ya dónde, y cuál fuese la patria, quienes fuesen sus ciudadanos, ni ya se distinguian en ella las huellas de su virtud antigua. No se puede corregir al que se halla endurecido en la maldad, sino con el terror, y asi me ví obligado á prevalerme de él, con multitud infinita de malvados. Que si yo hubiese vivido cuando la bondad era útil y venerada, hubieras conocido de otro modo la grandeza de mi ánimo, y de ella sea prueba el principio de mis empresas; pues que cuando entré temido en esta ciudad de Roma, contuve los escuadrones victoriosos con tal disciplina, que las fortunas y las vidas vuestras fueron inviolables. Emprendí despues reformar las corruptelas por medios moderados y ordinarios: pero la comun perfidia me desengañó muy pronto, y me hizo recurrir al hierro. Adopté

yo éste en cuanto convenia à males extremados, y cuando reposó la cansada mano sobre el pomo del acero, no temí ofrecerme á vuestro juicio, y un silencio admirador perpetuamente me ha absuelto.

Marco, entonces con fremente voz, prorrumpe: ¡inaudita vanagloria es la de llamar á la patria criminal, y tú mismo apellidarte reformador excelente de ella! Un solo ciudadano cual tu fuistes, era bastante á deprabar toda ciudad bien ordenada, y à hacerla en breve mísera y esclava. Nosotros en verdad fuimos merecedores de tus desprecios y de tus hachas, pues que sufrimos aquellos, y doblamos vilmente la cerviz á estas. Era preciso que entre nosotros se hubiese perdido todo discurso humano, cuando te se dió la facultad de vender nuestras vidas. Dura é inmortal es en tí la antigua perversi-

dad, pues que osas alabarate todavía de esto que debistes aborrecer. Por lo visto la tiranía extingue todo sentimiento de razon, tal que el opresor como voraz tigre relame la sangre que ha quedado sobre sus labios, despues que ha devorado la presa; y los oprimidos no conocen mas la eterna luz de la justicia ó temen el contemplarla. Mas si alguno levantándose en el foro aquel dia, en que, confiado en la vileza comun, depusistes la dignidad sanguinaria, te hubiese pedido razon del padre asesinado, y de las fortunas usurpadas, se hubiera conocido cuanta fuese la altaneria de tus palabras al defender inumerables atrocidades. Es cierto que sentenciar á muerte en ordinario juicio y por las leyes universales es siempre grave deliberacion, y en la que suele hallarse perplexa toda alma sensible; pero tu de-

liberastes la destruccion de tantos con frente alegre y serena, sin otra norma que tu cruel voluntad. Aunque la espada de la justicia debe derramar temblando una gota de sangre, ¿tú crees no ser manchado de aquella que vertistes á torrentes? Vete, pues, sombra feroz que no hablas aquí orgullosa en el comicio á plebe envilecida, sino al ciudadano que dió la muerte al tirano, y se mató despues él mismo por no vivir en esclavitud. Respondió Cornelio con fria y tarda voz, mostrando juntamente en su rostro una cruel ironia: magnificas son en verdad tus palabras; ó espectro, no se si arrogante, cuanto audaz; pero mal te lisongeas de haber postrado al tirano, si despues te vistes precisado á descender en breve con él hasta estos lugares. ¿Y quién fue ese? Bruto entonces alargó la diestra señalan-

do á Cayo César, y responde: míralo, yo le asesiné, y fue aun mejor que tu. Sila volviéndose á aquel sin dilacion le reconoce, y dice: ¡oh Bruto, ve cuán oportuna era mi severidad, y cuán perniciosa toda clemencia! Yo condené á este en la proscripcion, mas las súplicas de muchos tanto me molestaron, que revoqué la sentencia. Presagié no obstante á los romanos, que en él conservaba su ruina, porque en hombre tal como él, estaba reunida la maldad de muchos Marios. Bruto severamente añadió: es accion maravillosa, que habiendo tu cortado con tremenda la segur la cabeza de innumerables ciudadanos, entre quienes podia esperarse un vengador de la Patria, la conservases á aquél que la debia oprimir. Aquella sola vez por tanto en que fuistes clemente, la causastes daños infinitos. Tal es

pues la naturaleza de las cosas malvadas, que jamas pueden obrar ningun efecto benigno. César, afligido un tanto por aquellas palabras, exclamó hacia Bruto: paz entre tanto. Calló aquel, y César volviéndose á Cornelio, prosiguio: ¡oh proscriptor cruel, insaciable de sangre¡ Tu imperio, cual espantosa calamidad de celeste ira, tuvo por insignia suya el terror y la muerte. El mio fue conseguido con magnánimo valor, y mantenido con la clemencia. Te fue grato ver á tu presencia funesta el pálido semblante de los romanos temblando, y á mí me fue grato solo ver en sus frentes una confianza abierta, y una alegre ostentacion. Ninguno hubiera tocado tu mano esterminadora; pero esta mia pura de proscripciones, y de asechanzas, tremenda solo á los enemigos de Roma, yo la alar-

gue benigna, y protectora á los Quirites, y fue acogida por ellos con benevolencia. Sila con una feroz sonrisa, le responde: mal te alabas por haber usado de dulce bondad con las criminales almas que se glorian aun de haberte vendido. Con mayor razon yo me complazco de mis rigores, con los cuales quedé seguro, y los hombres sometidos. A tí te place el ser benigno con los pérfidos, y de ello hicistes esperiencia desgraciada: á mi me place la sentencia contraria, y el suceso mostró cual de las dos la mejor fuese. Vete desdichado no enseñes á Sila los modos con que deben estos ser gobernados; pues que sumergido en la sangre de ellos, obedecieron, temieron y admiraron, y se bañaron en la tuya.

Hablando asi volvió en torno las feroces pupilas, y despues con

voz amenazante exclamó: cualquiera que presuma blasfemar de mi dictadura, hable, que yo le escucho, pronto á la defensa de ella. Callaban todos, como aterrada la plebe del estampido del trueno. Aquel se mantuvo con magestuosa fiereza, esperando quien se atrevia á romper el tímido silencio, y al ver que ninguno hablaba, miró á Bruto, se sonrie amargamente, y despues desapareció como el viento. Entonces una de las sombras mofándose de la que huia, dixo: tu razonastes cual conviene á heredero de ramera. La multitud circunstante se sonrreia de aquella sentencia. Yo al oirla me acordé que Sila puntualmente habia sido instituido por la opulenta Nicopoli, mujer, á quien muy bien convenia aquel titulo ignominioso. Despues muchos susurrando recordaban como Sila habia ordenado

en su testamento, que sus despojos fuesen consumidos en hoguera aunque hasta entonces habia sido al contrario la costumbre de sus antepasados preservarlos con aromas. Es de creer, que él temia fuesen los miembros odiosos y ultrajados por el furor del vulgo. Asi es que apenas desapareció el tremendo Cornelio, comenzaron diversos razonamientos, manifestando muchas de las sombras pensamientos que antes tenian en su entendimiento ocultos. Callando yo por esta causa, consideré cuanto una tirania sublime y extraordinaria en sus modos orgullosos, envilecia los espíritus à ella sometidos, que despues de tantos siglos permanecia el temor en ellos. Aquella plebe enmudecida y aterrada á la presencia de Sila, desfogaba ya con ironias su estólida venganza. Asi callan ocultos entre las

ñas los pajarillos, cuando el Alcon devorador los amenaza; mas apenas se alea, súbitamente orgullosos y alegres gorgean sus diversas cantinelas. Pero las sombras mayores observaban todavia un maligno silencio como al principio, las cuales no habian callado por otra causa, sino por el horror de hablar con un mofador de toda virtud.

COLOQUIO TERCERO.

Sentencias rigurosas y valientes de un entendimiento que, viviendo entre los romanos, fue muy moderado sobre la injusticia de las empresas de ellos:

Mientras hablaba la turba, me parecia oir el murmullo de las fuentes en el silencio de la noche. Suspendieron las palabras, y excitó mis miradas una sombra que con serena frente se adelantaba. Inmediatamente corrieron hacia ella Tulio, César, Bruto y Antonio, estendiéndola todos los brazos, y todos parecian acordes en el contento de mirarla. Su aspecto inspiraba dulzura venerable, y suave providad de costumbres. Tenia calvas las entradas, cano el cabello, los ojos compasivos, frente serena, labios gozosos. Despues con afec-

tuoso semblante, templado de urvana gravedad, abrazaba á las sombras circunstantes, y nombraba á cada una cortesmente por su nombre. Luego que fueron cumplidos estos primeros oficios de benevolencia, todos quedaron un tanto en el silencio precusor de las ilustres palabras, y despues comenzó Bruto: tu vida privada fue inocente á la verdad, feliz por grata costumbre y por ocio tranquilo de las musas; en el cual fuistes sin embargo útil á muchos con generosos oficios y liberal beneficencia. Grato á todos asimismo, y para ninguna faccion sospechoso, pudistes vivir en tan inicuos dias larga y candida vida. Pero me duele de que un tal piloto, cual hubieras sido en las borrascas civiles, en vez de dirigir la nave en tan adversa fortuna, se refugiase en el puerto, contem-

plando desde él la patria, sumergiéndose en el pielago de su corrupcion. Estas sentencias libres é imperiosas parecia que eran ya molestas á la multitud, porque algunos hacian señas á Bruto para que no insistiese mas en ellas. Pero el espectro al cual eran dirigidas respondió apacible así: cuando yo hubiese podido esperar, tentando alguna empresa generosa, el dar algun alvio á la patria, me hubierais visto arrojarme al mar tempestuo o de sus vicisitudes. Pero la misma opinion que tuve del inevitable destino de Roma, la tuvieron ya doce lustros antes de mi muerte, Rutlio y Cota, patricios exelentes, los cuales no pudiendo sufrir ni correjir la ciudad, se ausentaron de ella á destierro voluntario. Tu mismo, o explendor nuestro de elocuencia, y tesoro de filosofia, Marco Tulio, perseguido

de los vicios triunfantes, abandonado de los buenos, no defendido de tus odiadas virtudes, te vistes tambien obligado á buscar tu seguridad en destierro acerbo para tí, y para la patria ignominioso. Volviendo despues á ella, vivistes en continua irresolucion, investigando los medios convenientes de reformarla, sin encontrar jamas uno. Tus infructuosas dudas fueron despues deliberadas en tu ánimo, cuando vistes oprimido á Pompeyo. Sucedió que pronunciases entonces abiertamente aquella sentencia, de que no solo era necesario deponer la espada, sino romperla: y que al oirla una vez el hijo mismo de Pompeyo sacase la espada y te quisiese pasar con ella, á no impedirlo Caton presente á la disputa. Ninguno, pues, menos que tú, ¡oh Bruto! deberia oponerse á mi opinion; tu que aplicas-

tes á Roma desesperada el último, cuanto ineficaz remedio. Vosotros, interrumpe Tulio, ganasteis fama elevada por contrarias sendas. El uno fue á los ojos de todos, como ejemplo maravilloso de costumbres moderadas en tiempo funesto á toda virtud. Cuando los feroces ímpetus de la ambicion arrastraban la mayor parte á trastornar las patrias instituciones, él se mantuvo en calma, como cima de montaña donde no llegan las nuves. El otro con ilustre resolucion esperó estirpar en la vida de uno la inveterada y comun malignidad. Cualquiera que desespera, añade Bruto, de la salud pública, y la abandona, propone un ejemplo pernicioso, por cuanto se retira en el campo del órden de los combatientes. Un verdadero ciudadano no tiene vida mas larga que la de su patria, por que no sobrevive al do-

lor de haberla perdido. Fuera de ésto el sentenciarla á la muerte es juicio repugnante á la probable costumbre de las vicisitudes humanas; las cuales, aunque siempre varian por su naturaleza, sin embargo enseñan constantemente que si tal vez nos engañamos en las mas lisongeras esperanzas, no por esto suceden con frecuencia los daños temidos y la inminente ruina. Yo no miré por tanto la tempestad de Roma desde la playa, antes sí me arrojé á nado, y con ella naufragué. Mas aquella plácida sombra le responde: cuando las mutaciones de los estados se pudieran conseguir sin futuras calamidades, iguales, ó mayores á aquellas de que nace la molestia presente, no hubiera yo dejado de tentar la civil suerte. Por mí no fue esparcida una sola gota de sangre, y esta corrió por ti á torren-

tes y sin provecho. Mi ejemplo en verdad no fue fatal, antes si de pocos imitado; y el tuyo introdujo en el corazon de los tiranos el temor de las insidias, amarguisima fuente de todas sus atrocidades.

Mientras aquellos se entretenian en tales razonamientos, y estimulado de la curiosidad, me acerque á Tulio, el cual atentamente escuchaba, y á fin de que volviese á mi su atencion, yo, segun la costumbre humana, alargue la mano á su toga procurando desacer ligeramente una sútil pliege; mas nada cogi, por lo que supli á esta ineficaz señal interrogándole: ¿quien es este? respondiome: Pomponio Atico. Yo alegre añadi: nosotros lemos tus cartas á él, ardientes todavia por aquella tu honesta ternura hacia la patria infelice, y vivas aun é inspiradoras de pensamientos nobles, y excelsos. En ellas, como

en pintura de expertisimo pincel, se ven figurados con tanta verdad los muchos vicios, y las pocas virtudes de tu tiempo, que la mente se trasporta en él. Nósotros descendientes muy lejanos, os podremos hablar con tal guía no groseramente de vuestras cosas. Tulio escuchaba con deleite hacer mencion de aquellas obras, y ya parecia movido á razonar como de gratisimo argumento, cuando le distraxo un nuevo tumulto de las sombras que se agitavan como floresta por el viento. Alargó por tanto la diestra al pecho mio, y con la siniestra detuvo las sombras concurrentes. Mas he aqui que se oye á lo largo resonar un confuso ruido de palabras dentro de la extrema profundidad de la caberna. Creció despues la concurrencia de las imagenes mucho mas que antes en densa multitud, y tumul-

tuosa. Tremendo, y asi mismo admirable espectáculo era verlas revolverse como las olas en los cimientos de su augusta patria! mas como el viento proceloso que combate los pinos en las excelsas rocas, y calmado despues alaga las flores en los valles asi aquella, perturbacion cesando en breve, quedaron tranquilos los expectros, y se difundió suabemente un silencio por el aire. Entonces vi cinco sombras adelantarse con lentos pasos. Volvian al concurso el marcial aspecto; y fijados los ojos, espresaban los intrepidos semblantes grandeza de pensamientos y no vana presuncion. Precedia el espectro ya visto en la noche antecedente de Escipion Emiliano, destructor de Cartago, y por aquella empresa apellidado el africano segundo. Congeturé despues que las cuatro sombras de su sequito pertene-

cian á aquella estirpe valerosa. Mas Tulio, ya apercibido de mi ansiedad, previniendo las preguntas, apoyó en mi hombro su siniestra mano, y señalando con la diestra comenzó: Mira, aquellos dos que preceden son Publio y Ceneo Escipion, hermanos maravillosos en las armas, muertos en los remotos campos de la Iberia. Por medio de sus formidables empresas se difundió el nombre romano hasta las extremas costas del pielago ocidental. Les sigue de cerca igual número de hermanos, que podia solamente reparar el daño de la intempestiva muerte de aquellos. El uno es Lucio Cornelio, que triunfó de Antíoco el gran Rey de Siria, y connominado el Asiatico por aquella empresa. El otro es Publio Cornelio, vencedor de Anibal en la batalla de Zama, por la que el Africa oyó siempre su

nombre con terror, y conservó el título de africano mayor. Gran tributo es este de maravilla obtener por consentimiento universal tan ilustres sobre nombres, por los cuales era asignada la tierra en porciones á aquella estirpe como patrimonio debido á sus virtudes estupendas! ambos son hijos de aquel Publio, que les precede. Mira cuanto el se complace de haber engendrado familia tan valerosa: asi habló Tulio, porque entonces el padre volviéndose con semblante alegre fijaba en ellos las magestuosas pupilas, y entretanto advertia á la multitud los respetase. Yo permanecia con mis ojos fijos, y Tulio detenia las palabras entretanto que yo estaba atento mirando aquellos aspectos Entonces le pregunté quien fuese entre ellos el africano mayor, y me respondió: aquel que está á la diestra y tiene

frente calva, donde podreis distinguir facilmente una cicatriz marcial de que le complacia siempre en vida. Fijé por tanto la vista en aquella señal gloriosa que vemos igualmente en sus estatuas, y reconoci el aspecto semejante en todo á aquellas. Mientras nosotros asi r. zonabamos, llegaron aquellos á las tumbas, y se apoyaron en ellas con magestuosas actitudes. Despues fijaban los ojos despreciadores de muerte en las sombras circuntantes con silencio fiero. Pero Emiliano se abandonaba sobre un se pulcro con triste gravedad, todavia inconsolable por la perfidia de su última noche Mas entre mis muchos pesamientos este entonces me ocurrió, de como Tulio nacido muchos años despues de la muerte de los Escipiones pudiese asi reconocer los semblantes; y habiendo descubierto esta mi perplexidad, me respondio: No Roma

solamente, sino la Italia, y todas las provincias de nuestro imperio conocieron tambien en las estatuas marmoreas, ó en las pinturas estos venerables aspectos. Aquellos monumentos se encontraban en las casas, en el foro, en los atrios, y en los mausoleos como gratas insignias de sus virtudes, y estimulo perpetuo de las nuestras. Miseros de nosotros, sino tuviesemos noticia de aquellos semblantes por haber nacido despues de ellos! Donde no se conservan con lágrimas y honor las imágines de los hombres grandes, conviene que las virtudes no causen deleite al corazon, ni á la mente maravilla.

Tulio hablaba conmigo de esta manera, y yo pendia de sus divinos labios; cuando he aqui que Pomponio, aproximándose á él, prorumpio asi con ingenuas palabras. Ve como las ilustres maldades usur

pan no menos que hasta aquí tal alabanza, que sola convendria á las benignas empresas! Estos que llenaron los abismos de la muerte con sus empresas sanguinarias, reverenciados aqui todavia, son mirados con tímido horror por la muchedumbre. Nosotros que buscamos honesta fama con moderadas costumbres y con bella disciplina; nosotros continuamente solícitos de los humanos oficios, desde que aparecieron estos, aqui permanecemos no obstante olvidados. Dixo Tulio algo afligido: hay de mi, ¡Pomponio! la muelle delicadeza de las costumbres atenienses, y el dulce ocio de las musas, han debilitado en tí por ventura la romana virtud ¿que razones de ellos con estos ultrajes? Y él apacible responde: pues que con los miembros nos hemos desnudado juntamente de las humanas opiniones, conviene razonar

con entendimiento libre. Si cuando anduvimos errantes en las ilusiones de la vida mortal osamos elevar nuestros discursos á la contemplacion de lo verdadero, como ahora que hemos salido de las tinieblas humanas dexaremos de espaciarnos en su deliciosa luz? En ella, responde Tulio, yo me miro todavía y soy insaciable de ella. Por esto es su dotrina principal que la beneficencia hacia la patria sea la fuente de la providad y de las mas ilustres empresas; por lo que yo no escucho sin tristeza tus contrarias opiniones. El amar, dixo aquel, una patria merecedora de tal afecto es tributo facil cuanto debido, y el amar una barbara, atroz, deprabada, é incorregible seria una necedad. Odiarla, pues, es malcia, complacerla es cosa vana, y conocerla es propio en tanto de un sabio. Tulio como anelando pror-

rrumpe: mas ¿á donde se dirigen ahra, ó entendimiento ya entre nosotros benigno, tales tus austeras y despreciadoras sentencias ¿ Responde aquel; á mostrarte cual fue Roma no mirada al explendor sanguinoso de su gloria, no decantada por la fama prepotente , sino juzgada por discurso nunca mas sujeto al yugo de las opiniones. Vistes un asilo de malhechores dar funesto principio, de pues el fraticidio, y el rapto se siguió á él. No hablare de las guerras con Veyo, con Fidene, con los Eduos, con los Voyeos y con todos los pueblos circunvecinos, emprendidas bajo varios pretestos, y venturosas cuanto inicuas. Mas despues que el feroz Tulio Ostilio destruyó á Alba, ciudad madre de Roma, y volvió luego las armas contra el Lacio, sin otra mejor razon que la codicia de reino, dejó á sus succesores perpetua

materia de venganzas insaciables. Porque el romano imperio descubriendo ya sin venganza su índole todos los pueblos, no solo vecinos sino los de la Italia, se levantaron contra él. De aquí es que si al principio corria voluntariamente á las violentas injusticias, despues se vió precisado á cometerlas por la necesidad de la fortuna. Por esta razon cuando se consideran imparcialmente las guerras de nuestros reyes, otra cosa no parecen sino cierto castigo de la venganza divina, del cual se veian amenazadas continuamente estas regiones. Despues que estos fueron arrojados, permaneció su soberbia usurpadora como funesta herencia á la república. Ella como océano tempestuosos, que quebranta los confines del órden universal, estendia su desolante violencia, mucho mas hambrienta de nuevas usurpacio-

nes, cuanto mas se apacentaba de ellas. Ni satisfecha de robar con las armas, que al menos es delito generoso, usurpó tambien con fraudes abominables. Cada uno de vosotros ya penetra que yo hablo de aquel juicio digno de perpetua ignominia, pronunciado por el pueblo romano cuando los Ardeatos y los Aricinos comprometieron en él la disputa suscitada entre ellos, sobre si un campo de sus confines pertenencia á los unos, ó á los otros; porque la sentencia fue que aquel no pertenecia á otro que al pueblo romano, el cual intrépido en la perfidia lo ocupó sin dilacion. Ocurrió en el mismo tiempo encenderse la guerra entre los Campanos y los Sannitas. Y aunque eran estos por solemnes alianzas amigos de Roma, ella no obstante, guiada en todos tiempos de su ambicion, volvio las armas con-

tra ellos, por que para este inicuo proceder la propusieron los Campanos mas útiles condiciones. Mas despues Roma infiel á unos y á otros, sometió los dos á su imperio. De aqui es, que ya se adelantaban nuestros formidables deseos al extremo de la Italia, tentando nosotros de navegar contra las convenciones en el golfo de los Tarentinos. Por esto conociendo ya ellos, por el escarmiento de otros cuan funestas eran las naves romanas donde quiera que abordaban pidieron socorro á Pirro. A este gran monarca del Epiro le fue tan contrario el destino en causas tan honestas, que despues de pruebas generosas, al fin oprimido de aquel, salió de la Italia. Toda ella quedó sujeta á nosotros despues de su partida, declinando entonces el quinto siglo de Roma. Gran parte de los pueblos de

Italia eran, pues, antes de nosotros florecientes, valerosos y felices como la historia divulga. La Etruria, antiquisma region, era entre todas ilustre por las ciencias, y grata por gentiles costumbres; pero asolada por las armas nuestras vino á ser como esqueleto, sepultado en las ruinas, sobre las cuales resonó soberbiamente nuestra fama. Capua, Taranto y Regio, eran tambien explendidas colonias de la Grecia, no solo cultas, sino delicadas y celebradas por los espectáculos y su agradable urbanidad. Mas el progreso de las romanas victorias destruyó las artes, las comodidades y toda suavidad de costumbres donde quiera que llegaron, dejando alli un feroz desprecio de toda otra disciplina, que no fuese la del estrago y la muerte.
Soiuzgada por tanto la Italia, ya el ambicioso senado estudiaba

pretextos con los cuales extenderse fuera de ella, y al punto los encontró. Ciertos guerreros de fortuna llamados Mametinos, habiéndose introducido en Mecina, como huéspedes y enemigos la habian despues sometido, saqueado, inundado de sangre, y despues gozaban vanagloriosos de las mugeres y de las haciendas de sus ciudadanos muertos ó fugitivos. No contentos con tan bárbara perfidia infestaban con el robo toda la isla. Bien te acordarás, que la Sicilia en aquel tiempo era combatida entre los Cartagi-nenses y Siracusanos. Ambos no obstante, se unieron para expulsar la funesta gente de los Mamertinos que insuficientes á tanto ímpetu de guerra, pidieron vuestra defensa. Vosotros con aquella prontitud con que se deben solamente proteger los inocentes oprimidos, corriteis á los avisos de aquellos vánd-

dos. De este modo, hechos vosotros aliados y cómplices de sus maldades, demostrasteis perfectamente al mundo, que vuestro orígen era semejante al de ellos. Sin embargo parecia que cuanto mas inicuas eran vuestras deliberaciones otro tanto mas os lisongeaba la fortuna: pues que en veinte y dos años de guerra denominada la Cartaginense primera, se vió reducida la Sicilia á provincia del pueblo romano. Despues, y apénas fue la paz establecida con los Cartaginenses, valiéndonos de la ocasion de que en la Cerdeña, isla de ellos; habia algunos alborotos, caímos sobre ella con impetuosidad y la usurpamos con perfidia manifiesta. Volviéronse despues nuestros estandartes á la Grecia respirando sangre y ruina; pero dando principio á oprimirla, con el mágnifico pretexto de sostenerla contra las prepotentes falanges del Rey de Ma-

cedonia, tentaban estas continuamente someter aquella culta civilizada nacion al duro cetro de su tiranía. Cetro exterminador y herencia funesta de aquel Alexandro, nombrado el grande po. los desmentidos efectos de su furor. Mas se vió dentro de poco cuán mal el débil oprimido confie en la tutela del fuerte; porque los romanos protectores insidiosos, intrometiéndose en todos los negocios de la Grecia, al fin mandaron en ella con un absoluto imperio. Que si ella tentó despues resistir á los decretos de nuestro senado, fue como rebelde desolada con las armas. Vimos por tanto la hermosa expléndida Atenas, maravillosa por las obras divinas de las artes, y celebrada por los ingenios celestes que se elevaron en ella, mas de dos veces saqueada, abrasada en parte, asolada la primera vez por Sila, y por Ce-

cho despues lugar teniente de Cesar dictador. Despues en el mismo año en que fue Cartago destruida, misero blanco de nuestra emulacion, se vió la ilustre Corinto devastada con incendios y ruinas, derrocandose con ella todo orgullo de la Grecia, y quedando para siempre humillada y obscurecida. Si sojuzgamos esta, simulando sostenerla sin artificio ninguno, nos arrojamos despues contra la Macedonia, ni fuimos sastisfechos hasta conducir en fin al infeliz Perseo, su último rey ligado al fastoso carro de Paulo Emilio triunfante. He aqui oprimida la libertad de quien la encommendó á nosotros, arrancadas de las frentes reales las diademas, rotos los cetros, despedazas las purpuras no para que se viese libre el mundo de la tirania, sino paraque nosotros, como los únicos venturosos ilustres y formidables, quedásemos á ejer-

cerla, y todas las demas naciones oprimidas, envilecidas y silencio- sas admirasen nuestra soberbia in- creible. Ni parezca que estilan bie mis palabras, antes mucho mas qu lo que digo se confirmó con los efectos de obras sanguinosas y ne- fandas; pues que apenas hubo Emi- lio despachado á Italia los ricos despojos del monarca prisionero cuando recibió el decreto del sena- do para sojuzgar todas las ciudades del Epiro, compañeras de las des- gracias de aquel rey. Despues, o- cultando Emilio aquel atroz de- creto con mas atroz simulacion entró en el Epiro, fingiendo mo- deradas intenciones, como si fue dispuesto á restablecer la liberta deaquella provincia. Ordenó, pues que en un dia señalado en toda las ciudades, la plata y oro que habia en las casas y en los tem- plos se sacasen en público, y e

tanto ocupaba con sus legiones las calles. Despues que fue obedecido en cuanto habia ordenado, dando una señal improvisa, los guerreros, sabedores ya de la perfidia del General, se abalanzaron sobre el remanente de las facultades de los ciudadanos vendidos. Las saquearon todas regocijándose, como premio glorioso de la ilustre opresion de la Macedonia, concedido por los padres conscriptos. Mas de setenta ciudades fueron de tal modo devastadas, que desaparecieron de la faz de la tierra en aquel dia escecrable Quedaron solamente las ruinas esparcidas por los campos desolados, señales odiosas del expléndido furor de los romanos. Ciento cincuenta mil ciudadanos fueron conducidos á llorar su esclavitud, secuaces, ó espectadores del orgulloso triunfo, y los demas erraron dispersos en las ruinas de

sus patrias, desterrados, mendigos, desconsolados y objectos de compasion á toda la humanidad, menos á la nuestra. El borracho no se sacia de beber, y antes si desatinado acerca con la tremula mano el vaso lleno á sus avidos labios: asi nosotros mucho mas ansiosos de maldades, cuanto mas sumerjidos en ellas, estendimos subitamente las armas aun estilando sangre y calientes contra la muelle Asia, y allí hallamos la ocasion de combatir con el grande Antioco. Sus expléndidos y vastos reinos, vinieron á ser al fin provincias desoladas del pueblo romano. En el curso de estas afortunadas injusticias duraba siempre la cruel emulacion contra Cartago; colocada, casi por destino, al frente de la opuesta playa como blanco de gloria sanginosa. Reputándonos despues felices, porque se nos ofrecia en aquella

potente rival una vasta materia de ilustres opresiones, excitamos en la Libia, en la Iberia, y en la Lusitania un incendio belicoso, á cuyas llamas resplandecian nuestras carniceras glorias. De estas, pues, fueron los autores principales esos Escipiones, que aun parecen aqui alegres de tantos atentados y delitos. ¡Y es posible que la multitud con ciega marravilla comtemple sumisa y taciturna sus soberbios y feroces aspectos!

COLOQUIO CUARTO.

Cesar defiende á los romances, y Pomponio confirma su maldad, especialmente con el egemplo de los Escipiones.

Mientras hablaba Pomponio, César le escuchaba atentamente; pero volviendo con frecuencia los ojos á los Escipiones. Mas al oir aquellas palabras se hechó con la diestra el estremo de la toga sobre el hombre siniestro, y un tanto enojado interrumpe: ¿cuál seria la suerte de una ciudad gobernada siempre por tan pacífico ingenio como el tuyo? Pomponio respondió sin alterarse: la de ser oprimida con injusticia ó feliz sin iniquidad. César con alguna sonrrisa añadió: si alguna ciudad se pudiese fundar en lugar inacesible á las ofensas de las otras na-

iones, en verdad que no solo esta tu suave filosofía seria digna y grata de escucharse, sino útil y de todos deseada su constante egecucion. Pero pues se fundan las nuevas ciudades en medio de las antiguas, y todos los pueblos que existen ó libres, ó sometidos son impélidos continuamente de un ímpetu funesto á la usurpacion, esta pacífica prosperidad que tú exageras, no se puede esperar por quien contempla en la historia las vicisitudes humanas, y juzga despues por ellas con probable parecer. Nació Roma, es cierto, de principios humildes sin usurpar los de otros. Sucedió que era desierta aquella region donde Rómulo reunió á nuestros progenitores. Es en verdad laudable resolucion convertir una tierra avandonada en habitacion florida de gente valerosa. Ni repruebes que él reuniese vándidos y aventureros, y si lo quie-

res, diré tambien, malhechores, f
que asi libró la Italia de una ca
perniciosa. Aquellos, aunque
mados aventureros, fueron som
dos por tal pastor al yugo de
imperio moderado, y aquellas m
tes malignas al fin conocieron
medio de tal disciplina la aut
dad de la razon, por ellos de a
mano despreciada. Ni te entris
ca, como si fuese estupenda in-
nidad, que hombres separados
sexo mas agradable, tratasen
procurarse á todo trance el cons
necesario del himeneo; pues
antes del tan deplorado rapto
las vírgenes afligidas, los rom
habian ya muchas veces y con
mildes instancias solicitado de
vecinos las jóvenes para conso
bajo honestas condiciones. Mas
repulsas acerbas y enojosas obli
ron por último á los nuestros á e
cutar aquel rapto, por ti, pues, am

mente vituperado. Tan lejos sin
nbargo estuvieron las vírgenes de
ue'arse, como tú, de aquel suceso,
ue al contrario facilmente lo per-
onaron: las cuales, bien sabes, que
bres y bellas se arrojaron entre
s escuadrones prontos al comba-
, y apagaron con suaves palabras
con el llanto el cruel enojo. No
regua, no paz, ni menos alianza
ue el admirable efecto de aquella
ulce intercesion, sino el comun
nperio entre nosotros y los impla-
ables sabinos. Despues el reyno de
Numa que duró mas de ocho lus-
ros sin guerras, y sin conjuracio-
es no temido, sino venerado, se
resenta como una imágen de ce-
leste benignidad, mucho mas que
gobierno humano. Ninguna gente
puede alabarse de tan inerme pláci-
da, y justa dominacion, en medio
de feroces y velicosos vecinos, con-
tenidos solamente de sagrada mara-

villa por aquella virtud. Y si
pues, nuestros abuelos tuvieron c
tinuamente en la mano la esp
teñida en sangre, esto no suce
tanto por el inquieto deseo de
bar el mundo, cuanto por la ne
sidad de los hados; porque to
los pueblos de Italia, quien por
mor, quien por embidia se aban
ron ansiosos de oprimir á la
ciente Roma. Vengando ella en
principio las injurias y defend
do sus rústicas cabañas en el mo
Palatino, y sus mieses sobre las
gas del Tiber, fue tan feliz que
dujo sus asaltadores, no solo
der las armas, sino á usarlas
pues en su defensa. Fue especial
solucion, y sapientisima de nue
patria la de que los pueblos venc
de Italia no fuesen sujetados al
go servil, sino acogidos en su se
como los demas ciudadanos.
embargo, de la justa defensa

la inopinada necesidad de prevenir las inminentes injurias, y de aqui es, que se estendieron nuestras victorias á las regiones lejanas, donde, segun la inevitable imperfeccion de las humanas cosas, tal vez fueron mezclados los triunfos con las maldades. Ninguna guerra, pues, aunque justa ó necesaria, se puede hacer largamente sin algun exceso de venganza, y yo por tanto me maravillo de que una mente cual la tuya, versada en la historia universal, presuma, que un arte cruel de sangre y de muerte, pueda ser moderado por las modestas costumbres, como los negocios urbanos. No obstante, Roma, en la duracion y estension de sus empresas marciales, usó mucho mas que otra cualquiera nacion de medios heróicos, de orgullo generoso y de virtud, en medio de aquella atroz licencia inaudita. Entre todas las naciones

fue sagrada la fidelidad de nuestros juramentos y convenciones tanto, que jamás ninguna desconfió, cuando prometió un romano. Si es que te agrada exponer con artificiosas palabras, ante el espíritu de estos, alguna triste empresa en lugar de olvidarla, deberias traer pues á la memoria alguna de aquellas nuestras innumerables á cuyo esplendor quedaron atónitas las naciones. Aun vive, segun espero, hasta este dia la memoria de nuestra lealtad con Falera, cuando un pedagogo condujo insidiosamente á nosotros los niños principales de aquella ciudad á su educacion confiados; pero nuestro magnánimo Camilo reusó con enojo una tan vil traicion, y remitió libres aquellos rehenses preciosos. Ni creo que el tiempo haya sumergido en el olvido el nombre de Fabricio, que guerreando contra Pirro le advirtio, que

su médico le habia prometido envenenarle. Y si yo intentase, ó Quirites, traer á la memoria todas las virtudes romanas, turbaria mas de lo que conviene este silencio de muerte, y diria asi mismo cosas á vosotros notorias, como vuestras. De aqui es que es grave la necesidad presente, que me obliga á recordarla: á un espiritu como el de este romano, caballero y culto, aunque no guerrero. . . . . .

Calló el dictador, y miraba la multitud con un ceño noble. Los cinco espectros remobian las ardientes pupilas como ascuas en la cabidad de los ojos amenazantes. Ocupaba sus labios un formidable silencio. El aire permanecia mudo como ellos en aquellas sendas cavernosas, ni espectro ninguno se atrevia á articular palabra á la vista de aquellas sombras, entre todas las mas respetables y veneradas. Si

aquella turba tenia tal respeto, n
hay para que alguno pregunte cu
fuese el mio. Pero heaqui, que aqu
que yo creia, tanto por la suavid
de la índole, cuanto por su ciert
modestia particular en la vida, q
debiese callar sumiso á la presenc
de hombres tan sobresalientes p
la fama, muy al contrario añad
con intrépida frente: ya que m
estimulas, ó Dictador, con tus ré-
plicas desdeñosas á confirmar mu-
cho mas nuestras maldades, he de-
liberado manifestarlas con igual os-
tentacion á tu molestia en escuchar-
las. Vosotros sin embargo las oi-
reis, ó Escipiones, que en mi vid
no os conoci sino por las estatuas
y por las formidables empresas. N
se maraville alguno de que un hom-
bre cual yo fui, cuasi desmayad
en ocio muelle con decoro, habl
aqui animoso. No tuve otra índo-
le, pero la oculté: callé, no por co-

bardia, sino persuadido de que todo discurso sublime y libre se ofreceria á la mofa de tanta corruptela, como necedad balbuciente. Si pasé gran parte de mi vida lejos de esta infeliz patria, no sucedió porque fuese indignó de servirla, sino porque ella me pareció ya no mas merecedora de cuidados ilustres y peligrosos.

Mientras asi razonaba movió la cabeza como sucede cuando se habla con ira, y la plateada cabellera ondeaba sobre sus hombros. Despues volvióse á los Escipiones, y prosigue: no sereis censurados por mi, vosotros los dos primeros y gloriosos hermanos Cneo y Publio, muertos en los campos de la Iberia, porque moristeis combatiendo, y ninguna de vuestras empresas excedió la atrocidad acostumbrada de la guerra; sin embargo, dejasteis á vuestros sucesores, que vivieron

mas larga edad que la vuestra, nada menos que funestas ocasiones de estragos. Hablo de ti, hijo Publio, de ti nombrado el africano primero, que en la nueva Cartago, en la Iberia celebrastes las exequias de un padre y de un hermano suyo alli muertos, con pompa cruel, como en funesta señal de futuros esterminios. Entonces invitados por ti, combatieron sobre aquellas tumbas los sanguinarios gladiatores, como si la tierra que cubrió á tus mayores, estuviese aun sediēnta de sangre humana. Corrieron á la atroz fiesta los bárbaros de aquella region, y alli pugnaron desfogando por las heridas su cierta feroz demencia. ¿Pero qué mas? dos príncipes primos, Orsua y Corbis, que disputaban sobre el señorío de la ciudad de Ibis, decidieron la contienda con las armas en aquellas tumbas, como consagradas á la sangre, y en

ellas fue muerto Orsua por su competidor. Despues aportaron tus estandartes la destruccion donde quiera que se mostraron. Veo la mísera Astapa, sitiada por tus funestas legiones, por ser ciudad fiel á Cartago. Ella estimó por tan horrenda desgracia el llegar á ser esclava de los Scipiones, que sus ciudadanos antes deliberaron perecer todos que sufrirlo. Por tanto, acinaron sus muebles mas preciosos en la plaza, y colocando sobre ellos las mugeres y los niños, los circundaron despues con secas teas y áridos troncos. Cincuenta jóvenes estaban prontos con las achas para encender aquella inusta hoguera, cuando entrase el atroz vencedor. Entre tanto resonaban las tristes imprecaciones de aquella turba inocente contra la pérfida crueldad de los romanos', que perturbaban el mundo. Salió, pues, contra noso-

tros toda la juventud apta á las armas, resuelta á no sobrevivir á la derrota; pero la fortuna, cómplice de nuestras opresiones, dejó á todos tendidos en el campo. Con tal nueva los pocos que quedaron dentro de la ciudad, degollaban las mugeres y los niños, y arrojaban sus cuerpos semivivos en las llamas, que casi eran apagadas por los arroyos de sangre. Ellos mismos despues cansados de la miserable matanza, se orrojaron en la hoguera, en que era consumta la patria. Sobrevinieron los romanos, y queriendo arrebatar del fuego el oro y la plata que relucia entre las voraces llamas, algunos se abrasaron, y otros fueron sofocados de ellas por la avaricia de la presa. Este egemplo de asombrosa crueldad era por si bastante á obscurecer por siempre la fama de tu progenie; y sin embargo quisistes renobar despues es-

la empresa, como gloriosa, en Italia con la ciudad de Locri. Esta, en la magna Grecia habia seguido el partido de los cartagineses sus antiguos dominadores; mas tú, para castigar la necesaria obediencia de aquellos ciudadanos, espedistes á ella tu legado Quinto Pleminio, ya infame por sus malvadas costumbres. Abusando, conforme á ellas, de la victoria, permitió que sus guerreros robasen de los paternos brazos las doncellas, y los niños hasta del seno de las madres con nefanda licencia. Llanto, muertes, estrupos y desesperacion, llenaban aquella ciudad por el furor sometida. Y aunque estas estremadas crueldades no fueron por ti ejecutadas, ¡ó general inexorable! fueron tuyas igualmente, sin embargo, como aprobadas por ti con atroz consentimiento.

Suspendió entonces Pomponio

su razonamiento. ¡O maravilla! Escipion callaba; y aun los demas de su estirpe orgullosa tenian mudos los labios, abatidas las ceias y las frentes pensativas. Mas Pomponio con voz mucho mas animada prosigue: contigo, pues, hablo ahora, Escipion Emiliano, destructor de las ciudades, y principalmente de la mísera Cartago. Sus ciudadanos ya oprimidos de la fortuna corrian á ti rendidos y prontos á toda condicion. Pero aquella émula de la gloria romana debia perecer: tal era el decreto de los implacables conscriptos; y se debia romper aquel muro molesto á nuestra ambicion. ¡Mira como reducistes con poca resistencia, y con mucha crueldad á desiertas ruinas aquella vasta antigua y floreciente ciudad, que por siete siglos habia extendido en los mares su timida dominacion! Con tus propies ojos vistes la consorte

de Amilcar, entonces general de aquel decadente imperio, sacrificar sus hijuelos arrojarlos á las llamas, que ardian en el templo de Esculapio, invocar con terribles acentos la venganza del Cielo, y ella misma arrojarse despues en aquellas por no ser esclava tuya. Es fama, sin embargo, de que cuando vistes desaparecer de la vista de los hombres aquella magestuosa ciudad, bañasen tus mexillas algunas lágrimas, y exalase tu pecho feroz algun suspiro. No pregunto si fué verdadera esta piedad, sabiendo muy bien que ella no es diversa de la del verdugo, que con la cabeza en la mano se lastimase al ver yertos los demas miembros. Sé, que, prosiguiendo las devastaciones gloriosas, derrocastes luego al punto las ciudades todas de la Africa, aliadas de los cartagineses. Sé, que, reducida aquella region á un arenal de-

sierto, fue despues nombrada con orgullo Provincia romana. Y sea que te quedó el título de africano segundo, y que fue consignada el Africa á los Pro-consules, los cuales con sus impunes concusiones perpetuaron alli el azote de la conquista.

Mas ya viniendo á ser la Iberia el teatro sanginario de la gloria de los Escipiones, te llamaba á esta parte para imitar los dométicos exemplos. Las madres y las consortes se desmayaban ya al escuchar tu formidable nombre en aquellas tristes regiones, que exalaban todávia el vapor de la sangre de los hijuelos y de los maridos. He aquí, que tu mismo estrechastes con asedio la valerosa Numancia. Sus ciudadanos, libres é ilustres por el desprecio de la muerte, en vano provocaban tus legiones á combatir pecho á pecho. Dando largas,

evitastes el formidable y continuo desafío de aquellos, que no otra cosa pedían sino la esclavitud. Desistibistes el ejército en sus cuarteles y solo con el triste asedio afligistes aquella generosa virtud. No parecían ya vivientes los numantinos, sino esqueletos ó expectros. Las angustias de la hambre ¡ó nefanda crueldad! los inducia á cortarse unos á otros con engaños la desmayada vida, y devorar los miembros ya consumidos del hambre. Sin embargo, en tan horrenda necesidad, antes que ceder aquellos ciudadanos la espada, la volvian contra sí simultáneamente, resueltos á morir con la patria. Entre tanto el incendio devoraba por todas partes, y á su fúnebre explendor se sacrificaban ellos mismos á la agonizante libertad. Despues que fueron consumidos de las llamas y de las espadas, tanto sus

moradas como sus muebles y casi todos los habitantes, los . . . sobrevivientes á la calamitosa . . . destruccion, valanceando por las numeantes calles y desiertas, llegaron á las puertas y las abrieron, dejándote señor de hambrientos esqueletos en la ciudad desolada. Tambien bendistes aquellos como jumentos sin piedad de su miseria y sin respeto por aquella su generosa obstinacion. ¡Oh! exterminador de pueblos inocentes! ¡Oh tirano de hombres libres: no eres tu aquel que inmediatamente castigastes la ciudad de Lutia porque lamentandose de la opresion de Numancia, prometian socorrerla. ¿Aunque aquella intencion benigna no se habia efectuado, tú no obstante, sentenciastes á Lutia á que te hiciese entrega de cuatrocientos jovenes suyos, á quienes por venganza ignominiosa hicistes cortar

tus manos; ¡Oh bárbaras empresas memoria, espantosas al odio, pero que, sin embargo, adornaron tu nombre con el título pomposo de Numantino! ¡Si tanta obscuridad anubló entonces nuestros ciegos entendimientos, y tanta vileza hizo palpitar nuestros tímidos corazones, que admiramos obras tan contrarias á la razon humana y abiertamente viles, crueles y abominables; yo me duelo de ellas y al menos aqui os exorto á que en muerte seais mejores que lo que fuisteis en vida. A estas palabras declinó el Emiliano los ojos hasta entonces amenazantes, y se cubrió la frente con la diestra, como el que se arrepiente de alguna malvada obra. Despues le caian pocas lágrimas sobre el velloso pecho, al cual inclinó la barba como que parecia sentir gravisima tristeza. Los otros Escipiones, volvian á tras sus rostros,

y los cvbrían con .. extremo de ..
toga. Entonces Pomponio ... de ..
Ay! por que no miran ..as lágrimas ilustres los pueblos ahora ..i-
vientes en la Iberia, en el A.rica, en el Asia, regiones inundadas por estirpe tan feroz de muchas mas lágrimas de húerfanos, de viudas, y de esposos desesperados! A' menos este seria un desengaño precioso, capaz de satîsfacer la tarda posteridad. acaso indignado todavía contra vosotros por los ultrages sufridos porsus antepasados.

COLOQUIO QUINTO.

Sigue Pomponio detestando las opresiones contra la Iberia y los Galos. César culpa á estos las bárbaras costumbres, y Pomponio insiste en que eran mas bárbaras las de los Romanos.

Calló Pomponio, y esperaba con ostentacion alguna respuesta de aquellos; pero no la profirieron, y asi, continuando añadio: señal es esta de que existe en vuestro pecho alguna bondad generosa, pues que las antiguas culpas al fin excitan en vosotro piadoso arrepentimiento. Sin embargo ninguno os reprenda de haber sido vosotros solos los opresores de aquellas regiones, pues que una sola progenie no era bastante, aunque nacida para las destrucciones, á cumplir todas

aquellas con que el Senado anelaba exterminar aquellos reinos. Tú bien lo sabes, ó Emiliano Numantino, que en tu juventud militastes en Iberia bajo las vanderas del consul L Licinio Luculo, destinado al gobierno de ella Cuando alli arribó era concluida la paz con los Celtiveros, y no obstante, sin otra causa que la de la codicia del pillage, volvió las armas contra Cauca su ciudad mas opulenta Esta, no preparada á resistir, se sometió á honestos pactos, y admitió las legiones vencedoras. Despues que entraron en ella, rasgando el feroz Licinio el velo de toda su perfidia, esterminó mas de veinte mil ciudadanos, y vendiólos hombres mas probectos, y las mugeres y los niños que quedaron como restos despreciables Tú, pues, sabes que no mucho despues de ser destruida por ti Numancia, ella ha-

bia establecidó paz solemne á la presencia del ejército romano con el Pro-consul Q. Pomponio. Mas el Senado queriendo continuar por su utilidad aquella empresa, desaprobó tal concordia. Los mensageros numantinos recurieron aqui inutilmente, porque no les valió la fe pública; y al contrario, los conscriptos con súblime impostura desmintieron la verdad, y Numancia fue despues abandonada á tu indignacion tremenda. Emulando estos ejemplos Servio Sulpicio Galva, Prestor en la Lusitania, devastó entonces con el hierro y las teas aquella provincia, detenido solamente por el occeano occidental, extremo donde llegaron sus insaciables rapiñas. Aquellas desoladas naciones pidieron la paz. Consintió el Pretor en la propuesta, mas simulando piedad entre aquellos, que habitaban regiones in-

gratas, y proponiendo transportarlos á las mas fértiles. Ellos por tanto burlados de aquella benevolencia, fueron divididos en tres colonias, prontos á transferirse á las provincias que les eran señaladas. El Pretor con lisongeras persuasiones los indujo á reunirse en tres alojamientos separados. Dirigiéndose despues á uno de aquellos, con suave gravedad principió á dolerse de que siendo ellos amigos del pueblo romano, y teniendo ademas tambien con él comun la patria, mediante la paz, permaneciesen todavía sobre las armas. Les suplicaba por tanto las depusiesen, como una señal odiosa de no merecida desconfianza. Este insidioso razonamiento tanto penetró el ánimo de aquellas sencillas gentes, que quedaron persuadidos. Pero despues recogidas todas las armas, y colocadas lejos de ellos,

el Preter que habia inventado aquel fraude, diligente en consumarlo, ordenó á los suyos que rodeasen la multitud desarmada, y toda la exterminó ante su formidable presencia. Aquellos desgraciados invocaban la venganza del cielo por la execrable traicion, y el Pretor miraba intrépido la matanza. Despues de esto, como experto ya por esta primera asechanza, y contento del exito sanguinoso, destruyó con las mismas artes las otras dos colonias, quedando degollados como rebaños en su redil, mas de trinta mil de los asi vendidos. He aqui la fé romana, de la cual con arrogantes palabras aqui nos alabamos de observadores leales.

Mas el cielo habia reservado un ilustre vengador de tantas maldades Hablo yo de Viriato, que por acaso increible sobrevivió á aquel

exterminio. Naciendo pastor, y digno de real cuna por las eminentes cualidades de su espíritu, reunió aquellos pueblos oprimidos, y los mantuvo contra nuestra tiranía mas de diez años, en los cuales abatió contínuamente nuestro orgullo con las derrotas. No fue vencido, sino por medio aun mas ignominioso que aquellas. Sucedió que el cónsul Servilio Sepion prometiese grandes premios á dos mensageros de Viriato, que llegaron á tratar con él la paz, si le quitaban la vida. Aquellos, seducidos por tan malvada promesa, asesinaron al General en su tienda, mientras se entregaba al sueño. Volvieron despues al cónsul para recibir el premio; pero las traiciones se estiman en cuanto á la utilidad de los efectos, y son siempre abominables sus autores. Asi fue que el cónsul les respondió con frias palabras, que él no era á

propósito para sentenciar que premio conviniese á guerreros que mataron á su propio general, sino que tal juicio pertenecia al senado. Á él por tanto dirige á los traidores con nueva perfidia, dejando perplejo el mundo, de cual de tantas traiciones fuese la mas odiosa. Mira, pues, ¡ó César, cuan escasa era la memoria de la pro vidad de Camilo con respecto al pedagogo de Falera, y la de Fabricio con Pirro, asechado con veneno! ¿Por qué no traes á la memoria mas de trescientos muchachos Volscos rehenes, exterminados por nosotros? Las romanas maldades arrastraron consigo como torrente impetuoso, y sumergieron las pocas honestas operaciones. Estas relucen como exalacion en la noche, y su rápido explendor no ayuda sino á hacer despuesmas densas las tinieblas. Mas el campo ya se habia á tus gloriosos exterminios

en la Galia, y sus pueblos eran continuamente infestados por nuestras legiones; y alli asi mismo sonaba la fama de las romanas traiciones. Ya el consul Domicio habia alli inducido á Bituito Rey de los Avernianos á venir á su campo para concluir la paz: mas retenido despues, oprimido entre cadenas, remitido á Roma, y llevado en pompa triunfal el crédulo y vendido Monarca, habia allanado el camino á tus osurpaciones. Muchos reynos poderosos y guerreros contenia la Galia en su seno antes de aquellas; pero sometida despues de ellas á la insaciable codicia de los pro-cónsules, vino á ser provincia escuálida y signo infausto de vuestras feroces rapiñas.

César hasta entonces tácito oyente, alzó al oir aquellas palabras el rostro, que antes tenia abatido entre pensamientos. El laurel que le

teñía las calvas sienes era un tanto inclinado sobre las cejas, que se le vieron severas. Lebantó, por tanto las ojas con su diestra, y tocandólas dice: pues que por tí se disputan los méritos de esta señal de triunfo, seria una vil paciencia sufrir por mas tiempo tus arrogantes palabras. Tu hablas de mi al presente y de mis obras, y te dispones á censurarlas; y siempre como hombre tal, cual tú fuistes preciado solo por la tímida prudencia, y por la honesta fuga de las calamidades patrias, de amigo de los émulos del sumo imperio, mediante la docilidad lisonjera de tus costumbres, de estar sereno entre las borrascas, seguro entre los desastres, delicado entre los estragos, ileso entre los delitos, tanto que no hubo jamás cobardía mas celebrada que la tuya; ahora que cesaron aquellos peligros hablas de nosotros audazmen-

te y de las virtudes romanas. Pomponio sin enojo le responde: otro temor no tuve en vida que el de ofender la virtud; y como juzgué imposible no ultrajarla entre las civiles emulaciones, me sustrage de ellas; que si mientras existimos en la calamitosa ignorancia de la vida corpórea, las útiles maldades persuadieron nuestro ciego entendimiento, he aqui rasgado el velo de la mentira por la muerte. La verdad resplandece ante mi mente con luz triunfante, y los pensamientos enfermos no vacilan mas en la inconstancia de los delirios humanos. Yo graduo de inicuas gran parte de nuestras empresas; y vivi inocente de ellas sin mancharme de sangre entre el piélago de la civil vertida. Luego, ¿quién será aquel de vosotros que, teñido de aquella de los exterminados pueblos, como tambien de sus mismos ciudadanos, pre-

suma culparme de tal inocencia? A paso tranquilo, pero esenta de vileza, caminó mi vida, y la desprecie altamente; tanto que por no esperar una ancianidad tirana, bajé alegre á la tumba por inedia voluntaria. ¡Oh de vosotros espíritus feroces, en los cuales no han extinguido tantos siglos el deseo funesto de los estragos! Esclamando asi heria con las manos sus costados y su pecho, y los ojos parecian prontos á derramar lágrimas, detenidas con trabajo por la constancia viril. César añade: ninguna guerra fue jamas tan justa como aquella, tanto tiempo sostenida por nosotros contra los Galos, que provocada por sus injurias, se prosiguió por la necesidad de la defensa, y con feliz suceso sometí pueblos crueles y envidiosos de nuestra grandeza. No siendo ellos provocados, se movieron con ímpetu feroz á la destruccion de

Roma que nacia, degollaron á nuestros inermes y venerables padres conscriptos, y despues á nuestros mensajeros de paz, cuyos miembros esparcieron en pedazos Mas esta bárbara perfidia convenia á aquella gente cuyas costumbres eran abominables y atroces. Colgaban de sus caballos las cabezas destilando sangre, de los muertos en la guerra como ornamento glorioso, y despues convertian los cráneos de ellas en copas, con las cuales se embriagaban en los convites. No menos feroces eran sus fúnebres ritos, en los cuales se ofrecian á la hoguera los esclavos y clientes mas queridos, y se arrojaban á arder en ella con el difunto Señor. Una funesta divinidad era aquella, por la cual pretendian ser arrebatados, á saber el numen del infierno; y aun eran mas funestos los sacrificios por ellos ofrecidos, esto es, víctimas huma-

nas. Los implacables Druidas sumergian el puñal en el corazon de aquellos, y manteniendo la mano sobre el pomo del acero presumian conocer lo venidero por las palpitaciones. Aun en las mayores celebridades formaban colosos tejidos de secos juncos, cuyos miembros desmesurados é informes llenaban con invencion cruel de hombres vivos, mezclados con feroces animales. Encendian despues la mole, de la que salian entre nubes de humo, y el estallido de las llamas, los humanos gémidos, y los bramidos de las fieras, escuchados con animo devoto por la multitud supersticiosa. Tal era la nacion que yo vencí con guerra necesaria, é induje á que abandonase tan execrables costumbres. Luego, ¿de qué te lamentas Atico, sino de aquello que deberia hacer gozoso á todo romano?

Aplacado aquel, responde: pues-

to qne tanto declamas contra las crueldades de aquellos pueblos, nombrados bárbaros por nuestro orgullo, veamos si entre nosotros no hubo alguna materia de aquellas mismas reprensiones. Entre ninguna otra nacion fue tan tiránica como entre nosotros la patria potestad, mediante el absoluto arvitrio, de la cual podia el padre abandonar á sus hijos, exponerlos en los montes y achocarlos contra las paredes. Llegando despues adultos podia sugetarlos á ministerios serviles, venderlos como á esclavos, matarlos como jumentos, y por último deseredarlos sin manifestar razon alguna. Dime, pués, ¿cual otro pueblo haya tenido leyes mas feroces contra los deudores? entregados en esclavitud á sus acreedores, ligados á la cadena, azotados con las varas, araban como bueyes aquellos cam-

pos bañados con su sangre en la guerra. En vano mostraban aquellos infelices las marciales heridas en el pecho, y en las espaldas los ignominiosos cardenales de los serviles golpes. Si despues de noventa dias de ultrages no descontaban la deuda, tenia el acredor la facultad, segun las leyes atroces de las doce tablas, de matar á su deudor, y si eran mas los acredores, podian dividir entre si los miembros: de aqui es, que las moradas de nuestros mayores llegaron á ser prisiones llenas de plebe encadenada, y oprimida por las nefandas usuras. Cotidianamente se veia lisongeada con el título pomposo de libertad, mas no gozaba de libre sino es el llanto y las quejas. ¿Mas cómo esperar jamás ninguna piedad de aquellos, que habian convertido la crueldad en pública disciplina? ¡Oh espectáculo abominable

de los gladiatores, en el cual se fijaban los cuidados mas diligentes, que en las artes mansuetas y liberales! Los cuerpos destinados á aquella bárbara celebridad, eran delicadamente nutridos á fin de que los desnudos miembros, expuestos á los golpes, fuesen cándidos, pingües y hermosos, y las heridas en ellos mas carnosas, admirables y causadoras de sublime tisteza al ánimo de los expectadores. Convenia caer con elegancia, agonizar con dignidad, y espirar con noble movimiento. Los delirantes aplausos de la multitud se confundian con las angustias de lós moribundos: aquella se mostraba mas alegre cuanto eran mas las heridas, y se las manifestaban los muertos con accidentes extraordinarios. Ni ya solamente los hombres belicosos y despreciadores de la vida, sino virgenes, compasivas por su índole, y timi-

dos muchachuelos asistian tambien á los anfiteatros y contemplaban con delicia feroz el certamen terrible de muerte. Asi es que hasta los ociosos entretenimientos eran cual convenian á pueblo amaestrado en oprimir el mundo. Tampoco pudo inventarse alli otro modo mas insinuante para conseguir su furor, como deleitarlo con aquellas escenas de sangre. Por esto cuando tú fuistes Edil, ó Dictador, para abrirte camino á las empresas ambiciosas, distes al pueblo un espectáculo de mas de seiscientos gladiatores. ¡Qué refiero! ¡Tambien en los expléndidos convites, yaciendo en delicada pluma al lado de las meretrices lisongeras, y los parásitos aduladores, apurando las copas de Falerno, era tambien agradable el ver no lejos de las mesas humear la sangre de los gladiatores. Despues para ma-

yor vilipendio de la humanidad fueron expuestos los combatientes contra las fieras, las cuales, despedazando los miembros de aquellos de varios modos, ofrecieron tal emulacion de ferócidad, que quedaba dudoso cual de los brutos ó de los hombres eran mas atroces. Sin embargo astas eran las mayores delicias del vulgo romano, y por esto Sila, ansioso de conquistar la benevolencia para llegar á la tiranía, siendo Pretor, obsequió la comun ferócidad con el espectáculo demas de cien leones combatientes con los gladiatores. Pero el excesivo número de nuestras costumbres inhumanas hace que yo no me detenga en aquella aunque bárbara á saber la opresion con que se tenian los prisioneros. Ella era conveniente y aun necesaria á un pueblo de tiranos. Pero no callaré que los siervos, y su descendencia

eran perpetuamente estimados por la ley, no ya personas, sino cosas, en cuya orrible sentencia se encierra un amplio discurso de inhumana doctrina. De aqui es, que no debe causar maravilla, si con los azotes y con los suplicios se desfogaban sobre estos infelices nuestras orgullosas iras. Dónde estás Vedio Polion, que en mis tiempos, en los cuales, despues de guerras crueles nos trageron al fin honestos ocios y blandas costumbres, solias matar tus esclavos y engordar con sus mienbros tus peces murices? Qué Cannibál hubo jamás tan artificioso en preparar sus abominables convites? Dónde te escondes, ó cónsul Metelo, que en la guerra contra Iugurta, siéndote restituidos los soldados fugitivos los castigastes como siervos, haciéndolos sepultar hasta el pecho, y rodearlos despues de hogueras, que

los dejasen sofocados y consumidos, ¡oh bélica disciplina, digna solamente de un pueblo destructor!

"Despues en las muchas y graves deliberaciones de nuestra república, no fueron ya las doctrinas excelsas, ó las leyes sabias, las que se consultaban, sino el vuelo de las aves, el retumbante tronido de las nubes, las entrañas palpitantes de los bueyes; los libros sibilinos, los oráculos obscuros y vanos sueños, las mas ridiculas adivinaciones de los Aruspices y de los Augures, sagaces aduladores del vulgo. Tambien las almas crueles se perturvaban timidamente por los funestos portentos. Mario encuentra cerca de las ruinas de Cartago dos escorpiones, que combaten entre si coléricos: covertido en crédula muger plebeya por aquella señal, juzgála por él siniestra, huye del Africa temblando aquel vencedor de tan-

tas naciones. El desapiadado, el orgulloso exterminador de nuestros enemigos, y de nosotros, el inexorable Sila, acostumbraba tambien traer pendiente del cuello una medalla de Apolo, y dirigia á ella las plegarias en los combates marciales. De este modo dos tremendos competidores de tu imperio, o Roma, á cuyo nombre temblaban las madres, y las esposas se desmayaban, fueron cobardes por despreciables supersticiones. Por esto estimo, que Mario fue al mismo tiempo crédulo por sí, y engañador del vulgo, considerando que conduxo continuamente en sus formidables empresas á Marta, muger Siria adivina de los sucesos futuros. No fue menos experto Sertorio en este sagaz artificio, que se mantuvo con felicidad en la Iberia, mediante la cierva de Diana; aun mucho mas que otro Numa, inventor de los

misterios, con su nínfa Egería. Mas si en esto huvo alguna honesta simulacion, fue aquella por la cual un pueblo malvado llegó á ser benigno. Mas ninguna cosa menos, ó dictador, la oportunidad de la defensa te conduce á apurarla en la fuente de los argumentos contrarios, cuanto culpando á los Galos de sacrificios humanos. Tales eran pues las Vestales sepultadas vivas. Ni parece que te acuerdas en verdad, de lo que saben todos los romanos, como despues de la primera guerra cartaginense, porque en los oráculos sibilinos era escrito que los Griegos y los Galos ocuparian á Roma, hicieron los Pontífices para evitar aquella prediccion sepultar vivos dos hombres de ambas naciones. Y despues, al principio de la segunda cartaginense, se egecutó el mismo bárbaro sacrificio en el foro, Boario, que en el siglo

succesivo fue igualmente renovado. ¡Ah! ¿con quién hablo? ¿Tú mismo, ó dictador, no hicistes celebrar en Roma este rito sanguinoso? ¡Ha cuan audaz es la tiranía, que maldice en otro sus mismas operaciones malbadas! ¿Qué pompa, en fin, mas insolente y mas bárbara que el triunfo entre nosotros tan celebrado?

COLOQUIO SESTO.

Pomponio maldice los triunfos, y despues promueve dudas contra Lucrecia, que callando las confirma.

A tales preguntas se conmovió la turba como si hubiese oido impías sentencias. El dictador Bruto, y Antonio, y cuantas sombras ilustres rodeaban á Pomponio le remiraban con pupilas severas. El sabio Tulio escuchaba sin enojo el discurso libre del antiguo favorecedor de sus estudios. Bien que declinaba un tanto la cabeza hacia el hombro, y tenia inclinados los ojos á la tierra en apacible actitud. Ni el ático razonador se perturbó por aquel repentino estremecimiento, antes mucho mas animoso, continuó de esta manera. Cuanta fue la suavidad de mis costumbres en la vida,

otra tanta debe ser en la muerte la serenidad de mis juicios. Yo por tanto repito sin desprecio y sin temor que fue cruel y muy inútil aquella pompa con la que, como si fuese abominable toda real diadema, venia á ser vilipendiada por los ultrages plebeyos. Y no obstante nuestros legados, capitanes y cónsules, si tal vez eran hechos prisioneros de los enemigos, no fueron humillados por ellos con celebridad ninguna. Nuestro es por tanto el precio de tan inicua invencion. Mas, ¿quiénes fuimos nosotros, que rasgando las púrpuras reales, y hollando las coronas, osamos llamarnos domadores de tiranos? Fuimos destructores de naciones valerosas é inocentes; y fuimos saqueadores insaciables de explendidas regiones. Traimos por estas calles atados á la cadena los reyes de antigua progenie, ilustres, beli-

cosos y amados de sus pueblos. Ellos caminaban por aquellas con ojos abatidos y con lento paso entre el tumulto del populacho; y corrian por su rostro, poco antes magestuoso, lágrimas de ira. Las afligidas consortes y sus hijuelos, esperanza de las naciones sometidas, acompañaban suspirando al Monarca esclavizado por la soberbia romana. Su trono se trocaba en cárcel, su cetro en grillos, su gloria en oprobio, y su estirpe en execrables malhechores. ¿Mas por ventura, oprimiendo asi nosotros con el pie las cervizes reales, descargamos á los pueblos de alguna fiera tiranía, para hacerlos mas libres y mas felices? Las vencidas naciones al contrario, deploraban la indigna suerte de sus Monarcas. En verdad que nuestros Pro-cónsules no los consolaban de esta desgracia. Antes al contrario, cuanto ellos habian si-

do avaros de sangre en la conquista, tanto mas eran insaciables de oro en governarlas. Esta fue la suerte de la Sicilia, del Africa, de la Grecia, de la Iberia, de la Galia, y de cuantos otros reynos fueron por nosotros destruidos: los cuales, despues que perdieron sus príncipes, cayeron bajo las concusiones de los patricios romanos, estraños por lengua, por índole, por costumbres, y de ninguna otra cosa mas solícitos que de pronta asolacion. En la misma Roma, nosotros mismos, ora esclavos, ora tiranos, fuimos pues alternativamente agitados entre las opresiones del senado y los ultrages de la plebe. Ni ya nuestro odio por la real potestad nacia de clara fuente, sino de impura. Asi es que correspondieron los indignos y bárbaros efectos á su malvada causa. ¿Y cuál otra fue jamás aquella sino el suceso de Lucrecia, en verdad,

no suficiente á producir tan implacable venganza? No sois vosotros aquellos, que no una sola, sino setecientas mugeres violasteis reynando Rómulo? Luego ¿cómo debia aqui irritaros contra el hijo de vuestro Rey un delito mucho menor que aquel de vuestros mayores? He aqui excitarse entre vosotros por querellas femeniles demente ira contra la magestad regia, vilipendiarla, abominarla y perseguirla. ¡Oh pueblo sagaz, que creistes á una adúltera llorona, que cuenta haber sido violada en el silencio nocturno por los violentos abrazos de uno solo, como si este mismo fuese un gigante Briareo! ¡Oh pueblo justo que auyenta de su seno al real padre, no sabedor ni elogiador de la dudosa aventura!

Como tempestad imprevista conmueve las holas del mar, asi los espectros, que plácidos escuchaban,

hondeando entonces, bramaron como viento en las encinas. Aparece entretanto una sombra de femenil aspecto, que, envuelta en cándido velo, corria ansiosa de excitar tumulto con el llanto y con dolorosas acciones. Ora se sumergia ella en las espesas sombras, y ora salia de ellas como luna entre las nubes. Cuando abriéndole paso el vulgo por ella commovido, se dejó ver claramente en el medio, y se detuvo. Sus graciosas formas se trasparentaban por el velo, que le caia hasta los pies, como rosa envuelta en niebla matutina. Mas rasgándolo de repente, movida de un nuevo ímpetu de indignacion, apareció el candor de sus bien formados hombros, y del seno palpitante; por lo que recoge sobre él con la diestra el descompuesto velo en accion de vergonzoso arrepentimiento, dejando manifiesta gran parte de su imágen.

Ella declinaba los humedecidos párpados. Las angustias se veian en su frente, de la que caian espesos cabellos de oro sobre los miembros nevados. ¡Ah! ¡cómo la afligida belleza llenaba el corazon de yelo! yo al mirarla sentia ya correr por las fibras el temblor frio de la dulce piedad, cuando me conmovió el comun rumor que repetia el nombre de Lucrecia. Pomponio sin perturbarse de aquel tumulto, ni de la fama de muger tan generosa, avecinándose á ella, asi habló intrépidamente. ¡Oh celebrada consorte de Colatino! mis congeturas sobre tu suerte no te deben indignar, porque no dimanaron de odio contra ti, sino del amor á la verdad. Tu misma puedes manifestarla para en adelante, despues de tantos siglos de inciertas opiniones. Entonces alzó la matrona su frente desconsolada, y fijó los ojos afligidos sobre

aquel que la preguntaba. Anhelaba, palpitaba, y parecia que las angustias anudaban la voz en sus fauces. Un melancólico silencio reinaba en tanto en el aire; por lo que la turba con jestos de espanto pendia de sus maravillosas respuestas. Asi penden los oyentes de un experto músico cuando está para principiar el canto. Aun continuaba todavía la matrona con aquel afan, como sino pudiese hablar, ó acaso dudosa de que palabras, de tantas que se agolpaban á los lábios, debería callar ó preferir. Al fin, declinó la barba sobre el delicado pecho en abatida actitud, y como vencida del dolor, se abandonó sobre una tumba. La esperanza de oirla fue entonces no solo burlada sino perdida, por lo que Tulio rompió aquel silencio de esta manera: yo no se, Atico mio, porque ahora te complaces en ofender aqui á esta

con severas palabras, cuando ellas siempre fluyeron tan dulces de tu boca entre nosotros. En verdad que de los ultrajes sufridos por ella, no teneis otros testigos que las tinieblas y el silencio; pero la magnánima pena que ella se impuso así misma, manifiesta su inocencia. Ni el tálamo, ni los pensamientos fueron contaminados por la disolucion real: los miembros solos sufrieron aquella villanía. En ellos este púdico espíritu despues detestó el habitar, como que eran profanados. Mira en el hermoso seno, refugio casto de los pequeñuelos hijos, aquella profunda herida. ¡Oh hierro que lo despedazastes, no serás tu suficiente para aterrar la calumnia! Atico responde: aunque sea audaz empeño disputar contigo, ó padre de la romana fecundia, sin embargo, es á fin permetido aqui juzgar de los sucesos humanos sin el tropiezo de

las tímidas opiniones. Y asi como tú no solo defendistes con los maravillosos artificios de la elocuencia á los inocentes, sino tambien los culpables, asi hablas aqui ahora decisivamente de dudosa causa. Yo no obstante, libre te afirmo que ella refirió aventura inverosimil. Marco Bruto oyendo aquella sentencia se entristeció, trayendo á la memoria que Junio de quien descendia, arrancó el puñal aun estilando sangre del seno de ella, y prometió la mas alta y memorable venganza. Pero el Atico añadió: se advierte que por su misma relacion ya no fue ella amenazada de muerte por el cruel amante en desierta soledad, donde resonasen vanamente sus querellas; sino en la habitacion conyugal llena de esclavos y de parientes, y estrecha segun la simplicidad de aquel tiempo. Aunque hubiera el atroz Sesto amenazado de poner

á su lado un esclavo muerto, ignominiosa prueva de su delito; sin embargo, es manifiesto que tal exceso era tan dificil egecutarlo, como facil impedirlo con altos y desesperados gritos. Por tanto, me es doloroso por la fama de esta, que en aquel odioso combate se persuadiese no poder de mejor modo substraerse de la infamia, sino entregándose á la voluntad del galan. ¡Admirable docilidad en una matrona, no solo en reprimir los impulsos de la defensa, sino tambien los de la voz en tan molesto conflicto! Admirabilísima deliberacion la de contaminar el tálamo, y despues labarlo con su propia sangre! Ni ya fue el real jóven desapiadado y excelerado, sino gentil y valiente, pues fue por ella recibido cortesmente; con él se sentó en cena agradable, y despues de ella fue acompañado por los esclavos á la

estancia hospitalaria. ¡Oh inesperta y pueril simplicidad la tuya, por la cual albergando aquel húesped, en cuyos ojos debia conocer la femenil sutileza los ansiosos pensamientos, sin embargo no cerrastes el tálamo, y no tuvistes cerca de ti una doncella, tanto que el insidiador nocturno, como el amante mas deseado, llegó con entrada franca al ara de tu fe, mal custodiada de frágiles virtudes! Bruto, entonces replicó: luego ¿por que manifestó con infamia lo que ella podia negar con decoro, y ocultar con dichosa impunidad? ¿Hay mas necia deliberacion que mover tumultos mortales contra el propio amante? Ella pues, y no otro, fue la acusadora espontánea de si misma, y la instigadora de venganza contra el pérfido violador. Pues si ella hubiera opuesto menos resistencia á los abrazos del joven lisonjero ¿qué de-

mencia mas inverósimil que la de acusarse y matarse, cuando amor solo silencioso y satisfecho era sabedor de los nocturnos secretos? Pomponio respondió tranquilo: Los que vivieron en aquella edad saben que Sesto era jóven vanaglorioso, que en vez de ocultar las victorias amorosas, se alavaba indignamente de ellas. Es pues notorio en la historia que él emprendió el expugnar la virtud de esta para mofarse de Colatino, que la decantaba como única é invencible. Despues el jóven, orgulloso por aquel dificil triunfo, anelaba á hacerlo manifiesto para irrision del crédulo consorte. Por tanto, despues que se disipó la embriaguez de las ignominiosas delicias del entendimiento de la matrona, entonces conoció que se hallaba sobre el borde de un abismo, y deliberó morir antes ilustre con mentira, que esperar el infame é inevitable castigo.

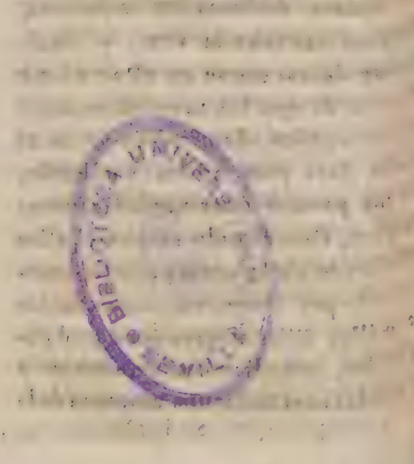
Entonces Bruto, se vuelve á ella, y exclama: ¿tú que en vida revelastes con lastimosas palabras la oculta ignominia, por qué no hablas en muerte, y no te vales al presente de tales discursos que hagas enmudecer á tus detractores? ¡Ay! á la fuerza de esta réplica, yo vi derramarse lágrimas de las desconsoladas pupilas de ella, limpiárselas con el velo, y cubrirse despues con él todo el semblante, como si se le arrancase un rubor molesto. Afligida sentóse despues sobre la tierra, ocultó su rostro con ambas manos, y lo declinó á las rodillas en mísera actitud. Las sombras espectadoras se miraban mutuamente admiradas de aquel silencio; y Bruto añadio con voz piadosa: infeliz de ti, si fuistes inocente, y ahora por ignorado destino no puedes hablar palabra, por lo que sufres el nuevo ultraje de la acusacion, sin poder vindicarlo con

libres defensas! Al oir esto se levanta afanosa, y parecia llegar á punto de consentir el ser muda por celeste decreto. Por esta causa, confortándola Bruto concluye: si es cierto que fuistes frágil en el tálamo aquella noche por siempre dudosa, magnánima tú fuistes en el siguiente dia, y puedes alabarte de haber fundado nuestra libertad con esforzado ejemplo. Mientras él con alagüeñas palabras proseguia refiriendo el destierro del rey, la gloriosa venganza, y las ilustres vicisitudes posteriores, ella escuchando mostraba ya ojos alegres y la frente menos triste, como el cielo se cerena con el aliento del zefiro. Desapareció despues dejando tan inciertos los juicios de su fama como antes. Por tanto hablaba la turba con diferentes discursos por aquella aventura, sobre la cual se estendia la obscuridad de los tiempos, y el

silencio impenetrable del amor. Mas ya las estrellas desmayaban, y la sonnífera obscuridad se desvanecia delante de la naciente aurora. Yo sepultado en aquella profundidad es cierto que no veia aquella constante variedad por la cual alternan en la tierra las sombras y la luz. Mas como en cerrada nave distingue el piloto el rumbo mirando el jiro de la brújula, asi yo, pues, viendo ondear dudosos los espectros, despues faltarles la voz, y finalmente desvanecerse en el ayre, me aseguré de que los rayos diurnos, á ellos negados, dominaban ya en el cielo. Sali pues afuera vacilando, ni me pareció estar verdaderamente vivo, sino cuando respiré el alito aljofarado de la aurora, y fui confortado por los suaves cantos de las avecillas. Ellas alegres por aquel explendor, infundian con agradables y variadas cantinelas una amorosa dul-

zura en el corazon, que se dilataba al oirlas, y asi mismo el entendimiento abandonaba sus cuidados en un desmayado olvido.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

NOCHE SEGUNDA.

Coloquio primero.

Coloquio segundo.

Coloquio tercero.

Coloquio cuarto.

Coloquio quinto.

LAS NOCHES ROMANAS

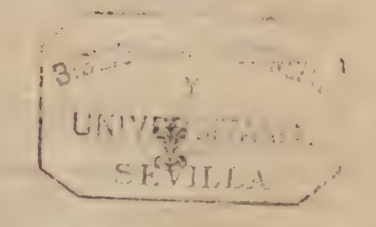
EN EL SEPULCRO

DE LOS ESCIPIONES.

PARTE PRIMERA.

TOMO TERCERO.

Traducidas del idióma italiano por el Licenciado Don Francisco Rodriguez de Ledesma.



MADRID:
IMPRENTA DE ESPINOSA.
1821.

NOCHE TERCERA.

COLOQUIO PRIMERO.

De los ilustres matadores de sus propios hijos, Junio Bruto y Virginio, y al aparecer estos nace una disputa sobre los méritos de aquella magnanimidad.

Las maravillas, por mí vistas y oidas, excitaban en mi ánimo tumultuosos pensamientos. Por esto consideraba yo, que si fuese concedido á los hombres ilustres en alguna disciplina el conversar con los muertos, tambien excelentes en ella, cuanto pudieran elevarse los conocimientos humanos. Seria entretan-

to aliviada la tristeza de los eruditos, nacida de la obscuridad de tanta parte de la historia, y asi la antigüedad no permaneceria por mas tiempo separada de nosotros como por inmenso desierto. Mas acaso los cultivadores de las ciencias no se contentarian con esto; porque de ellas solo se traslucen reflejos en los siglos remotos, como si hubiesen sido oprimidas por la fortuna, y reducidas á ruina. Conversando ahora con los que murieron, oiremos la historia de las invenciones y sus progresos, y acaso artefactos desconocidos á nosotros, admirables esperimentos, y arcanos de la naturaleza, que yacen en el seno del olvido. No serian desconocidos por mas tiempo los nombres de los inventores de útiles socorros, de artes deliciosas y agradables; ni tantas ocultas causas de las pasadas vicisitudes serian vanamente investi-

gadas por nosotros, guiados solo de fatigosas congeturas. Entonces aparecería, que, volviéndose los siglos en una dilatada esfera, dan y quitan las ciencias á las naciones. Serian por tanto menos frecuentes las quejas sobre la brevedad de la vida, en la que apenas el entendimiento ha formado sus fuerzas, y sombreado una imágen de sabiduría, cuando resuena el clarin fatal. Mientras yo me hallaba perplejo en estas consideraciones, resonaban todavía las recientes sentencias en mis oidos, y las imágenes se conservaban en las pupilas.

Descendí por tanto con piadosa reverencia la noche siguiente mucho mas ansioso de ver nuevos portentos en aquella profundidad. Ni permanecí mucho anhelando en aquella mi ansiedad de ver, porque se apareció prontamente Marco Tulio, y encontrándose conmigo, con agradable semblante comenzó: , no

solo es ilustre este tu deseo de razonar aquí, sino constante por las contínuas pruebas. Ni solamente es libre tu pecho de las palpitaciones del temor, sino que cuanto mas aquí nos ves, mas deseas hablar con nosotros. Y yo respondí: es todavía comun en esta vida, que los guerreros se mantengan intrépidos en los combates contra el enemigo, sediento de su sangre; porque pues huiré yo el aspecto incorpóreo de tales ánimas, que en el velo de los miembros tuvieron por costumbre ser terribles con los soberbios y benignos con los rendidos. Yo vengo sumiso á vuestro imperio inocente, y temo mucho mas á los vivos que á vosotros; porque aquellos son perturbados de perniciosos apetitos, y vosotros os desnudásteis de ellos con los caducos despojos. ¿Y cómo puede jamas ser deprabada en vosotros aquella índole generosa, puri-

ficados aquí en el piélago eterno, tanto que me ofendais siendo vuestro admirador? Añadió Tulio con benevolencia: ó descendiente sincero, tu juicio es conveniente á la índole nuestra. Y aunque mi Pomponio haya blasfemado como oistes de los vicios romanos con aquella su libre filosofia, que respira molicie griega, describiéndolos como incalculables y monstruosos; sin embargo no se extendieron á tanto sus mordaces palabras, que numerase entre ellos la vileza. Asi es que en aquellas nuestras mismas operaciones mas dignas de censura, jamas faltó la magestad de la grandeza, y el esplendor de las virtudes, y especialmente de aquella que nos movia á combatir solamente con los poderosos. Mientras aquel asi razonaba conmigo, ya las cabernas estaban ocupadas de infinita multitud, por lo que volviéndose á

ella quedó en silencio ; pero fijadas las pupilas en una de las sombras, que entre todas le causaba maravilla. Ella era de semblante severo y provecta , ceñida de la toga consular, y traia de la mano dos jovencitos que la acompañaban con rostro abatido. Vacilaba entre dudas el pensamiento sobre si aquella actitud naciese de remordimiento de culpa , ó de rubor honesto , conveniente á su adolescencia. Al adelantarse aquellas se oyó un suspiro como de lastimosa piedad ; pero el cónsul, sin turbarse por esto , pedia silencio con su mirar severo, y despues en tono de autoridad exclamó: ¿de qué te lastimas? ¿ por ventura, de estos? ¿cómo al contrario al mirarlos no se inflama de indignacion generosa toda alma libre , grande, y verdaderamente Romana? ¿te dueles de mi? Yo creo merecer no vuestra piedad, sinó vuestra admira-

cion. No soy desdichado, sino feliz; pues que con magnánimo ejemplo os enseñé que la primera virtud es vengar la patria ofendida. Entonces oí una voz entre la turba que decia: nuestros párpados enjutos en los combates marciales, se enmudecieron, o cónsul terrible, cuando á la señal de la mano paterna cayó el hacha en nuestro cuello. Respondió aquel: aun fui padre en aquella sublime prueba. No por esto piense alguno que yo no sufriese la tristeza, pero la vencí por vosotros. ¡Ay de mí! exclamó entonces aquel expectro del vulgo, los borbotones de aquella tu sangre, que arrojaron sus bustos, mancharon tu toga, y al mirarlos se obscurecieron nuestros ojos de terror. Airado el cónsul responde: ¡oh piedad servil! Los Romanos no la experimentaron, y tú la sentistes como tímido admirador de los tiranos. ¡Oh vil esclavo de los

Tarquinos, audaz solo en presumir ante los magnánimos Quirites disputar con Junio Bruto padre de su ilustre libertad! Hablando así arrojó con ímpetu los dos adolescentes hacia la multitud, desasiéndolos de las manos, y añadió: estos corriendo mi sangre en sus venas, intentaron someter vuestras cervices al yugo apenas sacudido. ¿Yo cónsul, yo libertador de la patria, su esperanza, su tutela y su venganza, como podia nombrarme sin delito, y creerme sin vergüenza el padre de sus traidores? Roma perseguida por las asechanzas de los desterrados tiranos, no adulta en su libertad, requeria un ejemplo riguroso que la confortase en su regeneracion. Yo lo dí; y cualquiera que entre vosotros lo llore es un ingrato. Dijo el espectro: el suplicio no fue injusto, pero sí lo fue la constancia paterna en sentenciarlo, y horrorosa la in-

trepidez de mirarlo. Junio entonces fijó la mano sobre el costado, alzó la barba y prorrumpe así: ¿no era yo juez en la silla consular? Respondió el otro: pero eras padre. Sí, dijo Junio, pero mas bien lo era de la patria que de sus enemigos. Añadió el espectro: grave era el delito, funesta la clemencia, y necesaria la pena; pero no fue necesario que tú la impusieses, ni menos que la gustases con atroz severidad. ¿Quién, esclamó Junio, sino yo que os di estos malvados fautores de la sobervia real, os los debia quitar? Respondió aquel: el senado y el pueblo. Calló entónces Junio como perplejo entre diferentes pensamientos. Arrugaba las negras cejas, como si reuniese conceptos preparados para alguna estraordinaria sentencia; pero un triste silencio sellaba sus labios. Y despues que el espectro sufrió reverente aquella mi-

rada, al fin concluye: ó Junio, si tú, bajando de la silla curul, hubieses dejado á Roma ser juez libre de tus hijos, no seria funesto el esplendor de tu fama por la sanguinaria luz del parricidio. Entonces aquel con grave pausa, como si hubiese calmado el enojo con nuevos pensamientos, responde: cuando ya no estuviera yo desengañado de la humana gloria en este piélago de la verdad, vuestro silencio á las espresiones de este, bastaria á tal efecto. Mucho me lastimo de que ahora aqui despues de veinte y tres siglos, me vea obligado por el hado á volveros á ver, ó Romanos, y lo que me es mas doloroso el conoceros indignos de aquella escelsa prueba. Miró despues con fiero desprecio á la turba, y se desvaneció en el ayre. Quedaron sus afligidos hijuelos, y se abandonaban suspirando sobre las tumbas; y sin embargo

nadie mostraba compadecerse de ellos. Tulio, vecino á mí declinó entonces la pensativa frente, sobre la cual fijóse como nube una súbita tristeza. Parecia envuelto en pensamientos profundos aquel entendimiento, que con tanta sabiduría habia descrito en sus obras los oficios de la vida honesta. Se hallaba perpleja mi mente en aquella reciente disputa, por lo que con accion respetuosa pedí al maestro algun consuelo con su escelente doctrina. Penetrando él la enfermedad de mis pensamientos dijo: la mas sagaz de vuestras especulaciones será siempre dudosa en definir las virtudes humanas. Una angosta senda divide entre vosotros lo honesto de lo indecente, y son sus confines tal vez indistintos, variables, y perpetuo argumento de opiniones inconciliables. Jamás fueron ellas acordes entre nosotros, sobre si fue un acto

magnánimo ó feroz la muerte de Oracia y la condena de Manlio Tú mismo no ha mucho vistes aqui todavia dudosas las opiniones sobre si Marco Bruto deba juzgarse como pérfido ó generoso Por tanto ningun otro juicio me parece mas seguro que el no afirmar, como succede en gran parte de vuestras doctrinas, y principalmente en aquellas en que se razona de deberes extraordinarios.

Así concluyó Tulio, cuando se adelantaban dos sombras no vistas antes. La una era de feroz aspecto, armada de coraza y de reluciente yelmo. Empuñaba en la diestra un puñal destilando sangre, tanto que las gotas señalaban la via. Movia los terribles ojos, tenia negra y no larga barba, las cejas amenazadoras, los labios anhelantes, y el gesto soberbio y arrestado Traia consigo asida con su siniestra mano una

doncella. Esta triste le seguia envuelta en cándido manto, su cuello y brazos se veian en gran parte desnudos, y los pies solamente ceñidos de graciosos coturnos. Ella inclinaba el rostro, al que servia de velo la larga cabellera. Se trasparentaban entre ellos los dulces ojos como estrellas entre las nubes. Esta es aquella, exclamó el guerrero, la mas desgraciada, la mas gloriosa de todas las doncellas. Ved el desapiadado acero que por magnánima causa sumergí en su corazon inocente. Yo amándola como padre, la degollé como verdugo. Aun gime aqui ella inconsolable, despues de tantas revoluciones de la esfera, porque en la flor de su juventud salió de los delicados miembros, separada para siempre de su amante, cuando estaba proximo el nacimiento de la aurora nupcial. Entonces sacudió la doncella el rostro, del que se sepa-

ró la cabellera, cayendo sobre los hombros, de modo que toda apareció espléndida por su deliciosa belleza. ¡Ay! ¡que la mano de Zexuis, de Timantes y de Apeles hubieran acaso temblado al imitar la dulce tristeza espirante de aquel rostro maravilloso! Pues siendo esto así, ¿cómo empuñaré yo el estillo para sombrearlo con humildes voces? Solo puedo decir que levantó los humedecidos ojos, y profirió con voz tierna palabras á estas semejantes. ¡Ay tristesoledad, en la que, errando perpetuamente, no encuentro jamás al valeroso y bien amado Icilio! ¡Por qué mis facciones agradaron al tirano Decembiro! ¡Misera belleza, que yo estimé preciosa, porque fue grata á mi fiel amante, pero funesta cuando excitó deseos excelerados en el perseguidor de mis breves contentos! ¡Oh padre, mira la herida, yo no me quejo de

ella! Hablando así con aliento suave, como lastimada paloma, mostró en el virginal pecho todavía palpitante, una profunda herida. Volvió aquel el rostro, arrojó el acero, inclinó los ojos, y los cubrió con la diestra, conmovido de nuevo dolor por aquel antiguo combate. Correspondia á aquel acto doloroso la comun piedad de la multitud, que murmuraba con tristes voces. Mas entre todas sobresalió la de Marco Bruto, que exclamó: ¡oh generoso Virginio, cuanto mas ilustre seria tu empresa, si aquel hierro, que aun estila la casta y amada sangre de esa inocente, lo hubieras sumergido en el tuyo en aquel momento! Respondió aquel: sobrevivir á ella fue mayor prueba. Yo estreché entre mis brazos agonizante esta hermosa y amada doncella mi hija, sacrificada por mi por causa tan terrible. Yo debia morir de angustia, mas la vir-

tud me sostuvo para magnánima venganza. Para mí, que todos los dias encontraba la muerte en el campo en la defensa de Roma; para mí, cubierto de muchas cicatrices gloriosas, en verdad que no era grave cosa abandonar una vida, ya odiosa por la desventura de esta. Quedo para respirar el ayre contaminado, para sufrir la funesta luz del cielo, vencí el horror á la vida, refrené la desesperacion, permanecí sobre la execrable tierra como vengador implacable de mi injuria, y de las vuestras: de aqui es que, yo tribuno, restablecí la ciudad, arrojé de ella la tiranía, y fui segundo fundador de vuestra libertad.

Tulio se interpuso entonces entre aquellos con benigno semblante, y dijo: asi como en los males corpóreos es mas dificil sanar las recaidas, del mismo modo fue, Virginio, tu empresa mas penosa que

la de Junio Bruto. Tú Roma, habiendo enfermado segunda vez en la servidumbre, parecia cansada, ó indigna de mejor condicion. Tú, no obstante, ó Marco, fuistes en esto incomparable, pues mientras en todos los corazones era apagada toda pabesa de libertad, ardía el fuego de ella en el tuyo. Y como tú despreciastes vivir esclavo, asi es que acusas á este valeroso matador de su hija, porque no la siguio en el sendero de la muerte. Mas tú dejastes una patria, que se habia obscurecido para siempre, y este quedó en ella resucitada á nuevo explendor: vivió para cumplir los efectos de su ilustre empresa, para confirmar la útil venganza, y para morir alegre en adulta libertad. ¡Ah! no disputeis, ó animas excelsas, pues que fuisteis iguales en la virtud, aunque diferentes en las opiniones, no por otro respecto que

por la diversa condicion de cada uno. Marco Bruto, llevado de la antigua benevolencia hacia Tulio respondió: tú me haces sentir de nuevo la calma de aquellos razonamientos, que en nuestra vida solian frecuentemente templar nuestros cuidados. La mente se espaciaba en el piélago de las humanas opiniones. Las discordias eran sin enojo, los pareceres sin orgullo, las sentencias moderadas, y las palabras corteses. ¡Oh única dulzura la de conversar en tranquilo ocio con los entendimientos, que tienen consonancia en los altos pensamientos! Hablando de esta manera estendió los brazos á Tulio, que tambien le alargaba los suyos. Pero como dos nubes se confunden en una, impelidas de opuesto viento, asi aquellas imágenes se enlazaron en lucha afectuosa.

Entretanto mi mente estaba fija

en aquellas dos célebres mugeres Lucrecia y Virginia, causas ambas mas de dos veces de la Romana libertad. Yo consideraba que aquel pueblo, que habia tolerado con increible paciencia las opresiones, primero de los Reyes, y despues de los malvados Decembiros, solamente no habia sufrido las violencias hechas al bello sexo. La ultrajada hermosura de este parecia que encendiese en los pechos una estrema y ruinosa desesperacion. Los estragos, las traiciones, las atrocidades y cualquiera otras obras aun mas indignas se habian visto sufrirse con vileza ignominiosa, y semejante á estupidez de jumentos. Solo por las hembras afligidas se excitaban sentimientos formidables de comun venganza. De aqui es que comparando en mi pensamiento aquellos casos, consideré que la una era celebrada de los suyos por la

espontánea muerte, y la otra habia dejado esta fama á su padre. Sin embargo aquella era inferior á esta en la integridad de costumbres, puesto que sucumbió en el combate y esta lo previno. Asi es que Virginia aparece solo como una paloma ofrecida en sacrificio, y la cual, no resuelta á este, ni vió, ni sintió otra cosa mas que, ay herida por las manos paternales, espiraba entre ellas. Esta mueve á piedad, y excita terror su padre. Mas Lucrecia, excitando primero los suyos á la venganza, y despues apareciendo su sangre en presencia de ellos, como terrible oferta de aquella, conmueve á lamentable admiracion. Por tanto matar la hija inocente envuelve siempre la atrocidad, y si Virginio, queria pues egecutar alguna accion sublime, podia haber acometido al mismo Apio, orgulloso de su dignidad, y haberlo arrojado

ferido de la expléndida silla. Esta resolucion era de efecto probable, cuando él, para acercarse al tirano, hubiese adoptado aquella misma simulacion, con la cual pudo separar de él su hija. Y aunque de su supervivencia haya él alegado probables argumentos, no obstante en esto es mucho mas magnánima Lucrecia, por cuanto esta no se propuso vivir despues de aquella odiosa calamidad, y antes si con el explendor de tal resolucion ilustró los tristes arcanos de aquella para si última noche. Que si pues es gloriosa atrocidad la de Virginio, el corazon palpita de maravilla mezclada de horror, y resuena en el humano pecho una voz piadosa que reclama contra aquella fiera deliberacion, ó si consiente algun tanto en ella, juzga no obstante terrible aquella constancia, por la cual no expiró el Padre de angustia sobre la herida.

COLOQUIO SEGUNDO.

Caton el Censor y Tulio disputan sobre si la ilustracion corrompe las costumbres,

Yo permanecia envuelto en estos pensamientos, cuando me robó la atencion una sombra de hombre provecto, que adelantándose con dignidad, no lejos de Tulio, se fijó despues silenciosa. Tenia el semblante un tanto rubicundo, los ojos azulados, calvas las entradas, espesas cejas, y aústera frente: con la siniestra recogía el extremo de la ancha toga, y apoyaba la barba á la diestra. Tulio le preguntó; ¿quién eres, y de que te lastimas? Respondió aquel: de dos cosas. La una de haber perseguido con molesto y continuo rencor la fama de los ilustres hermanos Escipiones, nombra-

dos Africano, y Asiático por sus grandes empresas en aquellas regiones. La otra, de haber inducido al Senado con obstinados consejos á la destruccion de Cartago. ¡Ah! bien te conozco, exclamó Tulio, ¡oh magnánimo Porcio Caton! y entretanto abria los brazos acercándose con respetuosa benevolencia. No obstante, aquel extendió la diestra como remiso á oficios sospechosos de persona desconocida, y dijo con voz profunda: ¿mas tú quién eres? Tulio le respondio: sucesor tuyo, nacido mas de ocho lustros despues de tu muerte, pero sabedor de tus virtudes, como si hubiese sido vivo admirador de ellas. No se ablandaba por aquel urbano elogio la severidad de Caton, que despues de haber permanecido un tanto taciturno, habló asi: ¡oh Roma, qué hicistes! Quitándote yo la émula Africana, te pribé del blanco mas útil

á tu valor. Confórtate, dice Tulio, ó magnánimo Censor, porque despues de aquella destruccion, aunque mas desapiadada que generosa, se difundió prodigiosamente nuestra dominacion con increible prosperidad. Los déspotas del Oriente temblaron en sus tronos engastados de piedras preciosas. El Africa permaneció siendo nuestra, humillada para siempre su antigua soberbia. Nuestras legiones llegaron á las costas del piélago occidental, capaz sólamente de impedir el curso de sus victorias. El censor oia meditando, y despues le preguntó: ¿pero con esos triunfos, de que tú así te lisongeas, entraron acaso en estos muros las costumbres, y las doctrinas extrañas, ó mantuvisteis al contrario la Romulea simplicidad? Respondió aquel: recibimos juntamente las virtudes y los vicios de los vencidos, y no obstante llegó á ser

nuestro imperio mucho mas terrible y glorioso. El Asia en verdad con su magnificencia deliciosa templó aquella frugalidad, apreciada por nuestros abuelos; pero las artes maravillosas y las ilustres doctrinas de los Griegos mitigaron la antigüa austeridad de nuestras costumbres. Despues vimos adornados con los portentos del Grigo pincel los expléndidos palacios de los triunfadores, y de heróicos simúlacros el Foro, las calles y los templos; insignias preciosas de memorables empresas, y de la excelencia de aquella noble imitacion. Entonces nuestro talento, no solícito antes de bellas instituciones, vino á ser ansioso de conseguirlas. Despues la excelsa filosófia de los Griegos, su facundia, y toda la dulzura de las músas Atenienses fueron aqui conducidas como conquista la mas generosa. Asi que un pueblo que de-

bia ser superior á todos en todas cosas, no sufrió juntamente la ignominia de ser inferior á los vencidos en doctrina. Entonces dijo Porcio: tú refieres que las muelles corruptelas del Asia, y las sutilezas de las Griegas especulaciones no impidieron el curso triunfante de nuestra bélica fortuna. Mas yo te afirmo lo que no vi con los ojos mortales, pero que lo veo con el entendimiento, y es que el imperio acaso creció, pero estoy seguro de que se disminuyó la virtud, por lo que habreis combatido victoriosos en lejanas provincias, pero no libres. Al oir Tulio esta sentencia declinó un tanto sus pupilas como en señal de triste asenso, y aquel añadió: yo por tanto me lisongeo todavía de haber ahuyentado á Carneades de nuestra Ciudad con sus secuaces cabilosos. Ellos, llamándose amantes de la sabiduría, la obs-

curecian con perniciosas sutilezas. Prontos á defender, igualmente que combatir lo verdadero y lo falso, habia llegado á prostituirse en su boca la elocuencia. Por tanto estoy seguro de que cuando entre vosotros se arraigó aquella falaz disciplina, que en las cosas humanas y divinas disputa audazmente, y las agita como olas, entonces se estinguió en vuestros ánimos el amor á la virtud, y solo os quedó aquel de vosotros mismos. Por lo que la sumision á las leyes, el desprecio de la muerte, el deseo de nombre ilustre, la persuasion de la justicia, la templanza en la vida civil, y la benevolencia en la doméstica son efectos importantes de antiguas y sabias instituciones. Pero arrastrar el ánimo desde esta bella severidad á las delicias de los sentidos, y á la soberbia del entendimiento, es obra de breve tiempo,

y de ninguna fatiga. Los hombres son ya por si inclinados á la vida muelle, repugnan el freno de las leyes, y están prontos á abandonarse á todos los mayores deléites que les sean propuestos. Ademas los artificios de las músas, y los ocios de las meditaciones revocan el espiritu de la milicia á la recreacion, el del foro al silencio, el del público al privado, y hacen que los hombres sean inútiles á la patria. Sumergidos en tan dulce depravacion se entorpece en ellos el deseo de libertad: viniendo despues á ser esclavos contentos, ciñen la espada á la señal del tirano; y reunidos asimismo en campaña como rebaños, no hacen otra cosa con sus victorias, que conquistan compañeros de aquella esclavitud. Luego estoy seguro que otro tanto sucede con vosotros.

Calló este, y no sin algun eno-

lio Tulio respondió: bien te manifiestas cual fuistes viviendo, el enemigo de las doctrinas filosóficas, atribuyéndolas aquellos perniciosos efectos, de los cuales ellas no fueron ciertamente entre nosotros la causa, sino el ciego ímpetu de las discordias civiles. Y en verdad seria hado desventurado de las nobles doctrinas que fuesen una adquisicion odiosa, y un vil artificio, y que ningun pueblo victorioso y grande pudiese ser justamente sabio, y amado de las músas. Sin embargo los Egipcios, cuyo orígen se esconde en la obscuridad de los tiempos, fueron celebrados como precursores, y maestros de todas las gentes en la contemplacion del cielo, en la investigacion de la tierra, y en la magnificencia de las artes. Su vasta dominacion duró mas de veinte siglos, y las hondas del tiempo ha-

brán acaso abatido aquellas orgullosas moles, donde yacen los humildes despojos de la mortalidad. Fueron los Etruscos antes de nosotros nacion potentísima y famosa en todas artes y ciencias. Eran los antiguos Persas venerados por aquellos sus sabios Magos. Fue el reino de Siria vasto, florido, y de muchos años, aunque amante de los bellos estudios, especialmente baxo el begnino cetro de aquel Antioco, nombrado grande cual era, no por el terror, sino por la admiracion. Aun fue durable é ilustre el reino del Ponto, que vió sobre el trono á aquel Mitrídates, tan maravilloso en todas ciencias, que parecia tener por la naturaleza el imperio de todas. Mas si tú, como contrario á los Monarcas y á sus vasallos, en nada aprecias los exemplos deducidos de á aquellos tiranos, vuelve el pensamiento al

orígen, y verás la venturosa, bella y formidable Grecia madre de preciosas doctrinas. Las estatuas, las pinturas, los monumentos, la eloquencia y los poemas no desterraron en ella el desprecio de la muerte, ni el ardiente amor de libertad. Porcio le inturrumpe: ya que tu me hablas de las repúblicas Griegas, yo te recuerdo que entre ellas una sola fue durable, á saber la sobria, la austera la ferrea Esparta. Eran desterrados de ella las estériles especulaciones, la eloquencia lisonjera, la insidiosa dulzura de los Poemas, y toda disciplina apta para afeminar el pecho con suaves corruptelas. Ella feroz, pero grande, dejó á Atenas el cincel y estilo, y ciñó la espada. Despues Atenas, en desdoro de sus famosas leyes de Solon, denominado sabio, cayó en breve bajo la tiranía de Pisistrato. Al contrario Es-

parta, que custodiaba celosa su aús-
tera simplicidad, Esparta sola en-
tre todas las naciones, duró mas
de siete siglos constante en sus le-
yes, y en sus costumbres. La elo-
cuencia misma fue en ella enemi-
ga de todo adorno, avara de pala-
bras, rica de pensamientos, grave,
desnuda, y victoriosa. Asi hablan
los hombres que ponen sus estu-
dios mas en el hacer que en el de-
cir. Calló, volvió la espalda y
desapareció, como si le fuese mo-
lesto aquel razonamiento. Yo en-
tonces consideraba como Tulio,
que con la voz en los Rostros, y
con el estilo en sus obras no ha-
bia quien le venciese entre los
Romanos, y acaso entre los hom-
bres, fuese ahora escuchado con
fastidioso oido por aquel predecesor
severo, de quien era desconocido.
Por tanto él mostraba alguna tris-
teza de aquella descortés partida.

Mas Pomponio con habla mansueta dijo: honesto es tu enojo, como nacido del amor a las claras doctrinas. Pero tú, que no acostumbrastes abrir otras obras, ni con tanta frecuencia, ni con mayor delicia, como aquellas de Platon, cuya elocuencia te parecio la de Jove, bien sabes que desterró al divino Homero de su imaginaria ciudad. Tulio respondio alegremente: sin embargo él no hubiera vivido en ella de buena gana. Porque si no hubiese gustado, como en clara fuente, la magestuosa loquela de tal cantor, Platon no tendria aquella grandeza de estilo, aquélla sencilla dignidad, y aquella abundancia de atractivo, por el cual tambien sus sentencias, tal vez indisolubles, cautivan el entendimiento con agradable lisonja. El portanto se complació en meditar una ciudad perfecta; ya que ninguna semejan-

te presentaba el mundo para imitarse: Sucedió, pues, sabiamente que ningun pueblo llevase á efecto aquella sutiliza de perfeccion, porque la fama de tan grande escritor se hubiera espuesto á las querellas del vulgo.

Marco Bruto, que hasta entonces oia taciturno y modesto aquel discurso, como tolerante en las disputas filosóficas, se dirigió de repente hacia una sombra exclamando: ¡oh Porcia, consorte muchomas de magnánimos pensamientos que de los miembros! ¿cual vino á ser tu suerte despues que yo cai con Roma? Esta responde: ¿por ventura has creido que yo pudiese permanecer viuda mucho tiempo ¿despues del último de los Romanos? Descendi á las tinieblas para verme en ellas á ti unida. Mas ¡oh vana esperanza! ¡Despues de diez y ocho siglos defatigosa peregrinacion en

esta inmensa obcuridad al fin aqui le encuentro! Hablando asi se confundian en sus abrazos. Despues Bruto cogiendo el siniestro brazo de ella lo enlazó con el diestro suyo. Ella con afectuosa dulzura, pero templada con la gravedad de una matrona, volvia á él el semblante resplandeciente de magnánima belleza: parecia que razonaban entre tanto con ilustres palabras, ansiosos de saber infinitas nuevas. La multitud permanecia en silencio, venerando aquella fiel union en toda virtud.

COLOQUIO TERCERO.

Pompeyo y César disputan con el antiguo rencor; pero vencido este por las razones de aquel, calla finalmente. Sobrevienen los Triumbiros entre los cuales Antonio es todavia esclavo de Cleopatra.

Como cuando resplandece en el cielo alguna aparicion maravillosa, y la tímida plebe murmura al mirarla, asi las sombras reunidas comenzaron de improviso á murmurar en susurro confuso. Todos miraban á un espectro grandioso que caminaba adelante con lento paso, y Tulio volviéndose á Pomponio, que lo tenia al costado, dijo: este solo, con que hubiese tenido un hado menos contrario, podia haberos mantenido en libertad. Mitrídates que tuvo en su vas-

to imperio veinte y dos lenguas, el único Rey temido por nosotros, despues de treinta años de guerra enemigo implacable, fue arrojado por las victorias de este á las extremas regiones del oriente, y obligado á traspasarse el mismo con su espada, que en vano empuñaba contra el pueblo Romano. Este es aquel que en el curso de tres lunas purgó el mar de piratas: este combatió contra veinte y dos monarcas, venció mas de dos millones de guerreros, apresó ochocientas cuarenta y seis naves, subjugó mil quinientas treinta y ocho ciudades, sojuzgo todos los pueblos que yacen entre la laguna meotido, y el mar rojo, y aunque le fue confiada la defensa de la patria, evitó el aspecto de César, y combatiendo por la mejor causa en Farsalia, la peor de sus batallas, fue oprimido por el hado de Roma. Pero en lugar de caer con

ella en aquel último dia para todos los verdaderos Quirites, se entregó en los brazos de la dignidad real, confirmando con su ejemplo funesto, cuan justamente ella era odiada por nosotros. Porque vendida por aquella, cayó sobre la arena inhospital mísero espectáculo de la instabilidad de la fortuna.

Al oir estas palabras prorrumpió el dictador: si este, aunque denominado el magno, y aunque con mayor ejército en Farsalia fue vencido por mi, no se duela del hado, sino de mi valor. ¿Por ventura no soy yo aquel que ha sometido ochocientas ciudades, y trescientas naciones, que he combatido cincuenta jornadas contra mas de tres millones de soldados, y si es licito alabarse entre los muertos de los estragos, he estinguido en este mundo con el hierro un millon de espectros?

Pompeyo entre tanto escuchaba callando aquellas fieras palabras. Su aspecto era magestuoso, y algo semejante en el rostro á Alejandro Macedonio. Todos permanecian en actitudes respetuosas esperando que él se acercase, mas no el dictador que le salio al encuentro. Aquel se detuvo, y este permanecio á poca distancia de él. Despues se miraron mutuamente con marcial compustura en recuerdo de la antigua emulacion. Callaban como si fuesen sus pensamientos superiores á toda palabra. Los ojos eran amenazantes, las cejas arrugadas, y llevaban ambos la diestra sobre el puño de la espada. Pompeyo ya parecia lento desnudarla; cuando he aqui que se les interpone una femenil sombra con cándida estola. Ella con ambas manos hechó sobre los hombros el velo que le cubria la frente, y manifesto las ilustres

facciónes. Eran dolientes, pero hermosas y dignísimas de piedad. Las lágrimas de su angustia corrian de los compasivos ojos como rocio sobre el pecho. Puso despues con accion afectuosa la delicada mano sobre la diestra de Pompeyo, y dijo: ¡ay de mi que ni aun la muerte sereno en vosotros la discordia civil! Volvióse á ella Pompeyo, y al eco de aquella voz al punto apareció calmado. César se retiró un tanto, y estuvó admirando la magestuosa matrona. Ella cae entonces abandonada sobre el pecho de Pompeyo, y estrechando con los muelles brazos aquellos hombros marciales tristemente suspiró. Sus dorados y largos cabellos caian sobre el cándido seno. Tambien Pompeyo con el semblante inclinado sollozando la sostenia con tanta piedad, que yo vi derramarse alguna lágrima de aquellas pupilas intré-

pidas para tantos exterminios. Muchas de las expectadoras sombras se cubrian el rostro con los flexibles mantos, ocultando alternativamente una extremada tristeza. Pero la matrona alzó la frente desconsolada, de la que separando los cabellos, dijó con suave aliento: ¡oh misero y manignimo consorte! Yo, yo misma te vi en aquel propio dia, en el que pocos años antes habias aqui triunfado de Mitridates, bajar oprimido á las arenas de Egipto y caer alli desangrado. ¿Por qué no olvidastes para siempre la bárbara Lidia infame por sus traiciones? Pompeyo respondió: toda tierra y toda costa era menos insidiosa é inhospital à los Romanos, que esta patria, desde que la fortuna premió los vicios de este. Hablando asi señalaba al dictador, y le remiraba con torvos ojos. Aquel con sonrisa de desprecio dice: ¡oh

tú valiente aqui en palabras, y en Farsalia fugitivo! ¿si querias sobrevivir á tu gloria, porque no confiaste de mí, siempre fiero con los soberbios, pero piadoso con los sumisos? Pompeyo añadió con alterado aliento. Vive mi gloria, y lo espero entre los buenos, porque solo fui terrible á los enemigos de Roma, y siempre sumiso á ella. Pero la tuya, si aun resuena será con rumor desagradable, puesto que tus victorias fueron de luto para la patria, y la sangre vertida que te envanece, fue Romana. Al contrario, respondió aquel, me lastimo de haberla derramado, pero fue una triste necesidad de fortuna. ¿Tú no sabes que cuando cerca de Alexandria á mi victorioso se presentó una funesta señal de tu muerte, yo lloré al verla? Pompeyo se conmovió y prorrumpe: ¿Y cuál fue? César añade: tu cabeza, y

tu anillo. Al oir aquel anuncio el dolor ofuscó la frente de Pompeyo, que calló combatido de funesta maravilla. Despues suspirando con indignacion, decia: yo no se si tú llorastes de tristeza, ó de alegria: solo te pregunto ¿si el malvado que te ofreció mi cabeza recibió de ti el suplicio merecido? César declinó los párpados callando. Y aquel añadio: sinembargo bajo tu poder estaban mis asesinos despues que te ofrecieron alegres aquel don, como víctima al númen vencedor. Oyendo César aquellas discusiones parecia atormentarse á si mismo, y ya se disipaba la altanería de su frente. Por esta causa Pompeyo concluyó con amarga sonrisa. Soberbia piedad fue aquella hacia un enemigo incapaz ya de la ofensa. ¡Oh lágrimas dulces como aquellas vertidas en trágica representacion! De esta mane-

ra ilustrastes tu siempre con hipócrita vlrtud la verdadera maldad de tu corazon, por lo que despojada de su verdadero aspecto odioso, fué alabada, y lo que es peor, feliz. Despues con estos artificios conciliandote el aura del vulgo, fuiste siempre explendido despues de las rapiñas, despues de la disolucion templado, y despues de la atrocidad benigno. Y si para dominar á los hombres conviene trasformar el aspecto de los vicios en virtudes, ninguno fue tanto como tú acreedor de la corona. El dictador inclinó la frente á una tumba, y callandose mostraba evitar aquella disputa. Yo entretanto consideraba en mi pensamiento que el era alli vencido por la voz de Pompeyo, como lo habia sido este por sus armas en Farsalia; y mi mente quedaba dudosa sobre el juicio de aquella terrible aventuaa. Esto no obtante,

cual pues hubiera sído la bondad de Pompeyo si en aquel combate hubiera quedado victorioso?

Mas Cornelia apretó entonces la mano al consorte; y con begninas palabras, témplate, dixo, ó generoso Capitan: mira que aquella sombra enemiga no resiste mas á la voz imperiosa de la verdad. Mientras él estaba envuelto en el velo caduco, ultrajaba con intrépido rostro la verecunda justicia; pero aqui escucha su autoridad, y se sujeta á ella bramando. Saliendo despues al encuentro Marco Bruto, descubria á Pompeyo su conjuracion venturosa en la ejecucion, como desgraciada en el efecto. Asimismo para confortarle, referia como él mismo habia aprisionado en Asia al fugitivo ofrecedor de la cabeza, y despedazándole entre tormentos, halló al menos la sed insaciable de venganza alguna consue-

lo en aquella infame sangre. ¡Oh Roma, finalmente exclamó, que perdistes tu mejor ciudadano, cuando te era mas necesario! Mi constancia fue en verdad extraordinaria, por lo que no desesperé de la salud comun, aunque despojada de su robusto apoyo. Nosotros te denominamos grande generosamente, no ya como vasallos que tiemblan, y tratan de templar con lisonjas la ferocidad de los tiranos. ¡Oh Marco, prorrumpe aquel, bien te reconozco por tus magnánimas sentencias! Despues remiraba con ojos alegres á aquel matador del emulo pernicioso, y se sonreia un tanto por la complacencia de tal empresa. Pero al punto se dejaban ver en su frente tristes pensamientos, de los cuales acomodado se volvió á Cornelia, y dijo: ¿Oh mi esposa, todavia siento los afectos humanos, aun-

que libre de la carcel de los miembros. Quisiera pues saber ¿que sucedió á estos cuando fueron esparcidos en las playas infieles? Ella responde: despues que el dictador mostró su engañosa tristeza á la vista de tu cabeza destilando sangre, la hizo arder con perfumes orientales, y puso las cenizas de ella en el templo de la vengadora justicia. El busto permaneció en la arena ensangrentada, espuesto á la curiosidad de la multitud. Mas cuando esta se sació de contemplarlo, tu liberto Filipo lo purgó en el mar, y lo cubrió con su túnica. No teniendo otra materia para la hoguera, lo mezcló con las tablas de una despedazada nave abandonada sobre la costa, y cubrió despues con aquella indigna tierra sus cenizas. ¡Exequias ilustres por la síncera piedad de aquel esclavo, pero vil en comparacion de

tu fama! Estuvo aquel un tanto en silencio pensatibo, y despues la dice: ya las lluvias habran dispersado aquel puñado de polvo, y confundido sus átomos en el seno de los elementos: ya el mar habrá sumergido la humilde tumba; y ni aun el lugar donde estuvo podrá señalarse á los navegantes. ¡He aqui el fin de las humanas empresas! Aparece el hombre sobre la tierra como fugaz imagen del sueño: pasan los siglos sobre las soberbias tumbas y las esparcen al viento. La fama sola de las obras ilustres puede vencer la tirania del tiempo. Si aun resuena entre los mortales aquella de las mias, estimo como injuria leve el vilipendio de los huesos. Herido yo de aquella sentencia, me aproximé á confortar al magnánimo Pompeyo, asegurándole que era celebrado entre nosotros, y su nombre inmor-

tal. Mas por cuanto los espectros se ocupaban en razonar entre sí, y no cuidaban de mi presencia, suspendí mis palabras, y proseguí escuchando reverente.

Permanecian todos suspensos en silencio, porque Pompeyo miraba en torno suyo con semblante de autoridad, como acostumbrado al imperio de las armas, sin dirigir á ninguno especialmente su palabra. Despues de esto, exclamando de repente, prorrumpe: mas o Roma, ¿qué sucede de ti? El sonido de su voz era doliente, como si temiese ingrata respuesta. Entonces se le acercó Tulio, y dijo: César herido por los mejores al pie de tu estátua la salpicó con su sangre. Pero Octaviano sobrino suyo, heredero no menos de las riquezas amontonadas con los estragos, que con la tiranía, tanto lo superó en esta, que hizo llorar su muerte. Este joven de in-

dole feroz habia, antes de los sanguinosos pensamientos, vendido á César aunque leal, y honrado á Sila aunque exterminador. Al mismo tiempo aquel Antonio, contra quien tan en vano vibré los rayos de mi elocuencia, persiguió á los libertadores de la patria, y con sus artificios obtuvo de ella seducida que fuesen declarados como parricidas. En esta infáusta reunion se contó á Lepido, hombre, como lo conocistes, no digno de levantarse del vulgo. Estos dividieron en tres partes el imperio, como fieras que despedazan la presa todavia palpitante. Imitadores de las Silanas proscripciones, las excedieron en el número, y en la atrocidad, siendo tres verdugos en lugar de uno solo. Estimulados de feroz emulacion, disputaron entre sí quien fuese mas arrojado en los exterminios. No ansiaron con tanta emulacion nuestros

mayores señalarse en las empresas gloriosas, y útiles á la patria, cuanto aquella conjuracion de tiranos anhelaba en adquirirse ignominia, y en inundar de sangre á Roma. Al presente yo no sé describir todos aquellos execrables ejemplos, yo que en ellos fui comprehendido. El hacha de los asesinos me separó del abominable aspecto de aquel mercado de cabezas. Al oir Pompeyo estas criminales aventuras, demostraba en el semblante admiracion y venganza. Parecia engrandecerse, levantaba el manto, ensanchaba el pecho, y centelleaban sus ojos; pero el enojo era marcial, y el porte magestuoso. Sin embargo ví á Tulio turbarse como cuando estalla cerca el trueno, y declinó hacia la diestra la frente pálida. Yo sin embargo volví los ojos á aquella parte deseosos de ver nuevos portentos. Descubrí tres diferentes sombras

que caminaban lentamente hacia nosotros. Una de ellas, algo mas abanzada que las otras, tenia la frente espaciosa, la nariz corba, y la barba espesa, y exclamó: ¡Oimos, oimos lo que se habla aqui de nosotros no dignamente. O Tulio, aun bajo la losa me debe ser molesta aquella tu voz. O Tulio responde: eterna debe ser la reprobacion de la maldad. ¡Oh muelle Antonio, tirano voluptuoso! ¿por qué no fuistes al menos solo, y no lo eres ahora? Tu índole fue benigna aun entre las corruptelas de la vida. Magnánimo aunque opresor, valiente en el campo, de genio liberal, olvidador de las injurias, y pronto á los urbanos oficios, fuistes sufrible tirano en medio de tanta iniquidad. Mas este que contigo se adelanta, el simulado y atroz Octaviano aun nos perturba aqui con su odioso aspecto. Y este Lepido sin virtud, é in-

capaz de vicios ilustres tambien lo miramos aqui con desprecio. No es sufrible acaso que semejante hombre, apenas apto á servir, fuese árbitro de Roma, y se sentase en aquella feroz asamblea, cuyos decretos llenaron de huesos las tumbas, y la tierra de sangre. Desapareció Lepido al oìr aquella invectiva, confirmando bien la opinion de su vileza. Octaviano no obstante miraba á Tulio con amenazante silencio, y Antonio estaba en actitud de razonar. Los torbos ojos, y los comprimidos labios indicaban agitados los pensamientos, y prontas las palabras. Cuando he aqui que aparece una sombra femenil, que apoyó sobre su hombro ámbas manos, y despues abrió el rostro. Antonio procuraba confortarla, y ella gemia como herida de algun tormentoso recuerdo. Despues mostró su semblante, bien que doliente, aun be-

llo y decoroso. Era un tanto morena, y sus grandes ojos, admirables por la dulzura que en sí tenian, y causaban á los demas, se movian lentos y piadosos; las negras cejas los señoreaban con gracia severa. Los labios tímidos y purpúreos permanecian entreabiertos y dispuestos al suave álito de palabras seductoras. Nadie me pregunte cuáles fueron sus vestidos ú ornamentos, porque mis ojos estaban fijos en aquel semblante como por encanto, y en prision mis pensamientos. Antonio circundó su cándido cuello con la siniestra, y recogiendo con la diestra el velo, limpiaba sus lagrimas como piadoso consolador. Despues parecia mover los labios en sumisos razonamientos con ella, los cuales, aunque reinase alto silencio, no por esto me hirieron el oido. Pero al punto ví á Ciceron, á Pompeyo, á Bruto, á Pomponio, y á las som-

bras circunstantes mas ilustres, despues de una breve piedad, mostrar en el semblante la indignacion por la molicie de Antonio, y sonreirse entre ellos malignamente Octaviano. Yo entretanto conjeturé que aquella fuese la reina lisongera, demasiado amada por el Triunviro, por la que fue tan obscurecido su nombre, que dejó perpétuo ejemplo del tirano imperio de amor. Antonio, aunque esclavo de aquella, tenia el ánimo grande y soberbio, y no obstante desdeñando semejante irónica negligencia de su persona, se volvió á Octaviano, y con ímpetu decia: ¡O ánima cruel, que jamas fuiestes turbada por el imperio de los afectos! Cuando gozabas de miembros, es cierto que jamas corrió por ellos el dulce estímulo de la piedad: eres por tanto conforme á tí mismo, mientras te burlas ahora de mí, vencido de cuidados delica-

dos. La matrona gemia entretanto sobre el hombro de él, y enjugaba sus sollozos con el velo; por cuya causa prevaleció en Antonio la piedad de aquel objeto al enojo, y exclamó doliente: ¡Ay triste dia, en el que yo espirando entre tus cándidos brazos, ví las últimas lágrimas sobre aquellos ojos árbitros de mis pensamientos! Estas graciosas manos despedazaban las diademas, agitaban los cabellos, herian el anhelante pecho, y aunque furiosa eras bella siempre en tus desesperados furores. Aun me parece que yo haya bajado agonizando á la tumba egipcia para abrazarte. Tu dulce labio besaba mis heridas, tus velos las limpiaban suavemente, y tu dolorosa voz me llamaba consorte y capitan. Al sonido de ellas te abandoné los miembros, y trage aquí conmigo la ansiedad de tu suerte. Mas despues que oigo ahora de tu

boca que por no seguir el carro de este opresor, salistes de la vida, me lisongeo mucho mas de haberte amado. Entonces alzó Cleopatra el delicioso rostro, del cual se habia disipado la angustia. Despues con actitud real, fijando la vista en Octaviano, dijo con orgullo: yo tuve sometido al imperio de mis ojos á tu tio el dictador. Vi á aquel formidable guerrero convertido por mi en amante humillado. Sin embargo no le amé: le acaricié como fiera para mitigar su enojo. Con estas artificiosas lisonjas induge á aquel, que no habia tenido piedad de su patria, á tenerla á mi. Yo con la hermosura y con el ingenio triunfé de los soberbios Romanos tan felizmente, como ellos mismos de los demas con sus delitos gloriosos. Muchos años dividí el imperio del Africa y del Asia con este valeroso competidor tuyo, y vi postrados á

mis pies los reyes de aquellas temidas regiones. Vencer á tal capitan cual fue este, y oponerse á su prepotente fortuna, es sin embargo efecto sublime de am rosas delicias. Por tanto desprecias mal ahora esta muger que interrumpió muchas noches el sueño de tus ojos, y abrumó tu espiritu soberbio de acerbos cuidados. Cuando al contrario yo conocí muy bien las reales costumbres de este magnánimo Antonio, la ingénua mente, el corazon leal, la prontitud al perdon y á la beneficencia, yo amé cándidamente por la primera vez. Mientras ella hablaba asi apretaba con cariño la diestra de él, que aun sentia el imperio de aquellas infaustas lisonjas.

COLOQUIO CUARTO.

Antonio y Octaviano se culpan mútuamente de crueldad. Caton y César disputan sobre la empresa de Utica Bruto y Pomponio median para conciliarlos.

Octaviano, hasta aqui tácito espectador, prorrumpió entonces: ¿tambien bajo la tierra, siempre maestra por antigua costumbre en el llanto lisongero, presumes engañar las mentes nuestras aunque desatadas de las corpóreas ilusiones? ¡Ah cómo razonas de amor, coronada ramera, con delicadas y lamentables sentencias! ¿Cómo pues te atreves á hablar aqui con ilustres conceptos, tú que estinguistes á tu hermano Tolomeo y á tu hermana Arsinoe para no tener compañeros sobre el trono? Al oir tales palabras

se inflamó el rostro de Antonio, y sus labios bramaban como leon próximo á rugir. Despues exclamó con voz airada: ¡O ingenio atroz! ¿y cómo te atreves á difamar á otro de tal vicio, en el cual fuistes insuperable, á saber en crueldad? No eres tu aquel, que todavia adolescente en tu consulado de sangre, sacastes con tu mano los ojos á Q. Gallio Pretor, cuya presencia te causó enojo con subitaneo furor? Octaviano respondió con reprimida ira: ¿qué refieres? ¿No eres tu el Triunviro, mas acerrimo promotor que yo y Lepido de las prescripciones? ¿No te acuerdas que yo disputé contigo mas de dos dias para salvar á este grande orador Marco Tulio, que habia salvado muchas veces la patria con su elocuencia divina? Todas estas almas Romanas saben que el ódio de tal atentado, cayó sobre tí, que propusistes por condicion

de toda concordia entre nosotros, como necesaria, principal, ostinada é invencible, la muerte de tan grande hombre. Y bien se conoció cuanto deseastes conseguirla por tu feroz alegria, cuando saciastes los crueles ojos con la vista de sus miembros palpitantes. Atroces burlas, insultos abominables, regocijos bárbaros fueron las señales con que recibistes la cabeza, y sus manos derramando sangre ¿Con qué complacencia cruel no mirastes colgando aquella diestra, que habia empuñado el estilo en las nocturnas vigilias contra tus infames costumbres? ¿Y adónde? En los rostros; si, donde su celeste eloquencia habia triunfado Mas o malvado, no esperes pues que por aquellos ultrages se degrade la fama de la virtud de Tulio, o de tus vicios! No: en van, con tu misma mano por embriaguez de gozo, coronastes á aquel

Popilio, queacusado de fratricidio, y salvado por la facundia de Tulio fue su sicario, y te presentó sus miembros. Ambos sereis tambien igualmente execrables. Sin embargo solamente Fulvia, digna consorte tuya, puede disputarte la gloria de aquella carnicería, que emula de tan fieros delirios, puso la cabeza en su regazo, la ultrajó, se mofó de ella, arrancó lalengua de ella, y la punzó con una aguja de sus trenzas. Mientras asi declamaba Octaviano, Tulio sufria con moderacion aquel atroz recuerdo. Muchas de las sombras, lamentándose de tan indigna muerte, volvian á él las pupilas afligidas. Calla, exclamó despues Antonio, porque de aquellos acontecimientos somos cómplices, de modo que no podemos disputar sobre cuál de nosotros sea inocente, sino solo sobre cuál sea menos malvado. Me parece todavia estar sentado en colo-

quio de muerte en la isla de Reno. Oigo el bramido de las corrientes en torno de las orillas. Entretanto nosotros razonábamos sumisos, y murmurábamos sospechosos de que las circunstantes legiones nos oyesen las sentencias de sangre. Sin embargo yo me duelo de haber extinguido aquella antorcha de nuestra elocuencia: ninguna lengua sino la suya misma pudiera alabarle convenientemente. Fue muerto solo en venganza de la increible molestia de sus declamaciones, que me hirieron mucho mas que tus armas. Sus palabras penetraban en el corazon como saetas, confundian mi ambicion, y perseguian mi poder. Si aun tienen alguna defensa las odiosas obras, yo diré que Tulio sufrió de mi vencedor aquella injuria, que hubiera yo debido sufrir, vencido por él. Señal era manifiesta de aquella su intencion para el senado

y el pueblo, ademas de sus palabras estilando hiel, y ardiendo en ódio hostil, el instigar continuamente á Bruto á dar la muerte á Cayo mi hermano, que era su prisionero; de cuya no generosa venganza Bruto se abstuvo mientras vivió Tulio. Mas cuando supo la muerte de él mató á mi hermano inerme, en su poder, en cadenas, y no mas temible, para aplacar el ánima amiga, castigando en él la culpa que no era suya, sin utilidad de ejemplo y por desahogo solamente de plebeya ferocidad. Al oir tales nuevas Tulio terció sobre el pecho la toga, y mostró en el semblante la tristeza de escucharlas. Yo me duelo, dice á Bruto, que nuestra amistad haya prevalecido en tí al amor de la patria, por la que reusastes la pública venganza, y concedistes la privada. Aquel Cayo era pues al par de este su hermano declarado por

los conscriptos enemigo de Roma, y no obstante el extinguirlo era derecho de pública defensa. Luego á mi sacrificastes aquella víctima, que solamente era debida á la salud comun. Bruto respondió con severa pausa. Cortar las cabezas funestas á la patria es en verdad empresa ilustre, mucho mas que deliciosa para una mente libre, y un corazon sincero. Por tanto yo me duelo de haber sufrido que Antonio quedase vivo despues del felice dia de los idos de marzo. Aunque con el dictador cayó el tronco de la tirania, en Antonio sin embargo se conservó la raiz, que brotó con bástago mas soberbio. No obstante la muerte de Cayo no fue satisfaccion privada sino pública, o Tulio, siempre modesto en tus sentencias; porque aquel dia en que te perdió la patria, quedó sin padre, y asi es que uno de sus verdaderos hijos debia

en tan gran daño satisfacerla con pronta venganza. Yo di aquella que el tiempo concedía; y la hubiera dado mayor, si hubiera sido justa la fortuna. Despues volviéndose á los triumviros, que le miraban airados añadió con intrepidez: ¡ó sentina de tiranos, no mas disputeis sobre cuál sea de vosotros mas atroz! Quedad, pues, acordes en que no teneis quien os iguale en la ferocidad, sino vosotros; por lo que en vano te alabas, ó Octaviano, de haber defendido á Tulio por dos dias: al tercero lo entregastes. ¡Oh dócil protector de vida inestimable! Si hubieses conocido el valor de ella no la hubieras abandonado, sino á precio de la tuya. Mas prontamente se manifestó el funesto arcano de aquella concordia, pues que al tercer dia conciliados los deseos crueles de cada uno de vosotros, tu Antonio cediste la cabeza de Lucio,

hermano de su madre, tu Lepido aquella de Paulo su propio hermano en cambio de la de Tulio por ti finalmente concedida. El estilo teñido de sangre escribió el horrendo contrato de las vidas mas sagradas. Para confirmar despues aquella alianza de atentados, bien te acordarás Octaviano, que Antonio te prometió por esposa á Clodia su hija. Al fin con piadosos ritos invocastes los Dioses, jurando observar fielmente los pactos odiosos al cielo. Con tales pompas, que solo convendrian para ensalzar la libertad de la patria, fueron pues celebrados allí por los tres ilustres verdugos los estragos de los buenos, y las exequias de Roma.

Calló Bruto, y Octaviano cogiéndole la mano responde: los hombres son humildes y suplican cuando tienen necesidad de clemencia, y despues que la han obtenido son

pérfidos é insidiadores. De aqui es que vimos convertirse en asesinos de César aquellos, que vencidos por su valor, fueron salvados por su benignidad. Sus traydores fueron aquellos que él abrazaba como amigos, y que premiaba con ilustres dignidades. Por tanto fue necesario en nosotros el rigor contra aquellos, que nos habian sentenciado enemigos de la patria, porque la experiencia nos habia persuadido, que una extrema perversidad de naturaleza no era posible templarse con la mansedumbre. Asi que antes de esperar los efectos de la malvada disimulada intencion de los otros, deliberamos precaverla con la prudencia. A tan tiránica introduccion, Bruto retrajo la mano, y horrorizado se alejó de él un poco. Pero Octaviano se sonrie, y volviéndose á César añade: tu eras, pues, dictador, Pontífice Máximo, triunfador

de las naciones mas funestas á Roma, y el primero entre nosotros, que tentó pasar el occeano y descubrir á los Romanos islas hasta entonces desconocidas. Sin embargo fuistes postrado por los pérfidos que te debieron la vida, y aun escritos en tu testamento: y dónde? en pleno senado, en sagrado asilo, en presencia del pueblo y de los Dioses con atroz regocijo, mas de veinte y tres veces herido por los puñales. Y si alguna venganza puede aplacarte, sabe que desarmé en la Macedonia á tus traidores, los cuales habian reunido alli una vil turba de sus iguales. Yo reservé la cabeza de Bruto, y la destinaba para que cayese en Roma al pie de tu simulacro: pero la nave que la conducia naufragó, y el mar me quitó el precio de aquel triunfo. Sin embargo no quedastes defraudado de victimas convenientes á aplacarte

muerto, y á mí vivo vengador. Mas de trescientos prisioneros hice morir al pie del ara tuya en el triste aniversario de los idos de marzo. ¡Ay de mi, exclamó César, y como te alegras de haber derramado la sangre civil en lugar de la de los becerros! Bien sabes, que yo viviendo me entristecí al vencer a mis Romanos. ¡Qué odioso tributo ofreciste pues á mis cenizas, que no podian resucitar por aquella fiera celebridad! Pompeyo escuchaba con ansiedad estos razonamientos, porque por ellos entendia la historia posterior, la suerte fatal de Roma, las inopinadas desventuras, y los acontecimientos funestos de las humanas perturbaciones. Nada respondia Octaviano á la grave reprehension del dictador, como reverente á él todavia en los abismos.

Entonces se levantó en medio de aquellos una sombra togada y

de aspecto grave. Su semblante era de aquella edad que declina y no ha llegado á los años seniles. Tenia los cabellos algo encanecidos, y espesos sobre la frente severa, su mirar imperioso, y el sobrecejo cerrado. Estendió la diestra al pecho del dictador en acto de separarle, y enojado prorumpió con angustia. ¿Aun aqui te encuentro, tirano odioso, que ni para evitarte bastó que despedazase con mis propias manos mis entrañas palpitantes? Respondió aquel con honesta benignidad: ¡oh Porcio Severo, tú me embidiastes la gloria de podertesalvar, y yo envidio la magnánimidad de tu muerte. Añadió el otro: una vida, que sea dadiva de tirano, es vil, no menos que triste. Donde tu reinabas, solo quedaba libre la muerte. Dice aquel: aplácate: ó alma que arde en rencor inestinguible, pues que yo con sinceridad me condolí de tu

muerte. Caton exclamó con ironía: ¡oh ingenuo dolor! Luego te desagradó ver muerto al despreciador, al enemigo de tus vicios lisongeros? El otro responde: perdoné á tus secuaces, y no fue derramada otra sangre que la tuya, y la mas digna de conservarse entre todas. Tu hi'o, que sometió su suerte á mi clemencia, quedó libre é ileso. Tal fue aquella victoria: la obtuve sin estragos, y la celebré con el perdon. Entonces Caton se arredró horrorizado de aquella sentencia, y di:o: habla, ¡oh pértido! de victoria á los enemigos, y de perdon á los reos, pero no á los buenos, no á los libres ciudadanos. ¡Oh audacia asombrosa en otros, pero acostumbrada en los tiranos, la de alegrarse de las opresiones, y llamar clemencia los ultrages! Mas, ¿dónde estas tú, á quien no deberé ya jamás llamar hijo mio? dónde estas, ¿óh deudor

cobarde de vida infame á la obominable benignidad de este? Resonaba la voz del airado padre en la cavidad de los suterraneos sin mas respuesta que el eco rechezado de ellos. Entre tanto la multitud respetaba el dolor paterno de tan ilustre ciudadano. Mas despues que él invocó muchas veces la sombra del hijo, y ninguna aparecia; era preciso, dice, que un tan cobarde no se atreva á presentarse en Roma á los Romanos. ¡Oh mal nacido hijo mio! Permanece, pues, siempre esclavo vagante en los tenebrosos desiertos de la muerte! Despues, volviéndose al Dictador, añadio con impetu: ¿por qué funesto destino estas aqui ahora? ¿Y cómo los Quirites, viles tambien en muerte, sufren tu presencia? El Dictador respondio con aquella fiereza correspondiente á su elevada fortuna. ¡Oh desgracia no tener aqui miembros y armas,

pues que ya podria con digno enojo satisfacer tu obstinada ira! Mientras él asi hablaba bramando, estaba en actitud marcial y se le vian torvos los ojos, la frente amenazante, y la ceja tremenda, tanto que yo fuí herido de maravilla. Por otra parte Caton buscaba tambien las armas en torno suyo con humana costumbre, y no encontrándolas, quedaba triste y burlado. ¡Oh efectos terribles de las discordias civiles! El tiempo destruyó no solo el imperio romano, sino otros innumerables posteriores, y sin embargo ardia como inmortal é inestinguible el antiguo rencor entre aquellas sombras enemigas! Pero Bruto, interponiéndose entre ellas, y estendiendo los brazos, habló de esta manera: Paz, ó ánimas ilustres: vuestras iras entristecen como veis á los Romanos. No es galardon digno de vosotros renovar aqui las disputas

donde no son peligrosas, y quedan sin fama. El Dictador retrocedió al oir aquella sentencia, y calmado repuso: Oh hijo mio, bien sabes cuanto yo valgo para resistirte, pues que cuando me heristes me abandoné á tí. Caton entonces conmovido de espanto prorrumpe: ¡ó inopinada venganza! Bruto, ¡ah! parla, que si la hubiese esperado, hubiera conservado la vida para acompañarte. Al fin yo estoy contento, y tu eres el mas feliz de los Romanos. Despues contaba Bruto al suegro áustero aquella aventura, quien se recreaba extraordinariamente oyéndola. Sin embargo no omitió Bruto, como ingénuo y leal espíritu, de manifestar la incomparable clemencia del Dictador, la inviolabilidad en la fe, y la generosa modestia con que templó continuamente su tiranía, mucho mas lisongera que violenta. Ni se olvidó de

citarse él mismo por ejemplo, que aunque implacable enemigo, obtuvo del vencedor, no solo el perdon y la vida, sino tambien la pretura de la Galia Cisalpina. Y por esto concluia diciendo haber sido vencido de dos maneras, con las armas, y con la beneficencia. Entre estos razonamientos tornó despues Pomponio la palabra, y se estendió refiriendo la necesidad de un perpétuo Dictador, y como ninguno existiese jamás en elevado poderío mas moderado que aquel. Despues que ellos se satisfacieron de referir aquellas vicisitudes, Caton que le habia escuchado con grave atencion dijo á Bruto: al consorte de mi hija correspondia en verdad cumplir alguna empresa digna de mi sangre. Despues de esto volviéndose al Dictador, añade: has venido á ser ejemplo eterno de que una potestad usurpada no es segura, ni por favor

de fortuna, ni por armas victoriosas, ni por la vileza de los sometidos, ni por virtud del opresor, y que solo aquella es cierta que sea amada por ser justa. Yo no aprecio tu clemencia, porque ella no fue otra cosa que una templanza en la malignidad. Por tanto no te concedo otra alabanza sino esta; á saber, que no hubo jamás entre nosotros ciudadano mas perverso que tú, ni mejor tirano.

COLOQUIO QUINTO.

Oracio y Polion disputan sobre la índole de Octaviano, y despues este y Antonio altercan sobre cual de ellos dos fuese mas perverso.

Mientras estos asi razonaban, Octaviano guardaba silencio, como sabedor ya de aquellas aventuras. Pero observé que él, en medio de aquellos terribles argumentos, se sonrió alegre, y recibió con benevolencia un expectro que se avecinó á el. Era su persona un tanto gruesa, la estatura mediocre, el semblante gracioso, y los ojos enemigos de la tristeza. Indicaba en su aspecto pensamientos agradables, portador de consuelo á las angustias ilustres de los mayores. Y despues que estuvo cerca de Octaviano, le señaló con la diestra, y

dirigiendo la palabra á la multitud, habló de esta manera: aunque hubiese él unido la severidad al imperio, ninguno fue mas sabio que él, y ninguno mas admirable y clemente despues que él lo octuvo. Asi es que cualquiera que fue sometido ásu benigna potestad, juzgaba haberse salvado enpuerto seguro de las tempestades republicanas. Y en verdad, quien no se dio por satisfecho de aquel dulce reposo de grandes males, ó no conoció la felicidad de sus tiempos, ó no la mereció. Al oir estas palabras salió fuera de la turba, alargando con ímpetu los brazos, y presentando el vasto pecho, un espectro alto, magestuoso, venerable por la edad, y exclamó: ¡oh fugitivo de los campos Filípicos, poeta del tirano, Venusino adulador! Yo, si ninguno habla aqui libremente, yo hablaré como Romano. ¡oh

Asinio Polion, interrumpe entonces Oracio, aun aqui conservas tu orgulloso desprecio contra los mejores! ¿No eres aquel, que abandonando á su fortuna la patria desesperada, te salvastes en los ocios del Túsculo, pasando alli en agradables estudios, y en doctas contemplaciones los años últimos de tu octogenaria vida? ¿Si tú mismo juzgastes insanables nuestras inveteradas corruptelas, quien otro debia pedir al cielo un ciudadano síncero, sino un sabio moderador de la sanguinaria licencia? Portanto es este tan benemérito de la patria, cuanto Bruto, instituidor de su libertad; puesto que es empresa árdua igualmente fundar una ciudad libre, como el corregir una desenfrenada. Mas quien vivió en aquel tiempo, sabe que Augusto reunió el imperio de uno solo con la honesta libertad de todos; tanto

que los Romanos, no espuestos mas á la audacia de la plebe, ni á las opresiones de los optímates, eran libres con modestia, y obedientes sin temor. Bajo este suave imperio se desvanecieron las nubes que por largo tiempo habian obscurecido este cielo, y depuestas al fin las armas, enrojecidas por muchos consulados, no de otra sangre que la nuestra, y sanados los ánimos como de atroz delirio, se entregaron á nobles ocupaciones. Roma en los principios terror de las naciones y de si misma, vino á ser entonces apacible morada para los suyos y para los estraños. Y si antes huian de ella los propios ciudadanos, entonces concurrieron aqui los de las ciudades mas remotas. Ni os recuerdo la magnificencia de los edificios, con que Octaviano adornó tanto esta patria, que parecia mas bien morada conve-

niente á los Dioses, que á los mortales; aunque en una explendida ciudad puedan vivir descontentos los habitantes. Yo solo os recuerdo aquella felicidad que ninguno de vosotros puede negar, disfrutada á impulso de esta su mano victoriosa, que empuñó tan benignamente el cetro del mundo. El venció las conjuraciones con el perdon, y mitigó con su bondad aquella ferocidad arraigada en vuestros pechos por largas y atroces desventuras. Despues cada uno, como despertando de indigna embriaguez de sangre, se avergonzó de haberla derramado. Por tanto quien considere discretamente el modo de portarse Augusto en su maravillosa dominacion, conocerá que ella fue tal como rarísimas veces se vé, absoluta en él, pero solamente para utilidad comun.

Mientras asi se complacia el Ve-

nusino en alabar á su magnánimo señor, por quien el estilo de oro habia escrito versos inmortales. Asinio sacudia la cabeza, y se sonreia amargamente. Despues prorrumpe: En verdad no es nuevo este artificio de tiranos, quienes, despues que han subido al trono por el camino ensangrentado con atrocidades, manifiestan semblante dulce, y la apariencia de la virtud para inducir á los hombres á doblar la frente alegres, y á nombarse despues felices. Tu alabas, ó Flaco, la benignidad de este, cuando cesaron las causas de toda sospecha, y despues que habia estinguido á los mejores con las bárbaras proscripciones. Tambien las fieras saciadas reposan en sus cuebas. Mas ¿quién no llega á ser mansueto, cuando satisfecha toda ira, ninguno mas le es molesto, ninguno le perturba, y antes si en todo á todos y siempre su-

perior y tremendo, puede despreciar los odios, y no temer los ultrages de la fortuna? Solo un ánimo perturbado de sanguinario delirio, cuando se ha elevado donde no llegan los estragos de la venganza, conservaria el deseo de dañar á otro. Luego si quieres conocer la índole de este que tu has celebrado por su bondad, acuérdate de los modos con que ciñó aquella diadema, en torno de la cual hicistes resonar de continuo lisongeros, elevados y armoniosos conceptos. Y si quieres reunir todas las maldades de que pueda el hombre contaminarse mas, vuelve el pensamiento al triunvirato. Tambien vivistes en aquel tiempo execrable. Aquella sola noche de sangre y de desolacion, precedente al cruel edicto de las proscripciones, te debe bastar para hacerte odiosa para siempre la suavidad meretricia de este. Te es muy notario que sus

satélites, como tigres hambrientos, andaban entre las tinieblas en busca de las vidas vendidas á ellos. Estas calles resonaban con lamentos, con gritos, con imprecaciones y con amenazas. Ningunos párpados se cerraron al sueño, y todos estaban abiertos á la estrema desesperacion. Mas cuando salió la aurora, é iluminó el fatal edicto fijado en los rostros, al menos se supo á quien era concedida la vida. La pálida turba leia á los primeros reflejos aquel rollo de trescientos senadores, y dos mil caballeros, cuyas vidas eran vendidas al precio de cien mil sextercios cada una. Y si es cierto que los otros dos pusieron entre los proscriptos el uno al hermano, y el otro al tio, no fue inferior á ellos tampoco en esta emulacion tu Augusto, que comprendió en ella á C. Toranio, que habia sido su tutor. Las puertas de la ciudad estaban custo-

diadas, cerrada toda salida á la fuga, y por tierra y por mar en toda la Italia. De aqui es que aparecieron en todas sus provincias las cabezas derramando sangre, las cuales conducidas despues á los rostros, recibian de vosotros en el foro la prometida merced. Hombres poco antes ilustres huian escualidos, quien á las cabernas de la tierra, quien á los mas indecentes escondrijos, y quien sobre los altos techados en silencio y temblando. Otros, hasta entonces insignes por las riquezas, y por las empresas, á los pies de sus esclavos imploraban humildes y afligidos la piedad. La plebe feroz, avida y rapaz corria á investigar los proscriptos: los sabios permanecian atónitos y mudos á tan horrendos ultrages de la justicia y de la razon. Desfallecian unos asaltados de los sicarios, otros ofrecian espontáneamente la cerviz, odiando

la vida asechada y la funesta patria. Algunos con el hambre, otros con el cordel, ottos arrojándose de los tejados, otros echándose en el agua ó en el fuego prevenian su inminente desventura, y evitaban la horrenda vista de la de los otros. Ni solamente aquellos escritos en aquel rollo funesto eran esterminados, sino aun otros ó por venganza ó por error, cuyos cuerpos se distinguian porque no les eran cortadas las cabezas. Mas ¿quién puede describir los casos extraordinarios y horrendos de aquella matanza? Alguno, mientras yacia en el triclinio de los suyos, fue cogido por los sicarios de la cabellera, y cortada la cabeza, quedó el tronco sobre la mesa, en la que permanecieron largamente los convidados inmóbiles de horror. Desatado todo vínculo de naturaleza, triunfaba solamente la rapiña y la venganza; y eran delatores los hi-

jos y las consortes. Aquellos no solo recibian en premio los bienes paternos, sino dignidades y honores; y estas celebraban á un tiempo las exequias del vendido consorte, y las bodas del nuevo. Algunos proscriptos solo por las riquezas, en primer lugar las arrojaban á la plebe, despues abrasaron sus casas, y se consumieron en aquel incendio. Quien se refugió en el mar y tuvo despues la desventura de sumergirse en él. Ni el foro, ni el senado, ni los palacios, ni los templos fueron ya asilo, ni menos los brazos de las madres, por lo que muchas de ellas aterradas del dolor arrojaban de su regazo á sus hijos proscriptos, como execrables y funestos. Mas tú, que abandonastes el escudo en los campos Macedonios, bien sabes cuál fue la clemencia de este tu señor, despues de aquella estrema jornada de la Romana libertad,

Cada uno sabe que él, mediócre en las armas, venció con el brazo de otro, y que de aquella victoria perteneció la gloria solo á Antonio. Aun quiso Octaviano exceder á todos en la crueldad con los vencidos. Los mas ilustres de ellos en vano imploraban de él tal afecto, que jamás sintió su alma, á saber, la piedad. En lugar de ella ordenaba inmediatamente el estrago, y lo contemplaba con feroces pupilas. Respondian á los gemidos de muerte sus amarguísimas palabras. Escarnecia y ultrajaba á los agonizantes. Hubo alguno de ellos que no le pedia con sus últimas voces mas que sus miembros fuesen sepultados; al cual respondió fieramente: *los buitres serán tu sepulcro.* Apenas habian salido de los labios estas bárbaras palabras, cuando vió postrados á sus pies un padre con el hijo, que pedian la vida. Ordenó que la juga-

sen á los dados: á cuya befa cruel estos convirtiéndose de suplicantes en magnánimos, el padre se abandonó á los matadores, y el hijo cogiendo una espada cayó sobre ella. El malvado vencedor miraba con atroz regocijo estos casos, lamentables solo al referirlos. Cuando lo ensalzó despues la fortuna á ser árbitro supremo, aunque nombrado clemente, sabio, pacifico y benigno perpetuamente por ti, por el magnífico Agripa, por el noble Virgilio p r el gentil Ovidio, y por el autorizado Mecenas; sin embargo asi como en tigre domado renace facilmente la ingenita ferocidad, él manifestaba su disimulada, pero no vencida índole perversa. De aqui es que con razon fue celebrada aquella sentencia de Mecenas, que viendo á este en el Comicio cierto dia, mas sediento de sangre que lo acostumbrado, y dispuesto ya á condenar

á muchos á la muerte, no pudiendo acercarse á él por la multitud, escrbió en una tabla aquella dos ilustres palabras, *surge Carnifex*, y se la tiró.

Habia escuchado Octaviano en silencio aquellas reprehensiones con admirable tranquilidad. Pero entonces interrumpió diciendo: yo me levanté de la silla, no me enojé y parti. Mira si otro hombre elevado ó por la virtud, ó por la fortuna al supremo poder, permitió jamás tan libre aviso, ni fue tan dócil en cumplirlo. Tal era mi índole generosa, que me hizo acreedor de aquella síncera benevolencia, que es negada á los poderosos. Yo fui venerado sin temor, alabado por afecto, y amado, aunque empuñase un cetro formidable. Es cierto que subi al trono por arroyos de sangre, pero tan excelso empeño no se podia conseguir, ni se

ha podido jamás por la regla acostumbrada de la justicia comun. Las grandes empresas jamás estan esentas por su naturaleza de medios extraordinarios y de vicisitudes terribles. Marco Bruto, incomodado de aquellas opiniones, levantó la frente pensadora, fijó los ojos torvos en Octaviano, y prorrumpe: conozco demasiado que el hado de Roma la condenaba á inevitable esclavitud, pues que en pena de mi empresa magnánima tuvo un tirano peor. Despues volvió la espalda y bramando furiosamente se desvaneció en el aire. Quedaron cortadas las palabras sobre los labios de Octaviano. Despues Polion exclamó, ¡oh grande y libre Marco, detente y confunde con tu presencia esta turba de tiranos! Hablando asi señalaba imperiosamente á Antonio y Octaviano; mas el espectro se habia ya engolfado en el piélago de la

muerte. Antonio un tanto enojado, ¡ay!, dijo, anima melancólica que turbas con vituperios enojosos este Averno; en verdad hubieras sido mucho peor que nosotros con poderío, al ver que todavía redundas en orgullo, y en cuidados molestos. Si yo hubiera sido malvado, cuanto convenia á fortuna elevada, no hubiera engañado Octaviano mi lealtad, por la cual me hallé siempre en el campo sin temor, y en el comicio sin sospechosos. Mas si á alguno pertenecia despues del terrible Sila, del gran Pompeyo, y del generoso Dictador el moderar la trastornada república, yo era aquel que no tuve ribal entre los Emperadores de mi tiempo. Octaviano respondió: ninguno, creo, hay aqui que no sepa tu virtud en la guerra, mas ninguno hay tampoco que no se acuerde de tus vicios en la paz. Jamás hubo un capitan

mejor, ni peor ciudadano. Atolondrado, muelle, disoluto en la vida comun, temperante, magnánimo é intrépido en las bélicas fortunas. Asi que cuanto fuistes valiente en adquirir una suprema dominacion, otro tanto fuistes inépto para mantenerla. ¿Cómo hablas asi, prorrumpe Antonio, á quien debes la victoria de Filipos! Sin embargo los Romanos vieron en aquel dia quien de nosotros fuese mas digno de gobernarlos. Octaviano responde no sin una maligna sonrisa: igualmente vieron cual de nosotros lo fuese mas acreedor en la batalla de Azio. Al oir estas palabras Antonio inclinó la frente, tanto que los cabellos bajaban á cubrirla; oportuno velo á su improviso rubor. Yo vi en aquel momento al magnánimo guerrero, excitado de nobles pensamientos, abandonar la delicada mano de su dama, y alejarse un

tanto de ella. Mas aquella, perita en los alagos victoriosos, se le acercó razonando suavemente. Entonces se manifestó mucho mas, que el triunviro era condenado á amarla perpetuamente, pues que él inclinándose blandamente hacia ella, aun daba entre los muertos míseros testimonios de la baxeza de su amor. Despues prosiguió Octaviano: á la verdad hubiera sido, ¡oh Quirites, una maravillosa docilidad la vuestra, si tal hombre sin dignidad alguna de costumbres hubiese tenido imperio sobre vosotros, pues que no lo tuvo jamás sobre si mismo! Acordaos cuando mi ilustre tio, combatiendo en la Iberia para ampliar vuestra dominacion, dexó á este el gobierno de la Italia. Jamás visteis un istrion mas desenfrenado; pues que él, constituido en tanta dignidad, andaba por esta provincia paseándose en un carro tira-

do por domesticados leones, siguiéndole de cerca su comedianta Citeride en litera. Y cuando el dictador, despues de la victoria Farsálica proseguia el curso de ella, hizo tanta confianza de este, que le encargó el gobierno de Roma. Entonces le visteis en medio de los Istriones y de los Mimos, vencido de la crapula, vacilar embriagado por estas vias triunfales, y empuñar juntamente la espada desnuda, escoltado de satelites prontos á las rapiñas, con los cuales, á egemplo de malhechores en los montes, llenaban la ciudad de lamentos, y de terror. Tambien se distinguió en las proscripciones con una caprichosa avaricia, por la cual escribió en ellas á Nonnio porque poseia un Opal piedra preciosa muy resplandeciente, deseado por él, y á Verres porque le negó algunos vasos de Corinto.

¡O mísera patria, esclamó Tulio, en la cual, aquel que por su maldad debia perecer ignominiosamente, murio como convenia á los inocentes! Asi que, ó triste Verres, fueron para tí mas funestos aquellos vasos que mis declamaciones. Volvióse entonces Octaviano al ilustre orador, y con actitud modesta decia: si aqui vale un tardio arrepentimiento para templar en ti el enojo de la antigua injuria, sabe, ó excelso ingenio, que de ninguna otra accion mia me duelo todavia tanto mas sinceramente como de haber concedido á este tu vida. Tulio respondió con gravedad: y yo de ningun otro error me duelo tanto como de aquella mi sencillez con la cual di crédito á tus lisonjas. Aunque yo era cónsul encanecido y provecto en los negocios de la república, versado en las vicisitudes humanas, conocedor de los vicios,

desconfiado de las virtudes, fui sin embargo tan engañado por ti, joven simulado, que puse en ti no solo mis esperanzas, sino tambien las de todos los buenos. Nosotros desatinados te miramos como Faro en las tempestades, hasta que engañados por tu insidiosa escolta fuimos sometidos. Si pretendes pues prestarme algun oficio grato, te ruego que en lugar de vanas escusas por las irremediables culpas, continues reprehendiendo á este, que cuando yo vivia castigué con palabras insuficientes en medio de tanta corrupcion, pero verdaderas, libres é ilustres. Octaviano permanecia triste porque Tulio no apreciaba aquellas escusas. No obstante, estimulado de la antigua emulacion contra Antonio prosiguió: apenas obtuvistes la victoria en los campos de Filipo, te mostrastes indigno de ella por aqu lla ignominiosa disolucion, que te

hizo despreciable aun á los vencidos. Porque mientras los monarcas del oriente se postraban á tus pies suplicantes, nombrastes por exactor de tributos para cuatro ciudades de Asia al tañedor de flauta Anaxenore, que armado las desolaba insaciable de estorsiones. A ti siempre avaro de lo ageno, y pródigo de lo tuyo te suministraron estas los medios con que mantener el esplendor de los vicios. Y si obtuvo tan largo premio aquel que deleitaba tus oidos, no tuvo menor un cocinero, que en una cena de tal manera satisfizo tu intémperancia, que recibió por esto de tu mano en galardon la fortuna de un rico ciudadano de Magnesia. Asi que acumulando riquezas con las rapiñas, las disipastes despues en fiestas disolutas, y en crapulosas delicias, tanto que en aquella ciudad donde llegaban, resonaban los tristes lamentos de los o-

primidos por la funesta altanería de la victoria. Embriagado de ellas, y enmascarado de Baco, en Tarso, en Alejandría y en Atenas sufristes ser llamado Dios por la canalla, cuando menos merecias el nombre de hombre. Oid, ó Romanos, esclamó entonces Antonio, con qué ánimo razona ahora este, que cuando era dominador de tantas naciones se asustaba de las imágenes de los sueños, consultaba tímido los impostores adivinos, gobernaba un imperio desmedido con las vanas opiniones de dias fáustos é infáustos, y al fin, soberbio como Jove, y tal denominado por la turba aduladora, bajaba temblando á lo mas profundo del espléndido palacio, cuando el rayo relucia en el cielo. ¡Míseros Quirites, prorrumpió entonces Tulio, he aqui á que tiranos fuisteis abandonados por la maligna fortuna! Ellos descubriendo aqui á vuestra presen-

cia con bárbara disputa sus vicios, aparencen mucho mas dignos de haber sido gladiatores en vuestros anfiteatros, que árbitros de vosotros, y de tan vasta parte del mundo. Mientras él pronunciaba estas palabras, se derramaban de sus párpados algunas lágrimas, y estaba pintado el dolor sobre las maxillas. Pero aquella maravillosa angustia era contenida, grave, compuesta y conveniente á su dignidad. Antonio entretanto se alejaba, y con él su seductora reyna. El viento movia á un tiempo las bendas, los velos y la cabellera de essa, y el manto regio de Antonio sobre sus vastos hombros. Octaviano, indignado ó confuso por las severas sentencias de Tulio, se desapareció entre la turba, y llevó consigo á Oracio y otras sombras sumisas. Yo las tube por las de Agripa, Mecenas, y las demas de aquellos que admirando

su grandeza, callaron sobre cuantas desventuras ella habia sido ensalzada. Yo deseoso de conocer sus semblantes, dudosamente conocidos por los antiguos monumentos, queria preguntar á mi escolta, el amigo Tulio. Pero cuando ya se hallaba la pregunta sobre mis labios, se escitó en la multitud un tumulto imprevisto, y lo impidió.

COLOQUIO SESTO.

El parricida.

Como la calma del mar se muda en repentina borrasca, asi hondeaban perturbadas las sombras por los sepulcros, por los huesos, y las húmedas sendas. Bramaba el ayre con suspiros dolientes y confusos, formando de infinitos uno solo tristísimo. Venia un espectro desde la extrema cabidad del subterráneo, que alargando los brazos parecia implorar la comun piedad. Sin embargo le era negada, y algunos tambien, como si fuese su presencia execrable, cubrian su cabeza con el extremo de la toga, otros abatian los párpados y la frente, y todos le evitaron huyendo. Se estremeció tambien la tierra, temblaron las tumbas, se chocaban con árido sonido

los huesos dentro de ellas, y susurraba un viento, presagio de algun prodigio inminente. Quedó el lugar desierto; y solo aquel espectro se adelantaba, que habia puesto en huida á todos. Su aspecto era juvenil, extremadamente afligido: los ojos inspiraban terror: la frente era obscurecida por las angustias mortales, descompuestos los cabellos y erizados: la boca anhelante, las mexillas bañadas de lágrimas, la parsona escuálida y consumida de la tristeza. Parecia que él desease ardientemente acercarse á la multitud que huia, y procurase detenerla con lamentos. ¡Oh vida dolorosa que debia mover á piedad! Sin embargo ninguna sombra se detuvo, y al fin un triste silencio anublaba aquella senda de muerte. Yo, abandonado de Tulio como en desierto espantoso á la presencia de un mónstruo, sentia desmayar en el pecho la acos-

tumbrada orrogancia. Como ánimas tan valerosas habian huido, parecia por esto audaz ostentacion, el que yo, todavía esclavo de la muerte, afrontase el expectro evitado por aquellas. Perplexo en estos pensamientos, me arredraba sin volver la espalda, y tambien fijados los ojos en aquella sombra, que tanto espacio adelantaba hacia mí, cuanto yo la abandonaba caminando. Entre tanto ella tenia siempre fijas en mí las ardientes pupilas, como si contemplase un objeto maravilloso. Vi, cuando se hallo próxima, que sus manos estilaban sangre; la cual, aunque ella procuraba continúamente limpiarla con el vestido, corria sin embargo de nuevo como fuente. Su pecho era rodeado de una serpiente enemiga, que con venenosa lengua le punzaba el corazon. Esto era visible por una ancha herida, abierta por los mor-

discos contínuos, dentro de la cual aparecian las frecuentes papitaciones. Caminaba con lentitud, porque eran suspedidos los pies por las cadenas, que arrastradas, sonaban con ruido funesto. Yo retrocedí de horror el trémulo paso, no porque temiese ofensa, sino por el pabor que excitaba el expectáculo atroz. Aquel ya cercano á mí, con lánguida voz me dice, detente, ó sucesor benigno, y ten conmiseracion de mí que sufro inexplicables angustias. Al oir aquelias tristes palabras me detube, pronto á los oficios de humana benevolencia. Despues que el vio en mi prevalecer la piedad, continuó de este modo lamentable. Grande es tu generosidad entre los mortales, puesto que sufres mi presencia, y siéndolo como parece, conviene tambien que seas inclinado á la compasion de los males de otros. ¡Ah! duélete de mí, y

conoce cuan deplorable sea mi destino! Sabe que yo voi errante por los desiertos de la muerte, impelido de una angustia desesperada. Busco piedad continúamente, pero en las mudas tinieblas se disipan las voces dolorosas. Un ardiente dardo me punza, y me agita con perpetuo delirio tormentoso. Y si tal vez en este Occéano de silencio yo encuentro algun espíritu, dirijo á él las mas sumisas plegarias, para que me escuche. Mas siempre huyen todos inexorables y mudos, me dejan abandonado en esta inmensa peregrinacion. ¡Oh indecible miseria, serme prohibido referir llorando mis desventuras á alguno que las escuche un tanto piadoso!

Quedó mi mente dividida entre el terror y la piedad: yo miraba con horror, y oia con dolor. Ya estaban sobre mis anhelantes labios las sentencias del corazon:

ya se movian los pensamientos á aquel infeliz; cuando vi agitarse su cabellera, y oi silvar en ella reptiles enojosos. Conoci, ¡oh triste objeto! que eran mezclados con los cabellos aspides, los que fijos en la cabeza, se enroscaban, y con mordiscos venenosos, intentaban desatarse de ella. El espectro errastrado del deliquio á la desesperacion, procuraba quitarse con ambas manos aquella molestia insufrible; pero entonces se revolvian los aspides á las manos, y hacian inutiles los esfuerzos de ellas. Tal vez él trataba tambien separar de su corazon aquella serpiente, que insaciable se lo despedazaba, pero igualmente era influctuoso el socorro de las manos, porque á ellas mucho mas feroces se revolvian los bocados de aquella. Por tanto mi aliento quedaba detenido en mis fauces, y desmayaban las palabras

sobre mi lengua, al ver la atrocidad de aquel suplicio. Aquel continuaba mirándome con las pupilas bañada de lágrimas y de terror, y con las manos teñidas de sangre y de espuma de las sierpes, me enseñaba las horrendas muertes que sufria, bramando juntamente tanto como el mar tempestuoso. Vencido yo por esta causa de la conmiseracion, prorrumpi: ¿qué mayor suplicio hay que este espantoso, al cual estás sujeto, ó miserrimo de los muertos? El respondio suspirando: si deseas, piadoso oyente, comprehender como por congetura y por sueño mi afan, sabe que él se asemeja á aquel que experimenté muriendo. Yo siempre agonizo, y sin embargo vivo siempre á insufribles cuanto inexplicables dolores. Lo acervo de ellos parece que debiera destruirme; deseo ardientemente pasar á la nada, y

odio esta inmortalidad que me conserva á perpetuos males. Un pasmo estremado en los miembros vuestros estingue el sentido que se perturba; mas siempre está sugeta á las angustias esta mi substancia, y siempre capaz de un inmenso dolor. ¡Ah porque causa, yo le pregunté entonces no sin lágrimas, te hallas en estado tan horroroso? Y el sollozando comenzó de esta manera.

Sabe que despues de la lenta revolucion de tantos siglos al fin me es concedido desahogar la eterna afliccion, refiriendo mi delito á alguno, que si no se compadece de él, al menos tendrá piedad de mi pena. ¡Oh padre que fuistes benéfico apoyo de mi infancia, é instituidor de mi adolescencia! ¡De que valieron tus amistosos cuidados, y tan honestas lecciones! Yo Lucio Ostio sobresalia entre la juventud de mi

tiempo, y era tambien llamado feliz en tener tal padre. Como piloto todavía inexperto en el mar de la vida fijaba en él mi vista, como en astro que me dirigiese para navegarlo seguro. Su afecto era mezclado de dignidad, y el mio moderado por la reverencia. Pero despues que llegué á aquella edad, en la cual cesan las diversiones pueriles, y nace en el corazon aquella dulce perturbacion, por la cual no se satisface uno de sí mismo, y siente que le falta un cierto consuelo, ni sabe cual sea; yo miré tal jóven, que con sus ojos suaves hirio para siempre mi alma. Ella asistia á los juegos de Ceres con otras doncellas y matronas, pero entre todas florecia como rosa que se abre al soplo de la primavera. ¡Ah qué no arrastra el entendimiento, ó pernicioso ímpetu de amor! ¡Perezca caulquiera que te alabe como dulce

consuelo, y convite delicioso de la vida civil! Tus tristes efectos obligan tambien á los hombres á sufrir males peores que los de toda vida salvage. Por tanto desde que se introdújo en mi pecho aquel veneno, habiendo enfermado la mente ninguna otra cosa solicitaba, sino contemplar el objeto dominador de todos mis pensamientos. Bien pronto ayudado de los artificios del amor, llegué a gustar en los coloquios la suavidad de las palabras, las protextas lisongeras, las dulces palpitaciones de la vergüenza, y los deliciosos temblores que ella infunde. Era adornada la doncella de semblante admirable, de gallardo cuerpo, de voz dulce, y de loqüela insinuante. Lucian sus ojos como estrellas árbitras de mi destino, y su labio era señor de mi corazon. Yo sediento, llegué á la fuente, y bebi en ella hasta embriagarme.

¡Oh delirios insaciables, ó mortales deleites! Al momento desapareció la risa de la juventud de mis labios, y se ofuscó la frente con tristes solicitudes. Pero la jóven mucho mas amada que amante, sabedora de su poderío, y de mi debilidad, sostenia su dignidad con aquella dulce tiranía, que irrita los deseos, y hace mucho mas esclavos los pensamientos. Ella por tanto, ya con los estímulos de penetrante loquela, ya con ruborosa timidez y ya con desdeñosas acciones alargaba ó sujetaba el freno de mi esclavitud. Ya conozco tarde tales artificios, que me parecian entonces delicados efectos de sincero cariño. Mas semejante ardor no podia satisfacer sino en las bodas, donde todos se apagan. Estas las pedi á mi padre, que las repugnó con su severa potestad, inexorable á mis lágrimas, sordo á los lamentos continuos de mi fatal

amor. No contento con esto me in-
timó la terrible sentencia de que
yo súbitamente vistiese mi muelle
pecho de la coraza, y partiese á la
Sicilia, donde se fiaban en aquel
tiempo nuestras bélicas empresas.
Yo sojuzgado de perniciosa ociosi-
dad, reusé lo que jamás ningun
Romano habia resistido, el comba-
tir en el campo. Mas era estingui-
da en mi corazon la llama de la
gloria, y solo residia en él aquella
encendida por dos ojos abrasadores.
Al ver esta cobardia, fueron incon-
solables los lamentos, y las impre-
caciones tremendas de mi padre,
que se dolia de haberme engendra-
do, como hijo indigno de tal pa-
tria, y de él mismo. Pero no bas-
tando esto á sanar en mi tanta igno-
minia, trataba él de desengañarme,
descubriéndome las artes insidio-
sas de la jóven, sus anteriores aven-
turas, la fama dudosa, y la condi-

cion servil. Sin embargo, preocupado mi entendimiento, en lugar de recibir con gusto aquellas sabias y veraces exhortaciones, las aborrecia como enojosas. Asi que yo atormentado de dos molestias, la una que me separaba del tálamo, y la otra que me expulsaba á las armas lejos de las guirnaldas nupciales, senti nacer en mi corazon una perversidad hasta entonces para mi desconocida. El furor de atroces pensamientos trastornó el entendimiento á delirio espantoso: discurria la llama de la ira por los miembros: los sentidos quedaban entorpecidos del sanguinario intento: el tumulto de los cuidados, los estímulos del feroz delirio me perturbaban especialmente en el silencio tenebroso. ¡Ay de mi! fueron y serán para siempre las mas execrables entre todas aquellas noches, en las cuales yo dispierto por

bárbara locura, volvi los tremendos pasos al tálamo paterno! Esta mi infame diestra empuñaba el acero; el corazon era tan duro como él. Se estremecian todas las fibras por la enormidad inminente del delito; y todavia las estimulaba el atroz delirio á saciarse en la fiera venganza. Frenético me dirigí á la puerta del tálamo, y aunque fuí al abrirla cauto é insidioso, los quicios sin embargo algo rechinaron. ¡Oh si hubiese aquel ruido impedido el atentado! El padre yacia con aquella infeliz que me engendró, sumergidos en el olvido del sueño. La noche habia corrido la mitad de su curso: el silencio reynaba por todas partes, y solamente murmuraba á lo largo el trueno. A tientas, sin el auxilio de las feroces pupilas, determiné el lugar ocupado por el padre. Ya estaba mi rodilla sobre la orilla, y levantada la diestra. Advi-

erte que refiero el infausto caso todavia llorando! Oi entonces que él en sueños pronunciaba palabras confusas, entre las que entendí sin embargo que me llamaba gimiendo por mi nombre. Quedé estatico, anhelante, y detuvo la tremula mano una improvisa compasion. El juicio bacilaba entre la cruel intencion y el horrible efecto. Al fin prevaleció aquella, y clavé en el corazon paterno el acero parricida. Despierto el mísero á tan inopinado golpe, se estremeció, y difundia por el ayre tenebroso voces agonizantes. Tembló el tálamo ensangrentado: la madre despertó á las voces dolorosas del consorte, y no bien sabedora de la desconocida desventura, invocaba los Dioses, y llamaba llorando los esclavos. Yo precipitado en el abismo de la maldad, no me conocí á mi msimo, y las tinieblas me ocuparon el entendimiento. Oprimi-

do del delito, temblando, anhelando y angustioso huí. Una voz terrible mugia en mi pecho, y me reprendia la culpa; y ya oia la sentencia de la naturaleza, que me arrojaba de su seno. Conocia ya que habia llegado á ser abominable carga de la tierra. Por tanto salí de la ciudad, y ninguna otra estancia me pareció mas conveniente á mis funestos pensamientos que una selva. Asi es que me oculté en aquella de Túsculo, donde, errando cual monstruo, aullaba. Mis ojos eran dos fuentes de dolor: mi alimento eran los sollozos, y cuando los miembros desmayaban p r el largo ayuno, los restauraba con las silvestres producciones de la tierra. El sol, el yelo, las nubes, las lluvias y el viento me ultrajaban á porfía como ministros de la venganza del cielo. Las espinas despedazaban las ropas, y despues las carnes. Los cabellos se en-

redaron erizados y anudaron. Yo no me atrevia á mirar en el agua mi aspecto, que habia llegado á ser horrendo para mi. La noche, para todos conciliadora del sueño, traia al contrario á la afligida mente mas funestos pensamientos. Yo via errantes por sus tinieblas espectros amenazadores. La tierra bajo de mis pies mugia como enojada de sostenerme: y si tal vez, oprimido de los deliquios, declinaba los párpados yaciendo en alguna caberna, no gustaba ya del sueño, sino sufria el terror de los desvelos, llenos de desastres asombrosos, de atrocidades confusas, de afanes, de estragos y de sangre. Agitado de ellos me levantaba demente, siempre incierto de si fuese mas funesto para mi el sueño ó la vigilia, y siempre por uno y otro arrojado. Si el cielo relampagueaba, me parecia dirigirse á mi el rayo destructor como á su

blanco. Cuando el trueno retumbaba por los valles, me postraba atemorizado, ó huia encorbado temblando álas cavernas. No tenia el cielo necesidad de hacer ostentacion de su formidable imperio para aterrarme, pues que un ligero viento que sacudia lasojas me parecia una fiera próxima á devorarme, ó sierpe que rastreaba, ó hombres insidiadores, ó Numen de la floresta. Aun pudieron ser bastantes para hacer mísera la vida aquellos cuidados, pero quiso el cielo que ella me fuese cortada con suplicio mucho mas espantoso. Un dia que, abrasado de sed en el medio dia, bajaba de la selva á un rio, fui preso y conducido á la presencia del Pretor. No le negué mi culpa, cuyas pruebas eran manifiestas. Fui segun nuestra costumbre, encerrado en un odre con una vívora, un mastin, una mona, y un gallo. En este angosto espacio

y con tales carniceros, fuí arrojado al mar á ser jugete suyo. ¡Mi delito fue á la verdad abominable, pero no lo fue menos aquella invencion! Sin luz, sin aire, sin tierra, fluctuando sufria los ultrages de las olas. Si ellas son formidables tambien aun al marinero expertó, que las arrostra sobre nave bien construida; piensa, pues, cuanto lo serian para mi, ya naufrago en el furor del piélago, en tan obscura nave, espirando por medio de muchos suplicios, el uno mas cruel que el otro. ¡Desnudo entre las uñas y los bocados, agonizar despedazado por furiosas bestias, y tener con ellas un sepulcro mismo! Las carnívoras fauces del mastin hacian presa en mis mas carnosos miembros: la serpiente los enlazaba con frias escamas, y despues enroscándose á mi garganta, sofocaba mi ya seca respiracion. Yo

acudia con las manos á impedirlo, pero el réptil cólerico volvia entonces los vocados á mis ojos, que privados de luz y llenos de sangre fueron apagados en sus cavidades. En tanto corria por las fibras el yelo de la muerte; y al fin todos aquellos crueles ejecutores y compañeros de mi suplicio parecian vengarse contra mi de aquella angustia que sufrian. Ademas era vana toda defensa mia contra ellos, y tambien nuevo motivo de ofensa; pues que si yo tentaba de separar la hambrienta boca del mastin, él la apretaba mas ansioso; y el gallo y la mona continúamente con las garras y con los bocados me laceraban los miembros; tanto que el odre estaba lleno de sangre. Mas el fiero tumulto de aquellos animales, y el ímpetu de las holas rasgó el cuero. Parecióme feliz suceso, cuando respiré el aire,

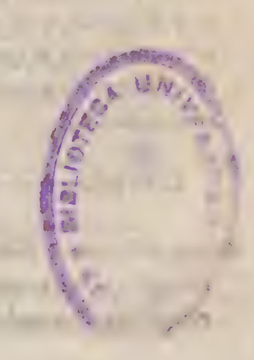
pero no vi el cielo, pues que la luz de los ojos era estinguida. Tan mísero consuelo fue tambien breve; puesto que, vencido por el agua, baié al fondo, y salí de los lacerados miembros, no sé si espíritu mas odioso á mi mismo, que á los demas, pero en verdad el mas desesperado de todos.

Mientras él asi hablaba, silvaban las sierpes enroscándose en la cabeza, y de sus ojos manaban gotas de sangre. Yo apiadado sentia un yelo en el corazon, y las ardientes lágrimas corrian ya por las mexillas. Pero el espectro subitamente se dirigió por la eterna via, y desapareció entre las tumbas. Yo quedé envuelto en las tinieblas, dudoso de si me hallaba entre los vivientes. Despues, caminando á tientas ácia la acostumbrada salida, vi el cielo, y respiré este aire vital que ahora me anima. Mas ape-

nas fui recreado por las tremendas apariciones, no tuve otro mayor cuidado, que el de exponer solícitamente, bien que en humilde estilo, estos razonamientos dignos de sublime elocuencia. Sin embargo no les podrá ser tan dañosa esta mediocridad con que son expuestos, que no os sea manifiesta la soberbia Romana. Por lo que retrocediendo ahora á compendiar las sentencias por mi oidas de los Romanos sobre sus méritos, concluye mi mente diciendo: que ellos fueron grandes mas que buenos, ilustres mas que felices, opresores por instituto, admirables por la fortuna, destructores por índole, generosos en la maldad, héroes en la injusticia, y magnánimos en la atrocidad. Tanto resuena todavia la fama de ellos por aquellas funestas ilusiones, que su estrepitoso ruido intimida el juicio de muchos, y ahoga la

voz de los sabios. Yo por tanto moderé aquella excelsa opinion que tuve del pueblo Romano, de modo que sin disminuirse en mi la admiracion por sus increibles empresas, juzgué sin embargo que sucedió para reposo del mundo, que una gente que todo lo deseaba, y siempre lo perturbó todo, fuese al fin vencida del tiempo.

FIN DEL TOMO TERCERO.



INDICE

DEL TOMO TERCERO.

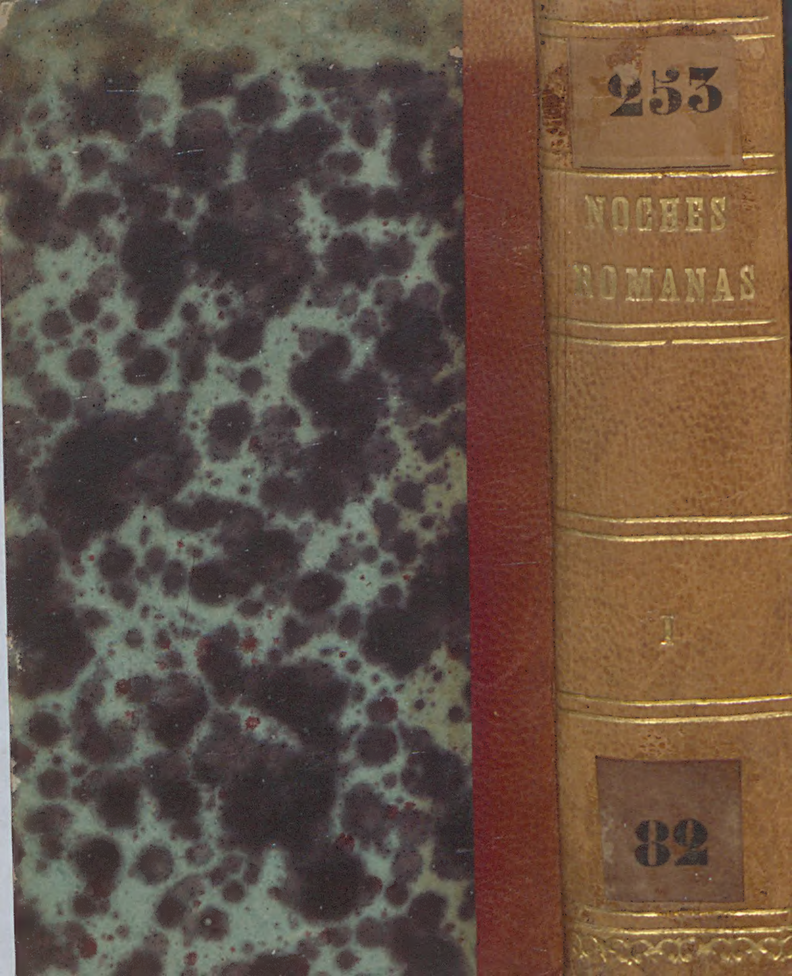
NOCHE TERCERA.

Coloquio primero.

Coloquio segundo.

Coloquio sesto.




253
NOCHES
ROMANAS
I
82


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm